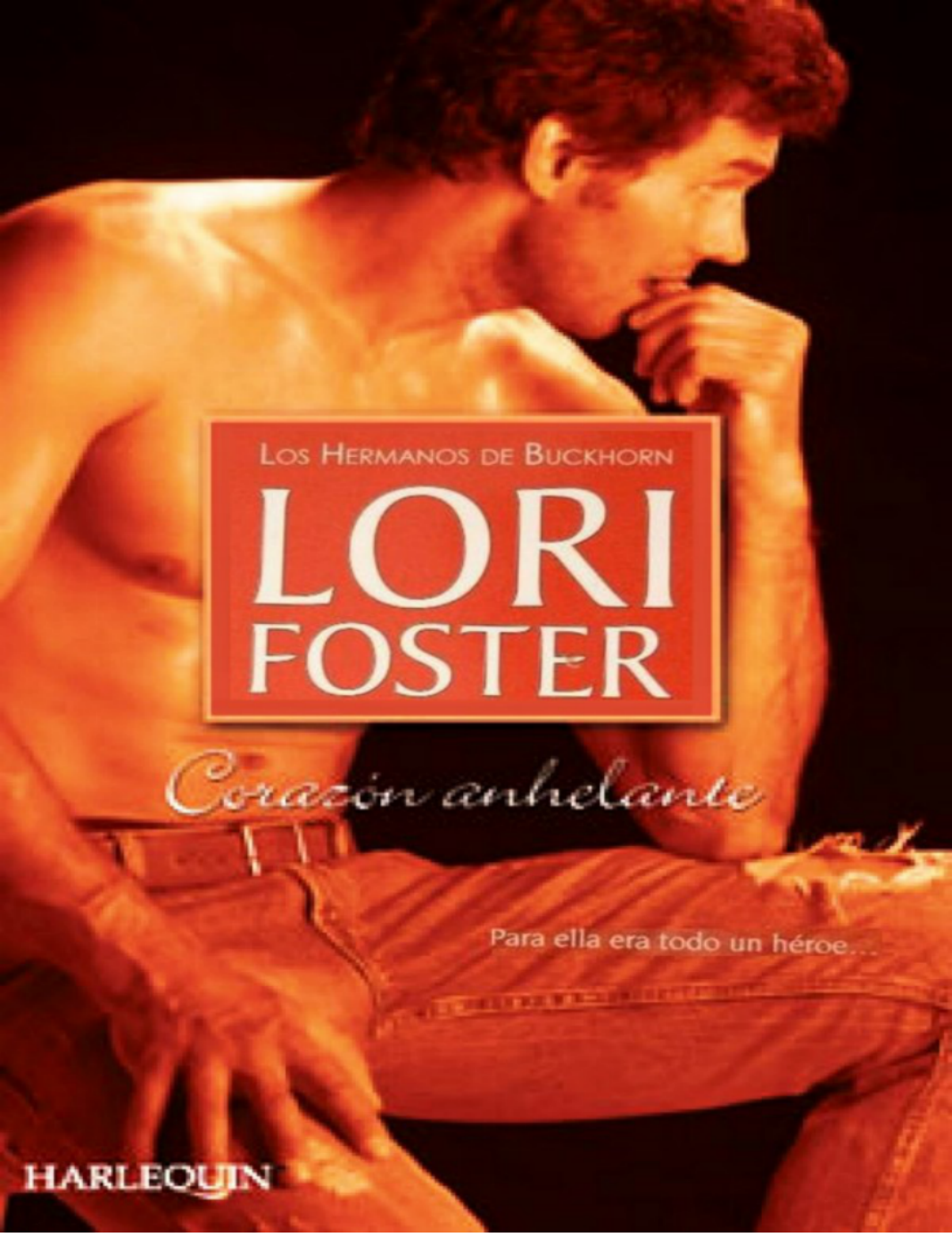
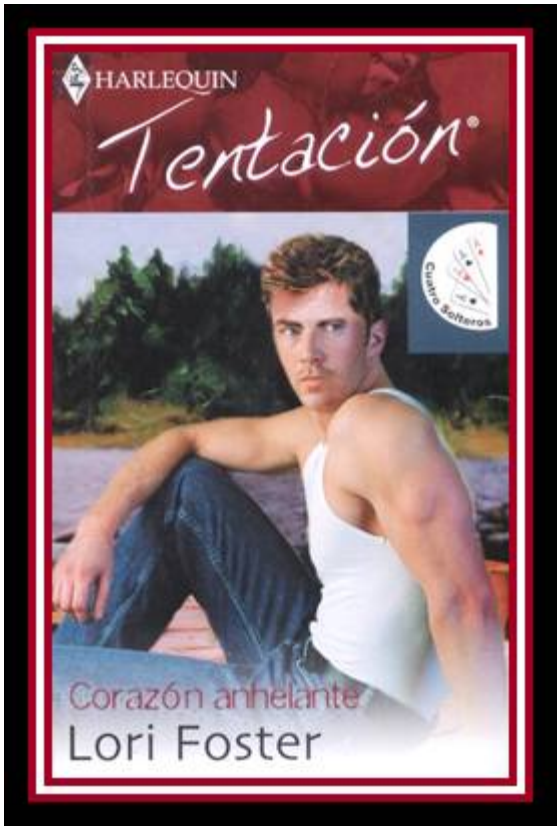

Los Hermanos de Buckhorn
LORI FOSTER
Corazón anhelante
Para ella era todo un héroe...
HARLEQUIN

Corazón Anhelante

Lori Foster

3º Cuatro Solteros



Corazón Anhelante (2005)
Título Original: Gabe (2000)
Editorial: Harlequin Ibérica
Serie: 3º Cuatro solteros
Sello / Colección: Tentación 202
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Gabe Kasper y Elizabeth "Lizzy" Parks

Argumento:

PARA ELLA ERA TODO UN HÉROE...

Gabe Kasper, el ídolo de Buckhorn, podría haber tenido a cualquier mujer que deseara, pero sólo deseaba ser libre y no tener que responder ante nadie... Hasta que apareció aquella difícil pelirroja...

Elizabeth Parks necesitaba a Gabe para terminar su tesis sobre el heroísmo, pero él no parecía considerarse un héroe sólo por haberle salvado la vida a un par de personas... Entonces salvó el corazón y el alma de Lizzy con el poder de su pasión.

Capítulo 1

—¿No te parece el tío más sexy que has visto en tu vida?

—Hmm. Doy gracias a Dios por esta ola de calor. Me encanta que se quite la camiseta —soltó un suspiro nostálgico y femenino—. Te juro que podría pasarme el día entero aquí sentada mirándolo.

—Llevamos el día entero aquí sentadas mirándolo.

Gabe Kasper, que fingía estar dormido, tuvo que reprimir una sonrisilla. La vida lo trataba bien. Allí estaba, tumbado al sol, mientras las olas provocadas por los navegantes domingueros mecían suavemente el muelle, con una caña de pescar apenas sujeta en una mano, una gorra dejada caer sobre los ojos y un grupo de hermosas mujeres devorándolo con la mirada. En ese momento no sentía preocupación alguna. Un hombre no podía pedirle muchos más placeres a la vida.

—Es tan guapo.

—Y está increíble. Me encantan esos pelitos que le salen en la barbilla.

Aja. Y pensar que su hermano Jordán le había asegurado que esos pelos daban vergüenza y había intentado convencerle de que se afeitase. A veces Jordán se pasaba de estirado.

—A mí me encanta el vello dorado que cubre su cuerpo.

Gabe estuvo a punto de soltar una carcajada. Estaba deseando contarle aquello a sus hermanos. Ahora que los dos mayores estaban casados y fuera de circulación, Gabe y Jordán, los únicos solteros, recibían aún más atenciones. No se quejaba. La adoración femenina era una de esas cosas de las que uno no podía cansarse, al menos eso pensaba él.

—Te diré una cosa, Rosemary. Cuando los dos hermanos mayores se casaron me puse nerviosa. Me pasé dos días llorando, del miedo que tenía a que los demás hiciesen lo mismo. Caray, aparte de morirme de ganas por cazar a alguno de ellos, esos hermanos eran la mayor atracción turística que teníamos en Buckhorn.

Gabe se mordió ligeramente el labio. Ese chisme se lo ahorraría cuando volviese a contar la historia. Los egos de sus hermanos, sobre todo el de Morgan, ya estaban lo suficientemente inflados. No, se limitaría a compartir los cumplidos referentes a él.

—Gabe es el mayor reclamo que tiene mi muelle. Con él ahí sentado nadie quiere repostar gasolina ni comprar cebo en ninguna otra parte. Me estoy planteando pagarle y todo.

—¡Ja! Tú lo que quieres es intimar más con él.

—No, quiero asegurarme de que no se lleva ese pedazo de cuerpo a ningún otro muelle.

—¡Amén a eso!

Todas rieron al oír aquel comentario tan sentido, y Gabe dejó escapar un suspiro. No tenía intención de traicionar a nadie. Al fin y al cabo, el padre de Rosemary le había permitido dejarse caer por su muelle desde que era un crío y había descubierto lo agradable que resultaba contemplar a las chicas en biquini. Aquel lugar era como su segunda casa. Después de la muerte del padre de Rosemary, se sintió obligado a seguir yendo por allí y echar una mano de vez en cuando. El truco estaba en evitar que a Rosemary se le pasase por la cabeza la idea del matrimonio. Ése era un camino que sus hermanos podían recorrer solos.

—Lo que más me sorprende de esos hermanos es que no sean todos hermanos de sangre. Cada uno es diferente...

—Pero todos son guapísimos, lo sé. Y todos son tan... fuertes. Mi padre decía que hacía falta una mujer de armas tomar para criar a unos chicos así. Ojalá no viviesen tan lejos de aquí. Cuesta inventarse una buena excusa para hacerles una visita. No es como encontrarse por casualidad con los otros hombres del pueblo.

Gabe sonrió al escuchar aquello, no pudo evitarlo. Sus hermanos y él, se negaba a pensar en ellos como hermanastros, habían bromeado a menudo con la idea de ir al pueblo para comprobar quién andaba detrás de ellos. Siempre había alguna chica dedicada a esa labor. Pero al vivir lejos podían elegir la ocasión de relacionarse. Había resultado útil, pues ya de muy jovencitos las chicas habían acudido en manada. Su madre decía que tenía una escoba junto a la puerta principal y otra junto a la trasera para echar a las mujeres a escobazos. No se podía decir que a ninguno de ellos les preocupase mucho, aunque a sus dos nuevas cuñadas no les agradaba ver los rostros de abatimiento de las mujeres a raíz de la celebración de las dos bodas.

Gabe estaba a punto de dejar de hacerse el dormido cuando una nueva voz de mujer se sumó a las demás junto a los surtidores de gasolina.

—Disculpen, pero me han dicho que Gabriel Kasper quizá estuviese aquí —aquello era más una afirmación que otra cosa, y bastante estridente, la verdad.

Era una mujer, pero no de allí.

La nueva voz no era suave, ni dulce, ni tenía acento del sur. Casi sonaba impaciente.

Gabe decidió esperar a ver qué quería aquella mujer. No era raro que lo anduviese buscando alguna mujer, y casi todo el mundo de por allí sabía que en verano no era difícil encontrarlo junto al lago.

Se resistió al impulso de echarle un vistazo a la propietaria de aquella voz y mantuvo el cuerpo en una relajación total.

—¿Para qué quieres ver a Gabe? —aquel tono desconfiado era de la buena de Rosemary, y Gabe se prometió a sí mismo invitarla a cenar sin tardar mucho.

Hubo un momento de silencio, y a continuación:

—Tengo que tratar con él de asuntos personales.

Genial, pensó Gabe. Eso dará lugar a rumores. ¿Qué clase de asuntos personales podía tener él con una mujer a la que no conocía? Si de algo estaba convencido era de que no la conocía. Su voz no le sonaba familiar.

—Pues sí, está aquí, pero está descansando, y no creo que le haga gracia que lo molesten.

—Gracias por la advertencia.

Acostumbrado al ruido suave de unas playeras o de unos pies descalzos sobre las tablas del muelle, Gabe casi se estremeció con el taconeo de unos zapatos. No le prestó atención, como tampoco se la prestó a la mujer a quien sentía vacilar junto a su tumbona. La brisa le llevó un ligero aroma de mujer, pero no parecía perfume, sino quizá champú perfumado. Respiró profundamente, pero sin moverse.

Oyó cómo se aclaraba la garganta.

—Eh... ¿perdone?

No parecía muy segura de sí misma, así que esperó, preguntándose si lo zarandearía para despertarlo. La notaba dudar, tenía la impresión de que iba a tocarlo en el hombro desnudo...

La caña de pescar casi se le escapa de la mano.

—Hijo de... —Gabe se puso en pie sobresaltado, y apenas le dio tiempo a sujetar la caña y el carrete. Sus pies se plantaron en el muelle y con destreza consiguió controlar la caña, que se movía al ritmo del pez.

—¡Demonios, éste es de los grandes!

Rosemary, Darlene y Ceily acudieron corriendo donde él se encontraba.

—¡Yo agarro la red! —dijo Rosemary.

Ceily, que normalmente trabajaba en una cafetería del pueblo, chilló cuando el pez, una carpa grande y fea, salió disparada del agua. Darlene lo agarró por detrás y miró por encima de su hombro.

Gabe se deslizó sobre el lateral del muelle hasta la rampa de hormigón, resbaladiza y cubierta de moho, abriendo las piernas todo lo posible para no perder el equilibrio mientras forcejeaba con el pez. Rosemary, avezada pescadora, no dudó a la hora de deslizarse junto a él para prepararle la red. En cuanto Gabe hubo acercado la carpa lo suficiente, ella la sacó del agua con la red.

Aquel pez pesaría unos siete kilos, y forcejeó con él mientras Gabe intentaba sujetar la red y la caña.

Pero entonces Rosemary perdió el equilibrio y Gabe intentó agarrarla. Los dos cayeron al agua, salpicándolo todo, maldiciendo y riéndose. La caña se le escapó de las manos y él se inclinó hacia delante para rescatarla, con lo cual acabó empapado. Las otras dos mujeres se echaron al agua para ayudar, y todos juntos forcejearon para no soltar el pez mientras estallaban en risotadas.

Cuando la batalla hubo acabado, Gabe tenía su pez y una mujer en el regazo. Rosemary se había instalado allí, y Darlene y Ceily se le habían colgado encima, mientras intentaban controlar sus escandalosas risas. Las conocía a las tres desde la escuela primaria, y no era la primera vez que jugaban en el agua; se sentían cómodos los unos con los otros, y eso se notaba. De la cabeza de Gabe colgaba un alga alargada, lo cual provocó que a las mujeres les volviese a entrar la risa tonta.

Gabe, que se lo estaba pasando en grande, sacó el anzuelo del enorme pez, lo besó, ante lo cual las chicas le lanzaron besos al aire, y volvió a tirarlo al agua.

Fue entonces cuando oyeron el taconeo de aquellos dichosos zapatos.

Se volvieron al unísono y miraron a la mujer de la que sólo entonces se acordó Gabe. Tuvo que tapar la deslumbrante luz del sol con la mano para poder ver, lo cual no resultaba fácil con tres mujeres a cuestas.

Con su silueta recortada contra el sol, su pelo largo parecía rojo como el fuego. Y nunca antes había visto tantas pecas en una sola mujer. Llevaba una blusa blanca recién planchada, una falda larga de tela vaquera y unos zapatos negros con medias. «¿Medias con aquel calor?» Gabe guiñó un ojo.

—¿Puedo ayudarte en algo, cielo?

Ella apretó los labios y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No creo. Estoy buscando a Gabriel Kasper.

—Pues aquí lo tienes.

—Pero... buscaba a Gabriel, el héroe local.

Darlene sonrió abiertamente.

—¡Ése es nuestro Gabe!

Ceily añadió:

—El único e incomparable.

Gabe puso los ojos en blanco.

—Eso es una estupidez y lo sabéis.

Todas respondieron al mismo tiempo. Ceily, Rosemary y Darlene le aseguraron que era un héroe, alguien maravilloso y muchas cosas más.

La pelirroja se limitó a contemplar la escena con incredulidad.

—¿Quieres decir que eres tú quien rescató a aquellos bañistas?

Levantó a Rosemary de su regazo con delicadeza y cuidadosamente se puso de pie sobre el hormigón resbaladizo. Las mujeres ya se habían callado, y Gabe se dio cuenta de la razón. Mientras ellas estaban rematadamente atractivas con sus coloridos biquinis, el pelo suelto y sus cuerpos bronceados, aquella mujer parecía la supervisora severa y retraída de un colegio de chicas. Miraba al grupo como si los hubiese sorprendido realizando una orgía en el lago, y no como si estuviesen jugando.

Gabe, siempre tan caballeroso, aupó a cada una de las mujeres al muelle, para a continuación subir él hábilmente. Se sacudió como un perro, salpicándolo todo de frías gotitas de agua del lago. La mujer se apresuró a retroceder un par de pasos.

Rosemary le quitó el alga del pelo y él le dedicó una sonrisa.

—Gracias, corazón. Chicas, ¿os importa si hablo con...?

Miró interrogante a la pelirroja.

—Elizabeth Parks —contestó con frialdad.

En la mano llevaba un cuaderno y un lápiz, y del hombro le colgaba un bolso a reventar de papeles.

—Sí, ¿puedo hablar un momento con la señorita Parks? —tenía la leve sospecha de que la señorita Parks era otra periodista, y no tenía intención de perder con ella más tiempo del que le costase decirle: «gracias, pero no, gracias»—. No tardo nada.

—De acuerdo, Gabe, pero estás en deuda con nosotras por haber rescatado a tu pez.

—Cierto, prometo pensar en cómo compensaros.

Las mujeres volvieron a reírse y se alejaron, arrastrando los pies a cada paso y meneando sus atractivos traseros. En ese momento llegaron dos lanchas. Aquello las tendría entretenidas vendiendo gasolina, cebo y cualquier otra cosa que necesitasen aquellos veraneantes. Se giró hacia la pelirroja.

—¿En qué puedo ayudarte?

Ahora, sin el sol molestándole en los ojos, Gabe pudo comprobar que tenía los ojos más azules que había visto en su vida. Destacaban como dos faros entre su brillante pelo rojo y aquella abundancia de pecas.

Ella abrió el bolso y sacó un periódico plegado. Se lo tendió mientras le preguntaba, todavía con una pizca de incredulidad:

—¿Éste eres tú?

Su voz sonaba desconfiada, pero Gabe ni siquiera se molestó en mirar el periódico. Buckhorn, Kentucky, era un pueblecito donde todo el mundo buscaba la menor excusa para celebrar algo. El periódico local, el *Buckhorn Press*, había sacado una vez en portada

el cambio de un semáforo, así que no era de extrañar que durante una temporada lo sacasen a él también por haber ayudado a salvar a unos cuantos bañistas de la trayectoria de una lancha sin control. Aquello ni siquiera era una acción heroica; pero si cambiar semáforos era importante, unas vidas en peligro eran algo trascendental.

—Sí, soy yo.

Gabe alcanzó sus gafas de espejo y se las colocó. A continuación se pasó por la cabeza las manos con los dedos extendidos para alisarse el pelo mojado. Se puso la gorra del revés y volvió a mirar a aquella mujer. Con las gafas en su sitio, podía observarla un poco mejor sin que ella se diese cuenta.

Pero la ropa que llevaba hacía que verla resultase poco menos que imposible. Debía de estar asándose bajo toda aquella gruesa tela vaquera y el algodón almidonado de su blusa.

Se aclaró la garganta.

—Entonces, si es verdad, me gustaría entrevistarte.

Gabe se inclinó hacia ella y tomó un refresco de cola de la nevera que se encontraba junto a su silla vacía.

—¿Quieres?

—No, gracias.

Dio unos pasos hacia atrás apresuradamente, evitando acercarse demasiado a él.

Tras abrir la lata y beberse la mitad, Gabe le preguntó:

—¿Para qué periódico trabajas?

—No, yo no...

—Porque no me interesa que vuelvan a entrevistarme. Todos y cada uno de los periódicos en cien kilómetros a la redonda recogieron aquella historia estúpida, y la inflaron desproporcionadamente. Por aquí, la gente apenas se mete ya conmigo, incluidos mis hermanos, y no me interesa desenterrar un asunto tan ridículo.

Ella le torció el gesto y abrió el periódico para examinarlo.

—¿Te tiraste al agua para sacar del lago a tres personas, una mujer y sus dos hijos, cuando un borracho se cayó de su lancha y ésta se descontroló?

Gabe hizo una carantoña.

—Sí, pero...

—Nadie más movió un dedo, se limitaron a quedarse allí pasmados mientras la lancha, sin piloto, comenzaba a dar vueltas alrededor de los desventurados bañistas.

—¿Desventurados bañistas? —resopló ante su utilización del lenguaje—. Cualquiera de mis hermanos habría hecho lo mismo, y de hecho...

—Y a continuación, ¿te las arreglaste para subirte a la lancha...? —miró hacia arriba—. Me encantaría que me contases cómo lo hiciste, por cierto. Cómo dominaste y te subiste a una lancha en marcha sin que la hélice te hiciese pedazos. ¿No estabas asustado?

Gabe se quedó mirándola. Hasta sus pestañas eran rojizas, y con el sol iluminándolas, las puntas se volvían doradas. Miraba de reojo debido al brillo del sol, que hacía que las pecas de su nariz respingona destacasen aún más. De no ser por aquellas pecas, repartidas por toda la cara, tenía una piel suave y limpia y...

Negó con la cabeza.

—Mira, cielo, te he dicho que no quería que me entrevistasen.

Frunció el ceño como si alguien le hubiese metido un limón entre los labios.

—Me llamo Elizabeth Parks, o Elizabeth a secas. Me vale cualquiera de los dos, gracias.

Después de la reprimenda, tuvo la audacia de decir:

—Todos los demás querían que los entrevistase. ¿Por qué tú no?

Dejó sus delgadas cejas levantadas, y el lápiz colocado sobre aquella dichosa libreta como si esperase escribir sus palabras más profundas.

Gabe soltó una palabrota. Las palabras profundas no eran su fuerte. Requerían demasiado esfuerzo.

—¿Quiénes son los demás?

—Los demás héroes.

Mientras hablaban, veía cómo su larga melena se rizaba debido a la humedad. Le colgaba casi hasta la altura del trasero y lo llevaba recogido hacia atrás por una pinza enorme. Oscuros por el sudor, unos mechones de ricitos se le pegaban a las sienes. En el pelo se le formaban tirabuzones. Estaba fascinado.

La parte delantera de su blusa blanca también empezaba a mojarse de la humedad, y Gabe acertó a intuir un sujetador blanco debajo. ¿Cómo podía ir tan apretada con el calor que hacía? ¿Tan rígida era aquella mujer, que iba así vestida a veranear al lago durante la ola de calor más sofocante del verano?

Le daba igual la clase de mujer que fuese.

—A ver. En primer lugar, no pienso conceder ninguna entrevista, y punto. En segundo lugar, admito que me pica la curiosidad por saber de qué hablas con todo el asunto ése de los héroes. Y en tercer lugar, ¿no estarías mejor a la sombra? La cara se te está poniendo como un tomate.

El comentario hizo que el color subiese de tono. Más que un rubor bonito, era como si alguien hubiese encendido un fuego por debajo de su piel. Parecía estar llena de manchas. A Gabe casi se le escapó una carcajada.

—Siempre me pongo roja —explicó algo aturullada—. Los pelirrojos somos muy blancos de piel.

—Y tú tienes el pelo mucho más rojo que la mayoría.

—Sí, soy consciente.

Se la veía forzada, como si la hubiese insultado. Gabe no creía que el color de su pelo fuese un secreto de Estado. Cualquiera podría haberlo visto a un kilómetro de distancia.

Tuvo que reprimir una sonrisa.

—¿Qué me dices? ¿Vienes a sentarte conmigo a la sombra? Hay un enorme olmo fláccido que se vence sobre el lago, ahí se está más fresco que aquí en el muelle, a pleno sol, aunque no mucho.

Parpadeó y abrió los ojos de par en par.

—¿Un olmo cómo?

—Un olmo fláccido. Está muy flacucho. Vamos.

Parecía a punto de desmayarse de puro azoramiento, calor y exasperación. Sin esperar a su consentimiento, agarró la nevera, la sujetó con firmeza del brazo y atravesaron juntos el muelle. Una enorme raíz del olmo sobresalía del suelo y ofrecía un asiento agradable. Gabe casi la empujó para que se sentase. Temía que fuese a desmayarse en cualquier momento.

—Quédate aquí un momento mientras te saco un refresco.

Ella se alisó la falda sobre las piernas, para que cubriese la mayor cantidad posible de piel mientras intentaba sostener el cuaderno y recolocarse el pesado bolso.

—No, gracias. De verdad, he...

Ya había abierto una lata.

—Toma, bebe —le puso la bebida en la mano y esperó hasta que ella, diligentemente, se la hubo bebido—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, gracias.

Actuaba con tanta cautela, que no pudo evitar sentir curiosidad hacia ella. No era su tipo; era demasiado prepotente, demasiado remilgada, demasiado... pelirroja. Pero no por eso iba a dejar que se cociese al sol. Su madre lo habría despellejado de haber sabido que había sido descortés con una chica, independientemente de quién se tratase. Además, ese aire remilgado le daba cierto encanto.

Gabe tomó otro refresco de cola para él y se sentó sobre la nevera. La miró mientras se lo bebía.

—Bueno, háblame de esos héroes.

Se pasó la lengua por los labios cuidadosamente y dejó la lata en el suelo antes de mirarlo.

—Estoy trabajando en una tesis para la universidad. He entrevistado a media docena de hombres que recientemente han sido elogiados por haber realizado actos de heroísmo. Hasta ahora, sus personalidades eran muy parecidas, pero tú...

—¿En serio? ¿Qué tipo de personalidad tienen los héroes?

—Antes de contestarte a eso me gustaría hacerte unas cuantas preguntas. No quiero que tus respuestas se vean condicionadas por lo que otros dijeron.

Gabe frunció el ceño mientras apoyaba los codos en las rodillas y la miraba.

—¿Piensas que mentiría?

Se apresuró a tranquilizarlo.

—¡No! Al menos, no conscientemente. Pero para conservar la pureza del estudio tengo que realizar todas las entrevistas del mismo modo.

—Pero si ya te he dicho que no quiero que me entrevisten.

La observó atentamente, vio su frustración y supuso que aquella no era la típica manera de comportarse de un héroe. «Vaya tontería».

Pasado un largo minuto, le dijo:

—De acuerdo, ¿puedo preguntarte algo totalmente diferente?

—Depende. Pregunta, y ya veré si quiero contestar.

—¿Por qué has devuelto el pez al agua?

Gabe miró por encima del hombro hacia donde había pescado la carpa, y volvió a mirarla a ella.

—¿El pez que pesqué hace un rato?

—Sí. ¿Por qué pescas si luego no te lo quedas?

Se rió entre dientes.

—No vienes mucho por el lago, ¿verdad?

—No soy de aquí. Estoy de visita por la zona...

—¿Para entrevistarme? —la simple idea de que así fuese lo dejó helado, y le hizo sentir culpable por estar haciéndoselo pasar tan mal.

—Pues sí, así es —le dio otro trago al refresco y prosiguió—. He alquilado una casa y voy a quedarme un mes hasta que vuelva a empezar el curso; antes quería organizar mi investigación. Pensaba que ya había acabado, y me merecía unas vacaciones cortas, pero entonces leí lo tuyo en los periódicos y decidí añadir otra entrevista.

—Así que estás trabajando en vacaciones.

Soltó un resoplido. Qué locura. Las vacaciones eran para descansar, y la idea de echarlas a perder para molestarlo a él no le encajaba.

—Sí, bueno, digamos que, afortunadamente, combino mis vacaciones con una entrevista. No pude resistirme. Tu situación era única, ya que cada vez que te citaban, hablabas de cualquier otra persona.

—Lo recuerdo. La gente sobre la que había hablado era más interesante que cualquier cosa que pudiese decir sobre sí mismo.

—No te cansabas de hablar de lo valientes que habían sido los dos niños...

—Eran una monada de críos, y...

—Y pontificabas sobre la combinación de alcohol y deportes acuáticos.

—Éste es un lago seco, es decir que no se puede beber alcohol. Aquel estúpido que se cayó de la lancha podría haber matado a alguien.

Lo miró tímidamente, y él se sorprendió ante la sensualidad natural de su mirada. Le parecía una chica tan estirada, que no estaba preparado para aquello.

—Pero te empeñas en mantener que la situación no era peligrosa.

—Y no lo era, al menos para mí.

Mostró una expresión de suficiencia, y escribió algo sobre el papel, lo cual provocó que él volviese a fruncir el ceño. Decidió explicárselo antes de que lo malinterpretase.

—Nado como un pez desde que llevaba pañales. Ya estaba por aquí antes de saber andar. Mis hermanos me enseñaron a practicar esquí acuático cuando apenas tenía cinco años, y las lanchas no tienen misterios para mí. No suponía riesgo alguno, por eso nadie en sus cabales diría que soy un héroe.

—Eso es lo que tú dices. Pero todo el mundo parece opinar lo contrario.

—Cielo, tú no sabes cómo funcionan las cosas en Buckhorn. Este pueblo es tan tranquilo, que cualquier alteración va directamente a la portada de los periódicos. Hace un tiempo, una vaca se salió del prado y se coló en el cementerio. El tráfico se detuvo en varios kilómetros a la redonda para que todo el mundo pudiese mirarla embobado. Se presentaron los bomberos acompañados de mi hermano, que es el comisario de policía, y el *Buckhorn Press* envió a sus mejores periodistas para cubrir el acontecimiento.

—¿A sus mejores periodistas?

Gabe sonrió.

—Sí, a los dos que tiene. Así funcionan las cosas aquí. Los concejales se reúnen para votar si se cambian o no las bombillas de las farolas, y el año pasado, cuando se perdió el gato de la señora Rommen, se formó una partida de rescate y estuvimos buscándolo durante tres días hasta dar con ese granuja.

Escribía frenéticamente, lo cual molestó a Gabe.

Acto seguido, lo miró a él.

—¿«Estuvimos»?

Ladeó la cabeza ante su sonrisa burlona, una sonrisa realmente agradable ahora que se fijaba en ella. Sus labios eran carnosos y

rosados y... Frunció el ceño.

—Señorita Parks, no querrá usted que evite mis deberes cívicos, ¿verdad? Y menos cuando esa venerable señora quiere al feo de su gato con locura.

Volvió a sonreírle, y se le formaron dos hoyuelos entre aquella abundancia de pecas. Su boca resultaba aún más atractiva, pero de nuevo se puso a escribir. Gabe se inclinó hacia delante para ver qué era exactamente lo que estaba anotando, y ella agarró el papel y lo apretó contra su pecho.

—¿Qué estás haciendo? —su voz sonó entrecortada y horrorizada.

Gabe levantó una ceja.

—Echándole un vistazo a eso que te parece tan interesante.

—Ah, perdona.

Bajó el papel, pero el daño ya estaba hecho. La parte delantera de la blusa blanca, empapada por la humedad, se había llenado de oscuras manchas de mina de lápiz.

Gabe asintió con la cabeza mirándola al pecho al tiempo que le daba otro trago a su refresco.

—Creo que necesitas limpiarte. Deberías volver a casa a hacerlo.

Ella le contestó inmediatamente:

—Pero si aún no te he preguntado nada.

—Y no vas a hacerlo. No quiero que me entrevisten. Pero por si te interesa, el pez lo solté porque era una carpa. Tampoco es tan delicioso, y es un tostón limpiarlo, porque tiene mucho intestino. Yo prefiero la lubina. Aunque eso importa poco cuando pescas para pasar el rato, que es la razón por la que suelo hacerlo yo. Deberías probarlo — la recorrió lentamente con la mirada—. Soltarte, quiero decir. Relaja mucho.

Se dio la vuelta para marcharse y ella lo siguió para ponerse a su altura.

—Gabriel... Señor Kasper...

—Déjalo en Gabe, a menos que estés pensando en hacerme más preguntas.

Lo dijo sin mirarla, decidido a marcharse antes de que de ella le llamase la atención algo más aparte de sus labios, que una vez se había fijado en ellos no podía parar de mirarlos, o en lo bonita que le quedaba aquella blusa almidonada ahora que se le estaba empezando a pegar a los pechos debido a la humedad. Aún no estaba seguro, pero tenía la ligera sospecha de que no estaba nada mal debajo de toda aquella ropa tan formal. Era la clase de sospecha que podía distraer a un hombre... y de qué manera.

Sin embargo, no era el tipo de mujer con la que quisiese distraerse. Estaba claro que tenía planes, y él los evitaba y se

limitaba a disfrutar del día a día.

—En serio, Gabe, no va a ser una entrevista larga. No seas tímido.

Aquello le obligó a reírse. Agitando la cabeza, se paró sobre el muelle y la miró. Podría haber jurado que había visto otro largo mechón pelirrojo convertirse en un tirabuzón en aquel mismo momento. Toda la cabeza empezaba a llenársele de tirabuzones. Tirabuzones pelirrojos largos y perezosos. Aquello tenía su encanto... Vaya por Dios. No, no lo tenía.

—En mi vida me han llamado tímido. Simplemente, no me interesan esas tonterías.

Se quitó las gafas de sol y la gorra y las dejó en la silla. A continuación, lanzó al agua un neumático enorme.

—Voy a darme un baño para refrescarme. Tienes dos opciones: quitarte algo de ropa y hacer lo propio antes de morir de una insolación o buscar a otro estúpido al que entrevistar. Pero nada de preguntas.

Comenzó a girarse, pero acabó añadiendo:

—Un placer.

Y se lanzó al agua.

Estaba convencido de que le había salpicado, pero no se molestó en mirar. Al menos, no enseguida.

Se quedó allí plantada un buen rato. Qué extraño. Era consciente de su presencia mientras se subía al centro del neumático y se ponía cómodo. Observándola por el rabillo del ojo, la veía sufrir en silencio hasta que lo miró una vez más antes de marcharse.

Por fin. Adiós, muy buenas.

¡Mira que decir que era un héroe! Qué tontería. Sus hermanos sí que eran héroes de verdad. Hasta a aquellos chicos que no habían perdido los nervios y no se habían puesto a lloriquear se los podía considerar unos héroes chiquitines, pero a Gabe Kasper... De eso, nada.

Comenzó a relajarse y a introducir la cabeza en el agua fresca para mojarse el pelo y a dejar sueltos los brazos perezosamente. Pero el cuello se le puso rígido al ver que la pelirroja se detenía junto a Rosemary. Señaló a Gabe, y a continuación sacó aquella dichosa libreta cuando Rosemary empezó a hablar. ¡Pero si hasta Ceily y Darlene se habían acercado para participar!

¡Maldita sea, pero si estaba cotilleando sobre él!

Cuando le dijo que entrevistase a cualquier otra persona, se refería a alguien que no hablase sobre él. A alguien que no fuese del lago. Demonios, a alguien que no fuese de Buckhorn... ¡Ni siquiera de Kentucky!

A Rosemary no le paraba la boca, y sólo podía imaginarse de

qué estarían hablando. Rechinó los dientes con frustración.

Un par de mujeres comenzaron a tontear con él desde un barco atracado, pero Gabe apenas les prestó atención. Miraba a Rosemary, intentando convencerla para que cerrase el pico, pero sin querer parecer demasiado preocupado por la situación. ¿Qué le pasaba a aquella pelirroja? ¿Por qué era tan avasalladora? Le había explicado que no era ningún héroe, que no lo necesitaba para la encuesta o para lo que fuese que estuviese realizando. ¿Podía acaso dejarlo en paz? No.

Una de las mujeres del barco atracado —con camarotes, más caro que algunas casas— se echó al agua y nadó hacia él. Gabe le dirigió una sonrisa distraída.

Era ligón por naturaleza, no podía evitarlo, y nunca había conocido a ninguna mujer a la que le molestase eso. A aquella mujer en concreto no parecía molestarle. Se tomó su sonrisa como una invitación.

Pero en las ocasiones en las que se había acercado, aun remotamente, a la pelirroja, ésta se había quedado helada como si él fuese una enorme serpiente de agua dispuesta a morder. Quería meterse en su cabeza, pero nada más.

Qué mujer tan rara.

Se alejó de Rosemary con un saludo amistoso, y Gabe comenzó a respirar aliviado... hasta que se detuvo unos metros más arriba, donde se encontraba Bear, el mecánico que reparaba motores para Rosemary. Gabe le echaba una mano con frecuencia, si es que tenía mucho trabajo, pero ¿se acordaba Bear ahora de eso? Gabe resopló. El anciano de los bigotes miró a la pelirroja con cautela, acto seguido miró a Gabe y una enorme sonrisa cruzó su cara arrugada. Al instante, la pelirroja ya estaba lápiz en mano escribiendo en un papel.

—Maldita sea.

Gabe hundió hábilmente el neumático y se deslizó por el costado hasta el agua. El frescor repentino no consiguió aplacar su mal genio. Sin quitarle ojo a aquella mujer entrometida, se puso a nadar, arrastrando el neumático hasta el muelle. Pero fue llegar él y hacerlo también la mujer del barco.

—No estarás pensando en irte justo ahora que llego yo, ¿no?

Gabe se giró. Se había olvidado por completo de la mujer, lo cual le pareció increíble. El agua le cubría hasta la cintura, y por lo que podía ver parecía una Barbie, con piernas largas, una larga cabellera rubia y una delantera tan increíble, que la diminuta parte de arriba del biquini se veía desbordada. Debería haberle llamado la atención, pero en lugar de eso había estado distraído con una pelirroja maravillosa, tensa y con pecas de más que saltaba en

cuanto él la miraba.

Gabe observó a la pelirroja, y sus miradas se cruzaron. Pensó en dejarle claro su límite a la hora de aguantar intromisiones en su vida, pero se lo pensó dos veces.

¡Vaya si estaba enfadada! Sus ojos azules no se despegaban de él, y el lápiz ya había dejado de moverse, afortunadamente. En ese mismo momento, Gabe se dio cuenta de que la bañista lo había agarrado del brazo, algo que a la pelirroja no le pareció nada bien. Volvía a parecerle una institutriz, con la espalda toda tiesa. Bueno... Aquello era más propio de ella.

Gabe se giró hacia la rubia con una sonrisa de oreja a oreja. Quizá hasta pudiese divertirse.

Capítulo 2

Elizabeth entornó los ojos al ver a Gabriel Kasper irradiar encanto masculino hacia la mujer situada junto a él. Y bien situada que estaba. Elizabeth resopló de asco. ¿Todas las mujeres querían ligar con él? Rosemary, Darlene, Ceily y ahora aquella mujer. Parecía que acudían de todas partes para babear por él. No era de extrañar que pareciese tan... diferente a los demás.

Los hombres a quienes había entrevistado hasta entonces estaban pagados de sí mismos por su heroísmo y estaban más que dispuestos a compartir sus historias con quien quisiera escucharlas. Tenían derecho a estar orgullosos, teniendo en cuenta que se habían comportado con valentía y de un modo extraordinario que había beneficiado a otras personas. Algunos de ellos habían sido tímidos con ella, otros escandalosos, pero nadie se había negado a ser entrevistado.

Tampoco ninguno le había prestado tan poca atención como él.

No, habían estado pendientes de sus preguntas, nerviosos por compartir su entusiasmo, emocionados por su interés, pero de un modo ególatra. No se habían fijado en ella como mujer ni la habían mirado de arriba abajo como había hecho Gabriel Kasper. Se preguntaba si pensaría que era estúpida, o simplemente ingenua, teniendo en cuenta cómo la había mirado, como si ella no fuese a darse cuenta sólo porque él llevase gafas de sol.

Había sentido su mirada como una caricia que la había turbado. Los hombres del montón no la miraban así, y los hombres como Gabe ni se fijaban en ella.

Pero Gabe la había rechazado, y a eso sí que estaba acostumbrada. Excepto con los héroes a los que había entrevistado, hombres que querían contar sus historias únicas.

Aquel dichoso Gabe Kasper era un enigma.

—No se preocupe por ésa, señorita. A Gabe no le faltan atenciones de las chicas.

Elizabeth se giró hacia Bear, y observó su barba entrecana.

—¿Cómo ha dicho?

Con la cabeza señaló el muelle, donde Gabe y aquella mujer estaban charlando animadamente. Elizabeth torció el gesto. Le parecía asqueroso que una mujer se exhibiese de aquel modo, y más a la vista de todos. Y que Gabe la animase... Por el amor de Dios, tenía una responsabilidad para con la comunidad como un ejemplo a seguir, después de haber sido el foco de atención durante una temporada.

—¿Se comporta de manera diferente desde que se convirtió en el héroe local?

A lo largo de su investigación, Elizabeth había descubierto que la gente cuyo valor había sido reconocido se adaptaba enseguida a todo el boato y el interés añadido hacia su persona.

Bear se rió.

—Gabe, no. La verdad es que por aquí la gente siempre lo ha admirado. A él y a todos sus hermanos. No creo que nadie dudase que Gabe haría algo en cuanto se diese cuenta de lo que estaba sucediendo. Cualquiera de sus hermanos habría hecho lo mismo.

—Me ha nombrado a sus hermanos. ¿Puede decirme algo sobre ellos?

—¡Encantado! —Bear se restregó la cara con un pañuelo hecho jirones, y a continuación se lo metió en el bolsillo de atrás—. Sawyer, el mayor, es el médico del pueblo, y un buen médico. Cuida de todo el mundo, desde los recién nacidos hasta los ancianos. Se casó con Honey, una chica de lo más encantadora, hará cosa de un año, lo cual redujo su clientela de una manera considerable. Se ve que algunas de las mujeres que iban a su consulta no estaban enfermas de verdad, simplemente buscaban algo.

Bear sonrió, pero Elizabeth movió la cabeza exasperada.

—Después de Sawyer va Morgan, el comisario, que normalmente parece que haya salido arrastrándose de un cactus, pero es agradable como él solo mientras estés en el lado bueno de la ley —se acercó para susurrarle—, y por aquí la gente está en el lado bueno.

—Encantadores.

Elizabeth intentaba imaginarse a aquellos dos hombres respetables como familiares de Gabe, que parecía la típica persona que se pasaba la vida en la playa, pero no conseguía encontrarle sentido.

—Morgan se casó con Misty, la hermana de Honey, un poco después que Sawyer. Últimamente sonríe más. Bueno, cuando ella no le hace enojarse. Parece que disfruta irritando al pobre chico.

Decía mucho de la edad de Bear que llamase «chico» a un hombre mayor que Gabe.

—Luego está Jordán, el mejor veterinario que haya tenido el condado de Buckhorn. Si le canta a un animal, seguro que el animal le hace los coros. Ese hombre es capaz de seducir a un pájaro para bajarlo de un árbol o de conseguir que una mula terca se duerma escuchando su voz. Sigue soltero.

«¡Madre mía!» Elizabeth no daba crédito a lo que oía. Médico, comisario, veterinario... Una familia admirable.

—¿Y cómo se gana la vida Gabe?

Bear se rascó por debajo de la barbilla mientras pensaba, y a continuación miró en otra dirección.

—Verá... Gabe es el más joven, y aún no sabe lo que quiere hacer. Básicamente, es un manitas. Sabe un poco de todo y mucho de nada. Ese chico puede hacer casi cualquier cosa con las manos, es...

—¿Que no tiene trabajo?

Elizabeth no pretendía sonar tan afectada, pero Rosemary le había dicho que Gabe tenía veintisiete años, y para Elizabeth ya era una edad suficiente para saber lo que uno quería ser en la vida.

—Pues...

Ella negó con la cabeza, cortando de plano, cualquier excusa que Bear fuese a inventarse.

—Por algunas cosas que ha dicho Rosemary, pensaba que trabajaba aquí.

Una mano fría y húmeda la sujetó del hombro, y Elizabeth dio un salto antes de girarse para ver a Gabe, chorreando agua del lago. Su sonrisa no era agradable, y deseó no haberse enfrascado tanto en la conversación con Bear, lo cual la había obligado a descuidar su atención hacia Gabe.

Echó un vistazo a su alrededor, pero no vio a su nueva acompañante femenina por ninguna parte, lo cual explicaba su presencia. Seguramente, de haber disponible alguna otra mujer, él seguiría sin hacerle caso.

Gabe le hizo una señal a Bear, dando a entender que los dejase solos, tiró de Elizabeth en sentido contrario y echó a andar por delante de ella. En un tono que sólo remotamente podría denominarse como cordial, le dijo:

—Pues sí, señorita Entrometida, trabajo aquí, pero no soy un empleado. Hay una gran diferencia. Y de ahora en adelante, te agradecería que te ahorrases las preguntas. No me gusta la gente que husmea en mi vida privada, sobre todo cuando ya la había avisado de que no lo hiciese.

Elizabeth tragó saliva. Por mucha amabilidad forzada que mostrase, no podía ocultar su irritación. Intentó librarse de su brazo, que la sujetaba, pero él no estaba dispuesto a soltarla, así que optó por pararse en seco.

Gabe se giró para mirarla. Volvían a estar a pleno sol, en un camino de grava que bajaba en pendiente y que se utilizaba para botar barcos en el lago. El resplandor que devolvía la grava blanca era cegador. Tuvo que protegerse los ojos con una mano mientras en la otra llevaba el cuaderno, el bolígrafo y el bolso. Mirarlo fijamente la alteraba e irritaba. Era un hombre increíblemente... potente, eso resultaba innegable. Allí de pie, llevando sólo unos

pantalones cortos vaqueros mojados, gastados y descoloridos de talle bajísimo, que descansaban en sus delgadas caderas, resultaba irresistiblemente masculino. Un fino vello castaño, mojado del baño, cubría unos músculos sólidos en el pecho y el abdomen para acabar arremolinándosele en el ombligo. Estaba muy bronceado y tenía unas piernas largas y unos pies grandes y que llevaba descalzos. Parecía inmune a la grava y al sol abrasador. Mientras seguía observándolo, él se cruzó de brazos.

—Cuando hayas acabado de mirar, me lo comunicas, para que pueda acabar de decirte lo que opino de la gente entrometida.

El calor que arrasó su cara no tenía nada que ver con el sol, era de pura humillación.

—Lo siento. Es que no te pareces a los otros hombres.

Suspiró con dramatismo.

—¿Te refieres a los otros supuestos héroes?

—Sí.

—¿Y qué aspecto tenían?

Elizabeth dudó, preguntándose cómo explicárselo. No podía limitarse a decirle que iban vestidos de arriba abajo, porque pensar eso le hacía ponerse más colorada. En aquel momento, parecía que Gabe Kasper fuese más desnudo que vestido, y los pantalones cortos no hacían nada por evitarlo, teniendo en cuenta que estaban empapados y que se le ceñían a sus muslos duros y a su... «No mires ahí».

Se aclaró la garganta.

—Eran todos más... serios. Se sentían orgullosos de sus trabajos, y disfrutaban contando sus historias.

—Ya te he dicho que no tengo ninguna historia que contar.

—Tus conocidos no están de acuerdo con eso.

Dejó caer los brazos y la miró con cara de pocos amigos. Curiosamente, Elizabeth advirtió que la estaba mirando a la boca en lugar de a los ojos. Para ella resultaba más sencillo, porque mirarlo directamente a los ojos la ponía tensa. Tenía unos ojos tan expresivos, que daba la impresión no de estar mirándola, sino de estar viéndola por fuera y por dentro. Era algo a lo que no estaba acostumbrada.

Pero al percatarse de que la miraba a la boca se sintió nerviosa, aunque de otro modo. Sin pensarlo, se humedeció los labios. Su mirada chocó con la de ella, y se quedó mirándola durante un par de segundos, con los ojos entornados, mientras ella contenía la respiración y se sentía débil por alguna extraña razón. Tragó aire y se abanicó la cara, que sentía arder.

Gabe se relajó un poco, movió la cabeza y le dijo:

—Mira, Lizzy...

—No me llames así. Mi nombre es Elizabeth.

—Mientras no hagas caso a lo que te digo, yo tampoco te haré caso a ti. Además, Lizzy te queda bien. Parece un nombre adecuado para una pelirroja.

Elizabeth deseó darle un guantazo, pero ya que había prácticamente reconocido que quería molestarla, ella decidió negarle esa satisfacción. Al ver que se quedaba callada, sonrió y siguió hablando.

—Esto es una locura. Te pido por favor que lo dejes estar.

—No puedo. He decidido que el contraste entre tú y los demás quedará bien. Tú eres diferente, y no puedo permitirme dejar fuera de mi estudio un factor tan importante. Para que sea fiel, necesito recoger datos desde todos los puntos de vista...

Gabe levantó una mano. Parecía lo bastante molesto como para que le fuese a estallar la cabeza.

—Basta ya. Estás de vacaciones, ¿no?

Lo miró cautelosamente.

—Sí.

—¿Por qué trabajas tanto en vacaciones? ¿Por qué no te relajas un poco y te diviertes antes de volver a la universidad?

Volvió a mirarla, y a juzgar por lo fruncida que tenía la boca y la expresión de sus ojos, no le gustó su aspecto.

—Vas tan apretada que tienes que estar asándote. Nadie se pone tanta ropa con este calor.

Tenía los hombros tan tensos que le dolían, y un nudo en el estómago. ¿Cómo se atrevía a atacarla de aquella manera?

—Te equivocas. Yo creo que llevo una ropa muy apropiada.

—¿Apropiada para qué?

—Para entrevistar a un héroe.

Dejó caer la cabeza hacia delante y refunfuñó:

—Eres la mujer más terca...

—¿Yo? Eres tú quien se niega a contestar a unas preguntas de lo más sencillas.

Habían comenzado a levantar la voz, y Gabe, con un suspiro sincero, volvió a sujetarla por el brazo y avanzó por el camino de grava.

—¿Adonde vamos?

Se le pasó por la cabeza la imagen de él arrastrándola y retorciéndole el cuello. Hasta un héroe podía llegar a aquellos extremos, y con lo que lo adoraba todo el mundo no creía que fuesen a ayudarla.

—Estamos llamando la atención, y no es el tipo de atención que me guste.

No pudo reprimir la sorna, y le preguntó:

—¿Porque no es sólo femenina?

La miró y le dedicó una sonrisa.

—Eso es.

—¡Por el amor de Dios!

—Ya estamos. Siéntate.

Afortunadamente, esa vez no quería que se sentase sobre una raíz. La mesa de madera estaba situada bajo un árbol, y aunque estaba parcialmente cubierta de hojas secas, bellotas y ramitas, al menos daba la sombra.

A Elizabeth apenas le había dado tiempo a instalarse cuando Gabe le espetó:

—¿Cómo puedo conseguir que te rindas?

¿Estaba intentando negociar con ella? Sorprendida, pero también esperanzada, pues deseaba fervientemente añadir su historia a la de los demás, ya que se trataba de la excepción que rompía el ideal de héroe que se había forjado, Elizabeth pensó cuidadosamente su respuesta. Finalmente, le dijo:

—Contestando a cinco preguntas...

—Te contestaré a una. Pero no te saldrá gratis.

Su alivio murió nada más nacer.

—¿Cuánto? Tengo trabajo, pero apenas me llega para pagar la matrícula, así que no puedo ofrecerte gran cosa...

Su cara reflejaba hasta tal punto su consternación, que comprendió que había malinterpretado sus palabras. Lo decía su expresión, pero por si acaso no lo había entendido, Gabe se acercó y puso un brazo en la mesa y el otro en su hombro, y le dijo entre dientes:

—¿De verdad piensas que aceptaría tu dinero?

Elizabeth intentó hacerse hacia atrás, pero no tenía mucho espacio para maniobrar sin perder el equilibrio.

—Has... has dicho que no tenías trabajo.

—Te equivocas —parecía a punto de retorcerle el cuello, tal como había imaginado—. Te he dicho que no estoy empleado aquí. Para tu información, pelirroja, llego a fin de mes sin problemas. Y mi situación económica no es asunto tuyo.

—Pero... —era una de las preguntas de su encuesta, aunque prefirió olvidarla—. Claro que no. No quería dar a entender...

—Si quieres hacerme una pregunta, tendrás que relajarte. Y antes de que vuelvas a abrir esos ojazos azules como platos, no te estoy proponiendo nada escabroso.

Casi se le detuvo el corazón, pero no sabía si de alivio o de decepción. Nadie le había propuesto nunca nada escabroso, y la idea no le desagradaba. No es que fuese a aceptar así como así, pero...

—¿A qué te refieres, exactamente?

—A un baño en el lago. Tú y yo.

¿En aquel lago turbio y verdoso? ¿En el lago del que había sacado aquel pez enorme y al que lo había devuelto, lo cual significaba que aún seguía allí? ¿El lago donde podía haber un número indeterminado de seres vivos? Aunque ni siquiera tenía bañador, la sola idea de meterse en aquel lago la aterrorizaba.

—No entiendo.

—Es muy sencillo, Lizzy. Quiero que vuelvas mañana a la misma hora, pero con bañador en lugar de esa armadura. Quiero que nos relajemos juntos y que nos demos un baño sin prisas. Quizá si te relajas un poco no me importe tanto responderte a una pregunta.

Para asegurarse de que lo había entendido antes de comprometerse a nada, le preguntó:

—¿Y a cambio, contestarás a mis preguntas?

—No, contestaré a una pregunta. Sólo una. La que tú quieras. Hasta te dejaré tomar notas en tu dichosa libretita —volvió a mirarla a la boca, y meneó la cabeza—. Y quién sabe. Si todo sale bien, quizá podamos cerrar algún trato más.

—¿Para otra pregunta?

Se encogió de hombros, mostrándose reacio pero extrañamente resignado.

Elizabeth tenía la leve sospecha de que intentaba marcarse un farol para obligarla a rendirse. Pero estaba fascinada. No era la actitud que una esperaba de un héroe. Casi se imaginaba la reacción ante su tesis... si es que alguien llegaba a creerla. Pero tenía que haber algo que compensase todo aquello, algo que completase y diese valor y credibilidad a su investigación.

Al fin y al cabo, sólo podía tomar una decisión. Alargó la mano y Gabe la aceptó.

Tenía una mano enorme y muy bronceada. Y estaba caliente. Tragó saliva, apuntaló su valor con una sonrisa que casi le dolió y dijo:

—Trato hecho.

No podía creer que fuese a llegar tarde.

Había planeado estar ya en el muelle, tostándose al sol, para cuando ella llegase. La verdad era que estaba extrañamente nervioso. Sonrió ante aquel sentimiento nuevo para él.

—Llevas haciéndolo toda la mañana.

Gabe se giró hacia su hermano Sawyer.

—¿El qué?

—Sonriendo como un tonto.

—Quizá tenga una buena razón.

—¿Como por ejemplo?

—Ninguna de tu incumbencia —Gabe, aún sonriente, acabó de aplicar silicona a la ventana y se secó las manos en una toalla—. Así aguantará, Sawyer. A partir de ahora, no dejes que los chicos jueguen al béisbol en tu despacho, ¿de acuerdo?

Honey se situó a su lado con un vaso de té helado. Gabe estaba encantado de todas las atenciones que le prodigaba. Tener una cuñada no estaba nada mal.

—Gracias, Honey.

—¿Por qué estás tan contento, Gabe?

Miró a Sawyer, vio su sonrisilla y se concentró en acabarse el té. Sawyer sabía con total seguridad que no se atrevería a decirle a Honey que aquello no era de su incumbencia. Al ser mujer, se merecía todo el respeto que le negaba a sus hermanos. Con las mujeres se suavizaba bastante. Bueno, menos con la pelirroja, que parecía provocarle las más extrañas reacciones. Aun así, se moría de ganas de volver a verla.

«¿Qué aspecto tendría en biquini?»

—Ya está sonriendo otra vez.

—La verdad —dijo Gabe, haciendo caso omiso a su hermano—, es que estaba pensando en una mujer.

Aquello era cierto, pero nada raro. De hecho, Honey le dedicó una mirada de indulgencia, le dio una palmadita en el hombro y se dirigió hacia donde estaba su marido. Sawyer era un tipo con suerte. Honey era una mujer muy atractiva, aunque él no la viese en esos términos, pues era una más de la familia. Pero no estaba ciego. Era un bombón, y lo mejor de todo era que quería a su hermano con locura.

Sawyer suspiró con pesadez.

—Ya está otra vez en celo. Míralo.

Aquello espoleó a Gabe. ¿En celo? No, no era aquél el tipo de sentimiento que la pelirroja despertaba en él. Diversión, quizá, porque era de lo más graciosa con sus pecas y sus tirabuzones rojos que le llegaban hasta el trasero.

Y frustración, porque no sabía aceptar un no por respuesta, y porque se embutía en aquella ropa de institutriz hasta el punto de no saber uno qué era lo que estaba viendo.

Quizá también algo de irritación, pues su tozudez estaba a la altura de la de su hermano Morgan, y eso era decir mucho. Pero en celo... no.

Soltó un resoplido, y se ganó una mirada de extrañeza de Sawyer.

La invitación a darse un baño era su manera de seguir teniendo el control de la situación. Y mientras pensaba en eso, le dijo a Sawyer:

—Si una chica pelirroja intenta hablar contigo sobre mí, no le cuentes nada, ¿de acuerdo?

Sawyer y Honey lo miraron sorprendidos, pero Gabe no se molestó en darles una explicación. Salió corriendo. Conociendo a la pelirroja, si llegaba tarde, se echaría atrás y volvería a casa. No era la clase de mujer que espera para demostrarle al hombre lo contenta que está al verlo llegar. No, ella probablemente se pondría a hacerle preguntas a cualquiera que hubiese por allí.

Y no quería que nadie le llenase la cabeza con aquella tontería de los héroes. Mejor que hablase directamente con ella. Aquélla era otra de sus razones para haber montado la cita. No, retiraba aquella palabra. No se trataba de una cita. Un encuentro. Sí, aquello sonaba mejor. Había concertado un encuentro para que al menos alguien le contase bien la dichosa historia.

Tenía muchísimas razones para volver a verla, y ninguna de ellas era estar en celo.

Aun así, no dejaba de preguntarse cómo estaría en biquini.

Seguía con la armadura puesta.

Gabe frunció el ceño al bajar del coche y encaminarse pendiente abajo. A juzgar por el color de aquella larguísima trenza, la mujer que le daba la espalda era Elizabeth Parks. Y no llevaba biquini. Se consoló pensando que al menos lo estaba esperando a él. En aquel pensamiento había una cierta parte de satisfacción masculina.

Giró la cabeza en cuanto él puso un pie en el muelle. Vio que estaba sentada con las piernas cruzadas en lugar de dejarlas caer hasta el agua. Llevaba puestos los zapatos y unos calcetinitos de volantes. ¿Zapatos, con el calor que hacía? Se detuvo y la miró con cara de pocos amigos.

—¿Y el bañador?

Ella se quedó mirándolo con la misma cara.

—Lo llevo debajo del vestido. ¿Pensabas que iba a venir en coche hasta aquí en bañador? Además, llegas tarde.

Se giró y, con los codos en las rodillas, apoyó la barbilla en un puño y dirigió su mirada hacia el lago.

Gabe contempló aquella espalda tan rígida y se acercó lentamente. No estaba muy seguro de lo que esperaba de ella, así que le dijo:

—Me alegro de que me hayas esperado.

—Era parte del trato. Si quería nacerte una mísera pregunta, tenía que acudir —movió la mano con desdén—. Imaginaba que vendrías antes o después.

No era exactamente la respuesta que esperaba escuchar. De hecho, le había quitado la gracia al hecho de descubrir que seguía allí.

—Está bien. Pues quítate la ropa para que podamos bañarnos. Hace tanto calor que hasta un lagarto saldría corriendo en busca de sombra. El agua nos va a sentar muy bien.

No parecía en absoluto convencida. Lo miraba con un ojo cerrado por el sol y con la naricilla puntiaguda arrugada.

—La verdad es que esto a mí no me va.

—¿El qué?

—Lo del bañador. Nunca me ha gustado eso de bañarme. Además, este muelle está muy concurrido...

—¿Quieres intimidad?

¿Por qué le intrigaba aquella idea? Pero era una buena idea, no porque fuese a estar a solas con ella. No, no tenía nada que ver. Pero así, si le hacía alguna de aquellas dichosas preguntas sobre héroes, no habría nadie más que pudiese llevarle la contraria.

Le gustó la idea.

—Podemos ir en lancha a alguna cala. No habrá nadie, o al menos no demasiado cerca. Quizá algún pescador, o alguien haciendo esquí acuático, pero no se acercarán lo suficiente a la orilla como para verte con detenimiento —sonrió con malicia—, así que tu pudor quedará a salvo de todo el mundo.

«Menos de mí», pensó.

Se puso colorada.

—No es que piense que vaya a llamar mucho la atención. Es simplemente que no es algo a lo que esté demasiado acostumbrada.

Por la manera que tenía de taparse desde las pantorrillas hasta el cuello, a Gabe no le extrañaba lo más mínimo.

—Tranquila, es una cala muy tranquila. Yo voy siempre allí a bañarme. Vamos.

Le ofreció la mano para ayudarla a levantarse, intentando que ella no notase lo nervioso que estaba.

—¿Sabes nadar?

Hizo caso omiso de su mano y se puso en pie por sus propios medios, sacudiéndose el polvo del trasero mientras lo hacía.

—La verdad es que no.

En lugar de mostrarse afectado, dejó caer la mano e hizo como que no le importaba. Pero no recordaba que algo así le hubiese pasado en toda su vida. Y en aquel preciso momento supo que no le gustaba en absoluto.

—Entonces, vas a necesitar un flotador. En la lancha hay unos cuantos. ¿Llevas toalla?

—Mis cosas están ahí.

Señaló a la orilla, donde había una enorme y colorida toalla, un sombrero de alas flexibles y un par de gafas de sol redondas y con cristales azules. Junto a todo aquello estaba su dichosa libreta, que

le hizo poner mala cara.

Gabe llevaba la toalla colgada del cuello, las gafas de sol en su sitio y la gorra del revés. Y una nevera en la mano que le quedaba libre.

—Vamos.

La condujo hasta una pequeña lancha metálica de pesca y la ayudó a subir. La lancha se balanceó y ella estuvo a punto de perder el equilibrio. De no haberla sujetado él, se habría caído al agua.

Se las arregló para no sonreír.

Subió sus cosas a la lancha y le dijo:

—Siéntate ahí delante y ponte un flotador. Si te caes, evitará que te ahogues hasta que pueda pescarte.

—¿Como a la carpa?

Su sonrisa burlona le ponía un nudo en el estómago.

—No, al pez le di un beso y volví a echarlo al agua para que me diese buena suerte —la miró y prosiguió—, contigo no lo haría.

Sus ojos abiertos de par en par demostraban su confusión. Gabe deseaba que, se preguntase si había querido decir que a ella no la besaría o que no volvería a echarla al agua. Quizá así suavizaría un poco su engreimiento. Escondió su satisfacción mientras subía a la lancha e introducía la hélice en el agua. Separó los pies, tiró del cordón y el motorcito volvió a ronronear.

Tras acomodarse, le dijo:

—No vamos a superar ningún récord de velocidad, pero el paseo será agradable.

—¿Es tuya esta lancha?

—No, es de Rosemary. Pero me deja utilizarla cuando yo quiera.

—¿Por trabajar para ella en el muelle?

De su larga y espesa trenza se le escaparon unos mechones de pelo que le fueron a caer sobre la cara. Se los apartó con una mano mientras lo miraba. El vestido que llevaba parecía un saco de patatas, pues no tenía forma alguna. Por lo que podía ver, era de los que se ponían por la cabeza y no tenían botones, ni cremallera ni cordones. El cuello era redondeado y ribeteado de encaje. Pero al menos era de un tejido suave, parecido al de una camiseta, y de un color amarillo apagado que casaba bien con su pelo rojo y sus ojos azules.

Gabe volvió en sí y se recordó que sus motivos para aquel encuentro nada tenían que ver con «estar en celo», y sonrió.

—¿Es ésa tu pregunta?

—¿Cómo?

—La única pregunta que te corresponde. ¿Quieres saber si trabajo o no en el muelle?

Frunció el ceño, enojada.

—Era por hablar de algo.

—¿Sabes lo que creo? Que pensabas que podrías colarme unas cuantas preguntas sin que me diese cuenta.

Se mordió la lengua y miró para otra parte. Gabe no pudo evitar soltar una carcajada. Resultaba obvio que la había pillado. Pero aquella mujer era una caja de sorpresas. Estaba sentada, toda remilgada, con sus piececitos juntos, con aquellos dichosos calcetines de volantes que de repente le conferían un cierto atractivo, mientras sus zapatillas blancas como la nieve se humedecían debido al agua que había en el suelo de la lancha. Llevaba las manos apretadas sobre el regazo, sujetando su enorme sombrero, con los ojos entrecerrados por el viento y el sol. Allí, en el lago, sus pecas destacaban aún más. No era exactamente lo que uno definiría como una mujer guapa, o al menos explosiva, como la Honey de Sawyer o la Misty de Morgan. Pero algo tenía...

—¿Adonde vamos?

Se había sentado frente a él en la lancha, así que Gabe señaló hacia donde se extendía la tierra. Los únicos seres vivos que se veían eran unas cuantas vacas pastando junto a la orilla. El lago artificial era largo y estrecho, y parecía un río con bungalows apretados en hileras a ambos lados. Varias lenguas de agua formaban pequeñas calas aquí y allá. Sólo unas cuantas de ellas seguían en manos de agricultores y no habían sido adquiridas por constructores. Cerca de donde vivía Gabe con sus hermanos había una cala así, una estrecha extensión del lago principal, casi por completo vedada al tráfico fluvial, pues era demasiado poco profunda. Sin embargo, era magnífica para bañarse y pescar, y para ello la utilizaban los hermanos.

Era un sitio tranquilo y sencillo y a ellos les encantaba, por eso se negaban a venderlo, por mucho que insistiesen y por alta que fuese la cantidad ofrecida. Entre todos poseían una gran superficie, y en dos puntos en los que el agua se había escapado del lago principal habían formado un lago más pequeño y un estanque. Gabe tenía intención de construir una casa en aquel lugar algún día.

—¿Vamos ahí? —preguntó Lizzy, interrumpiendo sus pensamientos. A juzgar por su voz, parecía horrorizada.

Gabe arqueó una ceja.

—Es un sitio privado.

—¿Y las vacas son pacíficas?

—Casi todos los bóvidos lo son, pero hay que andarse con ojo si vas caminando detrás de alguna.

—¿Dan coces?

Su voz volvía a sonar consternada. Gabe tuvo que reprimir una carcajada.

—No, pero has de tener cuidado con dónde pisas.

—Ah.

Gabe redujo la velocidad y dejó que la lancha se deslizase hasta bordear la cala y adentrarse todo lo posible. Años atrás, alguien había instalado un muelle flotante, pero había visto tiempos mejores. Se escoraba hacia un lado, dejando tres esquinas fuera del agua y una dentro, y estaba cubierto de verdín, pero al menos medía unos dos metros cuadrados y no se hundía al saltar sobre él.

Gabe lanzó una cuerda y la enganchó a una cornamusa metálica en el borde del muelle. Por extraño que pudiese parecer, el corazón le latía desbocado, y tuvo que obligarse a hablar pausadamente.

La miró, vio su mirada tímida y huidiza y sintió un repiqueteo de excitación. Tragó saliva.

—Final de trayecto, así que ya puedes quitarte el vestido.

Le dirigió una mirada, para acto seguido apartarla.

—¿Y si te metes tú primero? Yo me iré metiendo luego poco a poco.

—¿Alguna vez has conducido una lancha?

—No.

—¿Sabes ponerla en marcha?

Miró con recelo el arranque del motor, y a continuación negó con la cabeza.

—No creo.

Él asintió.

—Al menos no estás planeando dejarme a remojo y largarte.

Abrió los ojos como platos.

—Yo nunca haría eso —se mordió el labio, sin llegar a decidirse, y lo admitió—, pero es que no había pensado en cómo iba a quitarme la ropa contigo aquí, a la vista de todos.

—¿Conmigo y con las vacas mirándote?

—Sí.

Podría haberle sugerido unas cuantas cosas, pero aquello habría sido de mal gusto. Además, temía que sus sugerencias la ofendiesen. Era probable que así fuese.

Sabía de sobra que sí.

—Está bien. Me volveré de espaldas. Pero no tardes demasiado. Puedes poner tus cosas dobladas sobre la nevera para que no se mojen.

Antes de cambiar de opinión, se dio la vuelta, avanzó un paso y se tiró al agua. La oyó chillar, asustada por la violenta sacudida de la lancha.

El agua no era profunda, así que unos segundos después de sumergirse su cabeza ya estaba de vuelta en la superficie. Hacía pie sobradamente, así que avanzó hacia el muelle, con la cabeza

agachada, y dejó descansar sus brazos plegados en el borde de la madera vieja. La oía desvestirse.

—El agua está buenísima —dijo con voz temblorosa.

—Está... verde.

Se aclaró la garganta.

—Es por el verdín.

Era probable que ya se hubiese quitado los zapatos, y aquellos ridículos calcetines de volantes que parecían salidos de un catálogo fetichista, aunque dudaba que ella se lo hubiese planteado. Se la imaginaba llevando aquellos calcetines y nada más. La imagen era borrosa, pues no tenía ni idea de qué aspecto tenía su cuerpo, pero aquel pensamiento consiguió excitarlo. Estúpido.

¿Sólo llevaba el vestido, o llevaría algo más encima del bañador? Se aclaró la garganta e intentó controlarse.

—¿Aún no has acabado?

—Pues... sí.

Giró la cabeza y la miró. Allí estaba, con sus brazos pálidos y delgados cruzados, con aquellas largas piernas juntas y con los hombros en posición de desafío. Y llevaba bañador, no biquini, aunque no es que eso importase demasiado.

—Dichosa mujer.

Sus palabras fueron un susurro ahogado, cálido y sobrecogido. Sentía que los ojos se le salían de las órbitas.

Se movía nerviosa, descruzando y volviendo a cruzar los brazos, apoyándose en un pie o en otro, consiguiendo que los finos músculos de sus muslos y pantorrillas se moviesen de un modo seductor.

Gabe no sabía si se había ruborizado o no, pues no podía apartar la mirada de su cuerpo para mirarla a la cara.

El bañador de una pieza era sencillo, de un verde lima apagado, y cubría la suficiente superficie de piel para hacer feliz a una abuela. Pero lo que no cubría...

Sus pechos le hicieron salivar como si del perro de Pavlov se tratase. Turgentes, redondeados... por un momento se preguntó si serían así de verdad o si los estaría realzando de alguna manera. Siguió mirándola, sin tener en cuenta su incomodidad y su inseguridad. Nada en aquel bañador hacía pensar que pudiese realzarlos. No había ningún sostén por debajo, nada. El bañador era sencillo, pero elegante, y se ajustaba a ella como una segunda piel.

Observar el perfil de unos pezones suaves hizo que su imaginación se desbocase. Quería verlos turgentes, apuntándole a la boca.

Respirando con dificultad, continuó recorriéndole el cuerpo con la mirada hasta llegar al perfil del tórax, la marca del ombligo, el

suave contorno del monte de Venus.

Le invadió el calor, y sus orificios nasales se ensancharon. Sin esfuerzo, podía imaginársela desnuda, y eso fue lo que hizo, atormentándose aún más.

Seguramente, hasta las vacas se morían de curiosidad. Tenía el cuerpo de mujer más simétrico y perfecto que hubiese visto nunca, y el agua del lago ya no estaba tan fría. Algo le comenzaba a crecer y a quemar en la entrepierna. Fue una reacción inesperada ante aquella visión. Las mujeres no solían afectarle tanto. Hacía mucho tiempo que había aprendido a controlarse para no tener una erección indeseada. Era él quien elegía cuándo entrar en materia, y nunca se dejaba arrastrar por un vendaval de deseo.

Pero no podía negar lo que sentía en aquel momento. Se sentía molesto consigo mismo, no con ella. No había hecho nada para provocarlo aparte de quedarse allí y permitirle mirar hasta saciarse.

Como bien imaginaba, las pecas le adornaban otras partes del cuerpo, no sólo la cara. Los hombros parecían espolvoreados con ellas, al igual que sus muslos. Se le descompasó el corazón. Nunca había imaginado que unas pecas pudiesen ser tan increíblemente atractivas.

Si de una cosa estaba contento era de haberla llevado allí, así evitaba que a todos a los tipos del lago se les cayese la baba con ella.

Bastante se le estaba cayendo a él por todos ellos.

Consiguió controlarse, aclararse la garganta de nuevo y mirarla a la cara. Tenía la cabeza gacha, y su larga trenza le caía por encima de un hombro. Gabe se mordió la lengua, sintiendo el latir desbocado de su corazón y la tirantez de sus músculos.

—¿Lizzy?

Sus brazos cruzados se tensaron.

—¿Sí?

Sólo entonces entendió él su incomodidad por mostrarse. Se sentía como un imbécil, e intentó encontrar un tono burlón pese al apremio que lo devoraba por dentro.

—¿Vienes o no?

—¿Tengo elección?

No se lo pensó al responder.

—No.

Lentamente, su mirada se alzó hasta encontrar la suya.

—Sólo espero que esto valga la pena.

Ya le enseñaría hasta qué punto podía valerla. No, un momento. No la había llevado allí para eso. La había llevado hasta allí para convencerla de que olvidase sus estúpidas ideas sobre el heroísmo.

Frunció el ceño con decisión, pero su deseo carnal se le antojaba

menos inapropiado por momentos, pues su cuerpo menudo era la personificación de la tentación sexual. Consiguió articular palabra y le dijo:

—Venga, deja de remolonear.

Se humedeció los labios y él soltó un gemido, como si hubiese sentido la caricia de su lengua rosada.

Lo miró con suspicacia, dirigió su mirada a lo que había más allá de la borda de la lancha, volvió a mirarlo y de nuevo se humedeció los labios.

—¿Cómo?

Sin ni siquiera pensarlo, avanzó hasta la lancha y alzó los brazos invitándola a dejarse caer en ellos.

Y así fue. Cerró los ojos, masculló una especie de oración y se dejó caer en sus brazos.

Capítulo 3

Gabe tenía en brazos a una mujer cálida y suave. No era la primera vez, claro está, pero sentía algo diferente a cualquier otra vez. Inesperadamente, se vio envuelto en su perfume. El aroma de Lizzy era dulzón, con un ligero toque a almizcle que le atraía. Tenía los dedos apretados contra su pelo, y los brazos abrazaban su cabeza con fuerza. Estuvo a punto de quedarse en blanco. Sentía su trasero firme y redondeado en su antebrazo derecho, de donde la había enganchado para que evitar que se cayese al saltar en sus brazos. Tenía el brazo izquierdo alrededor de su cintura, con su enorme mano completamente extendida, de tal modo que sus dedos le abarcaban toda la espalda.

Pero más memorable era el hecho de que tenía la cara presionada contra sus pechos. Podía asegurar que parecían de verdad. Alterado por el contacto sexual de su cuerpo, se quedó helado, casi sin poder respirar. Estaba sujeta a él como una enredadera, pero no parecía darse cuenta de la intimidad del contacto.

Gabe sí se daba cuenta. Y de qué manera.

Se movió un poquito para poder abarcar con la mano una de aquellas nalgas redondeadas, y sintió el impacto del tacto hasta la entrepierna. Jadeó, pero no de excitación.

—¿Lizzy?

Su voz sonó amortiguada, ya que tenía la cara enterrada entre dos pechos exuberantes. La mano que tenía en su nalga seguía acariciándola. Casi podía decirse que tenía vida propia.

Ella apretó los brazos y desplazó las piernas con la intención de rodear con ellas sus caderas en un intento estúpido y desesperado de acercarse a él. El movimiento llevó la unión abierta y caliente de sus muslos contra su abdomen, y él consiguió respirar a duras penas. De haber estado desnudos, si la hubiese deslizado hacia abajo sólo unos centímetros, habría estado dentro de ella.

Estaba perdiendo el control del decoro a marchas forzadas.

—Lizzy —dijo en voz baja para no sobresaltarla—, ¿te da miedo el agua?

—No... sí.

Aquello casi le hizo sonreír.

Seguía intentando escudarse tras su orgullo.

—Tranquila, aquí nada va a molestarte.

Nada excepto él, pero eso no necesitaba saberlo.

—Nunca... nunca me había bañado en un lago. Sus labios

estaban justo sobre su oreja. Su voz temblaba y se entrecortaba.

—No tienes nada que temer —le dijo suavemente, y a continuación no pudo evitarlo y giró la cara ligeramente hasta acariciar con la nariz la curva firme y rellena de su pecho.

Soltó un gritó, y los oídos de Gabe retumbaron. Acto seguido, se tiró de sus brazos y llegó atropelladamente y con aspavientos hasta el muelle flotante. La vista trasera de su subida apresurada desde el agua no consiguió calmar su libido. Ya sólo veía piernas largas, suavidad femenina y pecas apetecibles. Y el bañador, ahora mojado, revelaba más cosas que antes. No más de las que habría revelado un biquini, pero a su libido recalentada no parecía importarle. La observó acurrucarse en el muelle, envolviéndose con los brazos, para a continuación mirar a toda prisa en dirección al agua.

Le debía una disculpa. Aquello le hacía sentir lo bastante contrariado como para refunfuñar:

—Voy a estar sordo al menos durante una hora. Chillas como una gallina mojada.

Lizzy negó con la cabeza. Le castañeteaban los dientes.

—¡Algo me ha tocado! ¡Algo me ha rozado la pierna!

Gabe se quedó parado. Entonces, ¿no había gritado por su atrevimiento? Por su mirada, pensó que probablemente ni siquiera se hubiese dado cuenta de lo excitado que estaba ni de que había intentado besarle el pecho. Con un ligero toque de exasperación en la voz, Gabe añadió:

—Seguramente habrá sido un pez.

Se estremeció horrorizada.

—¿Qué clase de pez?

Miró a su alrededor, a través del agua, revuelta a causa de su apresurada huida.

—Ése.

Señaló con el dedo un pececito plateado que burbujeaba en la superficie.

Cuidadosamente, Lizzy se inclinó hacia delante apoyándose en manos y rodillas. Sus pechos se balancearon por debajo del bañador mojado.

—¿Es una cría?

Él no apartó la mirada de su cuerpo. Le pesaba la lengua y tenía la mandíbula contraída.

—No, es un pez sol. No crecen mucho más.

Levantó la vista y se encontró con la de Gabe, obligándole a dejar de contemplar su cuerpo.

—¿Qué esperabas ver, a Tiburón?

Se le puso la cara colorada. A Gabe le resultaba atractiva, tentadora y adorable inclinada al borde del embarcadero, con el

trasero en alto, los ojos abiertos de par en par y las mejillas sonrosadas. Arqueó las cejas.

—¿Te estás riendo de mí?

—No.

Llegó hasta donde estaba ella y se apoyó sobre los antebrazos. De ningún modo podía subir al muelle, sus pantalones mojados no iban a ayudarle a esconder la erección.

—No sabía que te daba miedo el agua —le dijo amablemente—, deberías haberme dicho algo.

Lizzy tomó aire y volvió a sentarse. Subió las rodillas y las envolvió con los brazos.

—Me daba vergüenza —admitió mirándolo de reojo—. No me gusta parecer cobarde.

—Sentirte insegura de cosas con las que no estás familiarizada no es ser cobarde.

—Aun así, ¿contestarás a mi pregunta?

Molesto por el hecho de que no olvidase su objetivo ni por un momento, frunció el ceño.

—Vamos a acabar con esto cuanto antes.

Sus ojos azules se le iluminaron de ilusión, y dejó caer los brazos para inclinarse hacia él. Gabe no pudo evitar comprobar que los pezones se le habían puesto duros y habían crecido de tamaño.

Lizzy sonrió.

—¿En qué pensabas mientras te tirabas al agua para salvar a aquellos niños?

—¿Que en qué pensaba?

—Sí. Viste que tenían problemas, y quisiste ayudarlos. ¿En qué pensaste? ¿En cómo los sacarías, en el peligro, en que tu propia vida no importaba...?

—Por el amor de Dios, nada de todo eso.

Olvidando que tenía que quedarse en el agua, se incorporó para sentarse junto a ella con un movimiento ágil. El muelle se movió, y ella dio un grito ahogado y apoyó las palmas de las manos en la madera en busca de equilibrio. El agua le chorreaba del cuerpo cuando se dejó caer junto a ella y sacudió la cabeza como un perro mojado.

—Entonces, ¿cómo fue?

Se reclinó apoyándose en los codos y miró hacia arriba, al sol y al cielo despejado.

—No lo sé. No pensé en nada. Vi la lancha, vi a los niños... y reaccioné.

Antes de que pudiese decir nada al respecto, añadió:

—Cualquiera habría hecho lo mismo.

—Pero nadie lo hizo. Sólo tú.

Frunció el ceño.

—Pero yo ya me había tirado. No había razón de que lo hiciese nadie más.

—Fuiste el más rápido en reaccionar.

—Quizá fuese el primero en verlo.

Cuando giró la cara para ver la suya, Gabe volvió a mirarle los pechos. Estaba obsesionado. ¿Tendría los pezones rosados o marrones?

Le tocó el brazo.

—¿Tuviste miedo?

Molesto por la insistencia, se recostó en el muelle, cubriéndose los ojos con el antebrazo.

—Ésa es otra pregunta.

Gabe se preguntaba si se habría dado cuenta de que él era un hombre. Tenía una erección tremenda, había estado mirándole los pechos con la intensidad suficiente para azorarla, pero ella ni siquiera se había dado cuenta. Resopló. O quizá no le importase. Quizá le pareciese tan poca cosa, tan poco atractivo, que aunque hubiese estado desnudo a ella no le habría afectado.

Le plantó la mano en el hombro.

—¡No es justo! Ni siquiera has contestado a la primera pregunta.

Bajó el brazo para poder mirarla.

—Tú tampoco te has bañado, así que estamos en paz.

Estaba tan decidida que se giró hacia el agua. Tenía los hombros rígidos por el miedo. Sorprendido, Gabe comprendió que iba a bañarse.

—Lizzy…

La sujetó por el hombro.

—¡Si me muerde una serpiente, será culpa tuya! Metió un dedo del pie en el agua. Sonriendo, Gabe la detuvo.

—De acuerdo, contestaré a tu pregunta. Toda su tensión pareció desaparecer.

—¿En serio?

Emitió un suspiro prolongado y bien audible para que ella supiese que era una pesada. «Sí, claro».

—Me parte el corazón ver esa mirada aterrorizada.

Le dio un golpecito en la nariz mientras lo decía para que ella supiese que estaba bromeando.

No le hizo caso, y siguió hablando entre dientes:

—Ojalá tuviese la libreta.

Gabe se arrodilló, agarró la cuerda que mantenía la lancha amarrada y tiró de ella. Finalmente, pudo alcanzar el bolso y dárselo.

—Toma.

Su sonrisa era beatífica.

—Gracias.

Él asintió con caballerosidad. Aunque no se fijase en su cuerpo, al menos apreciaba sus modales.

—De nada. Pero no creo que vaya a decirte nada lo bastante interesante como para anotarlo.

Su mirada de concentración mientras sacaba la libreta le hizo ver que no estaba de acuerdo. Gabe pensó en lo guapa que se volvía cuando se ponía seria.

No era que una mujer mojigata y pelirroja como ella pudiese interesarle. Más allá de ponerlo inexplicablemente caliente.

Con la nariz arrugada por el brillo del sol, lo miró y le dijo:

—Estoy lista.

Parecía estarlo, pensó él, incapaz de concentrarse en el hecho de que no le interesaba. Vaya imagen la suya, allí sentada en el muelle. Tenía las piernas dobladas a un lado, de una manera remilgada, teniendo en cuenta que había más superficie de su cuerpo desnuda que cubierta. Ladeó la cabeza y frunció la boca mientras meditaba. La luz del sol brillaba en su pelo, mostrando diferentes tonos: dorado, ámbar, broncíneo. La trenza parecía más oscura, al estar mojada, y descansaba a un lado. La piel le brillaba con una fina capa de sudor, que intensificaba su perfume dulzón. La brisa le traía su aroma, y él la respiraba.

A Gabe le quemaba la piel, y no del sol. Se preguntaba qué haría ella si la recostaba y la cubría con su cuerpo. ¿Volvería a gritar? Antes no había gritado por su culpa. No, ni siquiera se había dado cuenta de sus intenciones.

—¿Qué pasa?

¿Aparte de gustarle una mujer que no debería atraerle y de no ser correspondido? Volvió a refunfuñar.

—Nada.

Se reclinó de nuevo sobre el muelle, cruzando los brazos por detrás de la cabeza. Era demasiado largo para aquel sitio, las piernas le colgaban y tenía los pies en el agua.

—A ver... ¿En qué pensé? Solté una palabrota, eso seguro.

Con el lápiz apoyado en el papel, le preguntó:

—¿Qué dijiste?

—Algo que no puedo repetir delante de una señorita.

—Entiendo.

Garabateó rápidamente en el papel, lo cual dejó a Gabe intrigado. Pero ya sabía que no tenía intención de revelarle lo que había anotado.

—La cuestión es que no recuerdo haber pensado nada. Vi a los niños y a la mujer, vi la lancha, y me tiré al agua. Sabía que podían

resultar heridos, y que yo podía ayudarles.

Se encogió de hombros, mirando hacia otra parte.

—Es así de sencillo.

—Entonces —entrecerró los ojos como intentando adivinar—, ¿tu heroísmo fue instintivo, algo inherente a ti?

—No fue heroísmo, maldita sea, pero sí, lo de lanzarme para intentar ayudar fue algo instintivo.

—¿En algún momento pensaste en el peligro que podía representar para ti?

Allí estaba, pensó Gabe, tumbado delante de ella, medio desnudo, y no lo había mirado ni una sola vez. Estaba seguro, porque no le había quitado ojo, esperando a ver cuál sería su reacción al comprobar que estaba excitado. Para lo único que se fijaba en él era para mirarlo con desaprobación.

Le molestaba todo el asunto aquel de los héroes. Él era un hombre igual a cualquier otro, y era evidente que eso a ella no le interesaba. Pero al mirarla se olvidaba de que no era su tipo, de que no le importaba lo que ella pensase, de que su único objetivo era divertirse y pasar el rato.

No estaba acostumbrado a que una mujer pasase por alto su masculinidad, y no le gustaba en absoluto.

Es más, no pensaba tolerarlo.

Hablando en tono más bajo, deliberadamente informal, le recordó:

—Ésa es otra pregunta. Te dije que contestaría a una.

—Pero...

—Podemos hacer otro trato.

Cerró los ojos al decirlo, como si no le importase lo que decidiese. Se hizo un gran silencio. Por cómo se balanceó ligeramente el muelle dedujo que estaba moviéndose. ¿Nerviosa? ¿Molesta? Si la miraba, sería capaz de leer en aquellos ojazos azules qué era lo que sentía. Pero no quería arriesgarse a ver sólo frustración en su mirada. Esperó, conteniendo la respiración.

Por fin, le preguntó:

—De acuerdo. ¿Cuál es el trato?

Abrió los ojos y la miró, con el corazón latiéndole a toda prisa y con todos los músculos temblándole.

—Contestaré a otra pregunta... a cambio de un beso.

Parpadeó, con aquellas largas y doradas pestañas moviéndose perezosamente hacia abajo y de nuevo hacia arriba, como si no diese crédito a lo que acababa de oír.

—¿Un beso?

—Sí —se señaló la boca, sin dejar de mirarla a la cara, observándola atentamente. Un nerviosismo electrizante le recorría

todo el cuerpo—. Aquí. Ahora. Una pregunta, un beso.

Volvió a moverse. El lago estaba tranquilo. Lo único que se oía era a una vaca mugir o el leve chapoteo de una rana junto a la orilla. Lizzy se mordisqueó los labios, aquellos labios húmedos y exuberantes. Su mirada, brillante y directa, no abandonaba la cara de Gabe. Respiró profundamente y sus pechos volvieron a apretarse contra el tejido del bañador.

Sus ojos azules se oscurecieron y sus palabras, suaves e inseguras, le hicieron sobresaltarse.

—¿Y si...? —susurró, antes de aclararse la garganta y volver a empezar—. ¿Y si te doy dos besos?

Al menos aquel día se había afeitado, pensó Elizabeth al mirarle la cara, con esos ojos que brillaban y aquella mirada que se volvía penetrante por momentos. Estaba tensa de los pies a la cabeza, y se esforzaba para mantener la mirada en su cara y no desplazarla al resto de aquel cuerpo musculoso. Era el hombre más atractivo que había conocido en su vida, y el más exasperante.

Él no paraba de mirarla con aquellos ojos azules tan calientes que casi quemaban, así que dejó escapar con voz impaciente:

—¿Qué?

Con voz ronca, él contestó:

—Conque dos besos, ¿eh?

Como siguiese así, iba a salir corriendo hacia la orilla. No podía soportar tanta intensidad, su manera de mirarla, de acariciarla con la mirada. Sentía que los pechos le iban a estallar, y en el vientre notaba un dolor indefinido. ¿Qué pretendía ganar con su actitud? Ni se le pasaba por la cabeza que pudiese sentirse atraído hacia ella. Los hombres nunca se fijaban tanto en ella. Es más, casi siempre les resultaba invisible. Además, aún recordaba su reacción al conocerse. A Gabriel Kasper le resultaba graciosa, pesada y, si había que juzgar por cómo la miraba, totalmente desprovista de atractivo.

Quizá sólo quisiese intimidarla. Aquello tendría más sentido. Tragó saliva y se negó a rendirse. Necesitaba saber lo que pensaba. Se moría por la información que le hiciese entender qué cualidad en concreto hacía de una persona un héroe. O una heroína.

Su boca, firme y sensual, y totalmente masculina, se movió ligeramente.

—Dos besos, dos preguntas.

Era lo que ella había querido. Y a continuación añadió:

—Diez besos, diez preguntas... pero entiéndeme, Lizzy, soy un hombre. Los besos son lo único que puedo intercambiar y seguir siendo un... caballero —giró la cabeza ligeramente hacia ella—. ¿Tienes algún problema con eso?

Se puso tensa. ¿Quería darle a entender que sus besos podían

hacerle perder el control? No podía ser. Reunió todo el valor que pudo y le preguntó:

—¿Por qué haces esto?

—¿Esto? ¿El qué?

—Este juego. ¿Por qué intercambiar preguntas por besos? ¿Por qué este intercambio? ¿Tanto te cuesta concederme una entrevista corta?

Apretó la mandíbula, y volvió a cerrar los ojos. Unos segundos después, con un aspecto más de dormido que de despierto, le dijo:

—Necesitas relajarte un poco, pelirroja. Hace un día fabuloso, hace calor, el agua está fresca. Estamos solos. ¿Por qué no jugamos un poco? —la miró analizándola—. ¿Tan repugnante te parece la idea de besarme?

Llenó los pulmones de aire. Así que se trataba de un juego, de un simple pasatiempo. Imbécil arrogante. Tenía que acordarse de apuntar aquello, que no todos los héroes se comportaban debidamente, y que algunos disfrutaban jugando con las mujeres.

Se negaba a que la intimidase.

—No, en absoluto.

—Entonces no hay problema, ¿no?

El único problema, obviamente, era su inhibición. Pero podía aprender de él. ¿Realmente importaba su excesiva cautela? Decidida de pronto, se deshizo de su nerviosismo y le dijo convencida:

—Está bien, un beso por pregunta.

Espero, preparada para su ataque sensual, pero Gabe siguió mirándola. No movió ni una pestaña. Lizzy sintió un retortijón y arqueó una ceja.

Estaba decepcionada y aliviada al mismo tiempo.

—¿Has cambiado de idea?

Con un movimiento indolente de cabeza, Gabe le hizo una seña con el dedo.

—Ven aquí, pelirroja. Los besos los das tú, no yo.

Ante aquella potente mirada sintió algo más que un retortijón, pero la sensación no era nada desagradable.

Miró aquel cuerpazo extendido frente a ella y comenzó a temblar. Tenía unos hombros anchos y musculosos, al igual que sus bíceps. La parte interior de los brazos era suave y el color de la piel era más claro que el del resto de su cuerpo. Nunca antes había pensado en las axilas de un hombre como algo atractivo, sólo de pensarlo ya le parecía asqueroso, pero era porque no conocía las de Gabriel Kasper. Ver el vello bajo sus brazos era algo muy íntimo, equivalente al pase privado de una película. Retiró la mirada de aquella parte de su anatomía.

Su pecho, bronceado y salpicado de pelitos dorados, estaba perfilado como el de un atleta. El corazón comenzó a latirle con fuerza.

Tenía el abdomen liso, esculpido, y si la vista de sus axilas era algo demasiado íntimo, la de su ombligo era directamente sexual. El modo que tenía el vello de arremolinársele allí para convertirse en una línea sedosa que desaparecía por debajo de los pantalones... abrió los ojos como platos.

Con los pantalones cortos mojados que se le ceñían al cuerpo, era imposible no reparar en su erección. Estaba fascinada, y no pudo evitar detener allí la vista durante un momento. En toda su vida había visto una erección. El calor estaba a punto de hacerla estallar. Las mejillas le palpitaban y se le nublaba la vista.

Dirigió la mirada a su cara, desesperada, confusa, excitada. Su sonrisa burlona la provocaba. Gabe no pronunció una palabra. Ella sabía que estaba esperando que se echase atrás.

Imposible. Y menos en aquel momento, con él retándola de tal modo. Pero...

Elizabeth se humedeció los labios y le preguntó con voz ronca:

—¿Estás seguro de que deberíamos hacer esto?

Se encogió de hombros, como si aquello no mese con él.

—Nadie va a vernos. No seas cobarde, Lizzy. Sólo es un beso.

Sólo un beso. Recordaba cómo aquellas mujeres del muelle se habían abrazado a él, cómo todas las mujeres que pasaban en barco se quedaban mirándolo hambrientas de él. Estaba acostumbrado a besar y a tantas otras cosas... Ella no alcanzaba a recordar a ningún otro hombre que le hubiese pedido nunca algo así. Así pues, no era de extrañar que no supiese cómo conducirse. Prefería armarse de conocimiento, aprender de un libro lo que no entendía. Pero nunca le había dado por investigar sobre aquel tema en particular. Frunció el ceño al pensarlo. ¿Había libros para ponerse al día en cómo besar a un hombre medio tumbado, medio desnudo y atractivo como ningún otro?

Lo miró cautelosamente...

—¿Por qué no te... levantas?

La idea de inclinarse sobre él, de estar tan cerca de tanta carne masculina la alteraba. Sin dudarlo, Gabe negó con la cabeza.

—No, estoy muy cómodo. No te hagas la remolona.

Tenía razón, cuanto antes terminase con aquello, mejor. Como sacarse una muela. Era un momento de dolor y después se acabó.

Sin darse tiempo a pensarlo, plantó una mano en el suelo junto a su cabeza, se inclinó y rozó su boca contra la de él durante un segundo. Se irguió rápidamente y, evitando su mirada, se dispuso a escribir. Le tembló un poco la voz, pero pasó por alto el temblor y

le preguntó:

—¿Sentiste miedo al lanzarte al agua con la lancha en movimiento?

—No.

Esperó, con el bolígrafo listo, pero no dijo nada más. Se giró hacia él, demasiado nerviosa para más juegos.

—Vaya respuesta más simple.

La miró con el gesto torcido.

—Es que ha sido un beso de lo más simple.

Incapaz de evitarlo, lo miró a la boca. Los labios aún le ardían del breve contacto con los suyos. Tuvo que concentrarse en no chupárselos ni mordisqueárselos. El corazón aún le latía desbocado, lo tenía en un puño por culpa de los nervios. ¡No! No eran nervios, era pavor. Tenía que tomárselo con calma.

—¿Quieres decir que si te doy un beso más largo...?

Oyó cómo le decía con voz suave:

—¿Por qué no pruebas a ver?

Sabía que podía hacerlo. No era ninguna tonta timorata. La determinación hacía que la espalda se le pusiera rígida, y la sensualidad le agudizaba los sentidos. Asintió rápidamente con la cabeza.

Dejó el bolígrafo y el papel a un lado, se inclinó, le plantó las manos en las orejas para sujetarlo bien y lo besó lo mejor que supo.

Pero como no era ninguna experta en aquello de besar, no sabía si lo estaba haciendo bien. Apretó la boca contra la suya, giró la cabeza ligeramente para que los labios se uniesen bien y suspiró. O quizá se tratase más bien de un gruñido henchido de determinación.

Los labios de Gabe eran firmes y cálidos. Al estar tan cerca, su aliento la envolvía y le hacía sentir una necesidad nueva e inesperada. Lo notó tan caliente, que casi sintió que se quemaba cuando su piel tocó la suya. Su barbilla tropezó con la suya y sus narices se frotaron mientras ella seguía con las muñecas apoyadas en sus sedosos hombros calientes. Dejó de mover la boca y respiró hondo.

Gabe refunfuñó algo, y a continuación estalló en una carcajada. Aquello la dejó tan sorprendida, que se incorporó y lo miró confusa y dolida.

Con una sonrisilla, y utilizando sólo un dedo, acarició su labio inferior. Sus palabras eran tan amables como su gesto, e igual de demoledoras.

—Tú no has besado mucho, ¿verdad, Lizzy?

La indignación habría estado fuera de lugar. Obviamente, él ya había adivinado que no tenía experiencia. ¿Para qué negarlo o sentirse avergonzada? Él ya había visto cómo era, incluso la había

llamado del mismo modo como se referían a ella en el colegio: «pelirroja». No le costaría mucho trabajo imaginarse los otros nombres: «cara pecosa» y «espantapájaros». Y seguro que entendería que en el instituto nadie se fijase en ella; todos los chicos estaban ocupados persiguiendo a las animadoras de personalidad chispeante y caras de modelo.

Pero aquello ya no la afectaba. Había encontrado cosas mejores en las que emplear su tiempo. Encogiéndose de hombros, le dio la razón.

—Muy poco, lamentablemente.

Y aun aquello era una exageración.

Sorprendentemente, su sonrisa se volvió seductora. Se apoyó en su codo derecho, le puso la mano izquierda en la nuca y la acercó a él. Ya casi pegado a su boca, susurró:

—Entonces, permíteme.

Su lengua... ¡Dios santo! Su boca abrió la suya casi sin esfuerzo. La tocaba con la lengua, jugueteaba, no llegaba a entrar, pero la volvía loca con pequeños lengüetazos que la acariciaban con su humedad. Ella intentó no moverse para no molestar ni interrumpir su avance.

Lenta, muy lentamente, fue apartando su boca. Su mano aún seguía en su nuca, con los dedos acariciándola. La miró a la boca.

—Tú a mí no me estás besando, Lizzy.

—Yo...

No sabía que él también quería. Todos sus sentidos estaban concentrados en lo que él hacía, no en lo que ella pudiese hacer.

—Perdón.

Él volvió a tomarle la boca, pero esta vez con menos dulzura, con una urgencia que la excitó. Elizabeth se apoyó en él y giró la cabeza para recibir mejor su boca. Apretó las manos contra su pecho, y se estremeció al comprobar lo caliente que estaba su piel, y el tacto del vello de su pecho en las palmas. Sintió un cosquilleo en los pechos, y otro aún más insistente por debajo del estómago que comenzaba a reclamar su atención.

Jadeó, y esa vez, cuando la lengua de él se posó en su boca, ella la capturó y la acarició.

No estaba segura de si era su corazón o el de Gabe el que latía desenfrenado. La mano de él abandonó la nuca y se trasladó a su codo. Fue dejándose caer poco a poco hasta el suelo, pero le daba igual; lo único que deseaba era que continuase besándola así, generando aquella agitación incontenible en su interior. Le gustaba, al igual que le gustaba su sabor, su dureza, su aroma.

Él aplastó sus pechos, pero a ella no le molestó. La ayudó a calmar la molestia, aunque acto seguido volviese a intensificarse,

sobre todo al moverse él y rozar sus pezones turgentes. Jadeó.

Estaba echado sobre ella con un codo a cada lado de su cabeza. Tímidamente, insegura de hasta dónde iba a llegar, Elizabeth le puso las manos en la espalda. Su lengua la acarició muy adentro y ella gimió, arqueándose contra él.

Gabe se retiró y maldijo en voz baja. La miró a los ojos, con la cara tan cerca de la suya que podía ver todas y cada una de sus pestañas. Volvió a maldecir suavemente, se incorporó y le dio la espalda.

Había perdido el resuello, y no estaba segura de lo que había sucedido, de si había hecho algo mal. Presionó las palmas contra el suelo de madera e intentó mantener el equilibrio. La cabeza le daba vueltas, y tenía el corazón tan desbocado, que temía que se le fuese a salir del pecho. Notaba una presión en los pulmones, y le costaba respirar, lo que la obligaba a jadear. Y en su interior sentía un cosquilleo delicioso.

Gabe se pasó una mano por el pelo, pero siguió dándole la espalda. Se le notaba la línea recta de la columna, y el movimiento de los músculos al respirar, él también, con dificultad y apresuradamente. Al mirar él en otra dirección, lo devoró con la mirada. Tenía la piel bronceada, reflejo del tiempo que pasaba en el lago, que contrastaba con su pelo rubio y sus ardientes ojos azules. Los pantalones mojados le caían por debajo de sus caderas esbeltas, pero lo único que alcanzaba a ver era piel bronceada.

De repente, se volvió y la atravesó con la mirada, como si hubiese adivinado que lo estaba observando. Mirándola por encima del hombro le espetó:

—Hazme esa dichosa pregunta.

Aún jadeante, Elizabeth intentó reponerse. ¿Pregunta? Su mente confusa esbozó una contestación.

—¿Estás igual de bronceado por todo el cuerpo?

En cuanto dijo aquello se dio cuenta de su error. Los ojos de Gabe se abrieron como platos. Hubo un momento de duda, y acto seguido echó la cabeza hacia atrás y se rió. Aquel sonido rebotó en la tranquila superficie del lago para volver a ella una y otra vez. La cabeza le retumbó y se ruborizó.

Consternada, hizo ademán de levantarse, pero rápidamente Gabe la sujetó por los hombros y la dejó clavada en el sitio.

—¿Adonde vas? —le preguntó, con voz ronca. Su boca aún conservaba aquella mueca de diversión.

Elizabeth intentó pensar.

—Que... quería preguntarte...

—Sé lo que querías —esbozó otra sonrisa—. Quieres que me quite los pantalones para poder echarle un vistazo a mi trasero,

para calmar tu curiosidad.

—¡No, claro que no!

Se inclinó sobre ella. Así era imposible pensar con claridad. Pero en el fondo, todo lo que rodeaba a Gabriel Kasper había sido imposible desde su primer encuentro.

—Mentirosa.

La acusación no era en modo alguno un insulto. De hecho, la pronunció con cariño. Entonces, volvió a besarla suave, lentamente. Elizabeth sintió una presión en el pecho que nada tenía que ver con el modo que tenía él de sujetarla, sino con el hecho de darse cuenta de todo lo que se había perdido hasta aquel momento.

El beso no era devorador, sino dulcemente sensual. Al levantar la cabeza, Gabe le miró los pechos, aplastados contra su pecho musculoso. Un ligero temblor lo atravesó mientras pasaba un dedo por la turgencia que sobresalía del bañador.

—¿Son de verdad, cielo?

Se le cortó la respiración al sentir su dedo, áspero y caliente, acariciándola ahí, en un lugar que ningún hombre había tocado jamás. Con los ojos como platos, consiguió farfullar:

—¿A qué te refieres?

—Tienes un cuerpo muy atractivo —aquel dedo provocador se introducía ligeramente en el escote. El corazón le latía a un ritmo frenético—. Y unos pechos... exuberantes, pese a que el resto de tu cuerpo es muy delgado. Son suaves, cuando tú eres firme. Simplemente me preguntaba si la Madre Naturaleza había sido así de generosa o si tú le habías echado una mano.

Se quedó mirándolo, con la mente en blanco, incapaz de pensar mientras seguía tocándola. Era consciente del sol abrasador en su piel, de la brisa que agitaba la humedad del ambiente, del ligero chapoteo del agua del lago contra la orilla. Pero todo aquello lo eclipsaban Gabe y el destello azul de sus ojos.

Sonriendo, Gabe murmuró:

—Quizá deba descubrirlo por mí mismo.

Extendió los dedos por su pecho, justo por debajo de la clavícula. Aquello la hizo reaccionar.

Lo sujetó por la muñeca y se quedó mirándolo con decisión.

—¡Son de verdad! Vaya pregunta tan estúpida.

Gabe se liberó con facilidad de su mano y colocó los dedos en su cabeza para acariciarle el pelo, alisándoselo.

—Seguro que nunca vas sin sujetador.

Una oleada de calor volvió a invadirle la cara y los pechos.

—Por supuesto que no.

Con el pulgar le acarició el pómulo y la comisura de la boca. Se movió, y volvió a colocar su pecho sobre el de ella, haciendo

presión.

—Qué inocente. Qué sorpresa.

Observaba su boca.

—¿Gabe?

—Sólo uno más —susurró, con voz ronca y profunda.

Pensaba decirle que por aquello le debía muchas respuestas, que tenía muchas preguntas que iba a tener que contestar, pero en cuanto la besó, se olvidó de todo aquello.

Deslizó una mano por su costado hasta la cintura, como midiéndola, y a continuación siguió con la cadera. Se le veía seguro al tocar, con aquellas manos curtidas. Encontró piel sin cubrir en la parte superior del muslo, y emitió un sonido de placer, que motivó que ella temblase a su vez.

—Qué suave —murmuró, con la boca contra su cuello, dándole besos húmedos y chupándola suavemente.

Abrumada, echó la cabeza ligeramente hacia atrás para facilitarle la labor. Aquella mano en el muslo apretaba cada vez más, y sin que él se lo pidiese, dobló la rodilla y subió una pierna por encima de la de él. La posición lo colocaba claramente en mitad de sus dos caderas. Llegó a preguntarse por qué no se sentía aplastada, con lo grande que era aquel hombre.

Se movió, para acercarse más a ella, y su erección la rozó en el lugar más íntimo de todos. Dejó escapar un grito ahogado, y él gimió.

Nunca había tenido a un hombre encima. La sensación era maravillosa. Abrasadora, envolvente, y gratificante al tiempo que generaba nuevas necesidades.

Gabe le introdujo la punta de la lengua en la oreja. Aquella sensación también era increíble. ¿Cómo podía ser tan erótico algo tan simple? Oyó su respiración entrecortada, sintió su aliento cálido y húmedo y el martilleo de su corazón. Le chupó la oreja. Se quedó anonadada y helada durante un segundo, intentando asimilar todo aquello.

Volvió a besarla. Le comió la boca, la pellizcó con sus dientes, la acarició con la lengua. Ella estaba a punto de derretirse, pues ya era incapaz de pensar con claridad. Se limitaba a reaccionar a lo que él hacía y a cómo lo hacía.

De pronto, Gabe se incorporó y se sentó junto a ella.

Elizabeth parpadeó, asustada, sin saber qué había sucedido o qué le había hecho apartarse tan bruscamente. Seguía tumbada, con los ojos abiertos, pero incapaz de ver, intentando asimilar todo lo que sentía. Gabe la sujetó por los brazos y la irguió para que ella también estuviese sentada. Le costó horrores no desplomarse. Se sentía floja, colorada y como si no tuviese un solo hueso en el

cuerpo. Se quedó mirándolo sin articular palabra.

Gabe le dirigió una mirada adusta a modo de disculpa. Entonces oyó el motor. Los dos se giraron en dirección a la entrada al lago.

Momentos después, una pequeña lancha pesquera parecida a la que ellos habían utilizado se introdujo en la cala. Dos hombres mayores con unas gorras muy llamativas de las que colgaban diversos tipos de cebo se concentraban en las larguísimas cañas que se introducían en el agua. Sus voces apenas eran audibles, pues se veían ahogadas por el zumbido constante del motor.

Levantaron la vista sorprendidos al ver a Gabe. Casi al unísono desviaron la mirada hacia Elizabeth, que se puso roja de la vergüenza. ¿Serían capaces de adivinar lo que habían estado haciendo sólo con mirarla a la cara?

Gabe se movió, inclinándose hacia delante para taparles la vista. Saludó a los hombres, quienes le devolvieron el saludo y continuaron mirándolos casi hasta hacer encallar la barca. Contrariado, el hombre que estaba más cerca de popa consiguió rectificar el rumbo hasta que acabaron perdiéndose de vista.

Gabe se giró hacia ella. Su mirada era sagaz y directa. Incapaz de apartar los ojos, Elizabeth pensó en lo injusto que era que él pudiese engatusarla sólo con una mirada. Unos ojos tan azules y claros deberían haberle parecido fríos, no feroces y apasionados.

Su pelo rubio resplandecía bajo la luz del sol, despeinado a causa del baño... y de sus dedos. Cada músculo de su cuerpo tenso estaba perfilado y atraía su mirada. La miró tan atentamente, que casi se estremeció.

Elizabeth tragó saliva e intentó pensar en algo que decir. Era casi imposible recomponer una cara seria y formal después de aquel... aquel... No sabía cómo llamarlo, pero había sido mucho más que un simple beso. Había que reconocer que a ella le faltaba experiencia, pero no era tonta. Conocía la diferencia entre besar y lo que acababan de hacer.

No le resultaba fácil, pero se recordó su propósito original. Llevaba toda la vida intentando entender la idiosincrasia del heroísmo, por qué algunos tenían aquellas cualidades y otros, no. Ser un héroe te permitía cambiar vidas; no serlo, podía dejarte vacío para toda la vida.

Su mirada se cruzó con la de Gabe. Se aclaró la garganta.

—Bueno, después de esto, espero una explicación completa para la tesis.

No pretendía sonar tan fría y distante; lo que realmente sentía estaba muy alejado de aquellas emociones. Sólo quería llamar su atención sobre el objetivo de todo aquello.

Los ojos de Gabe se oscurecieron y entrecerraron. El calor los

abandonó, como si nunca hubiese estado allí. Flexionó la mandíbula y la dejó quieta. La miró a la boca y le dijo:

—La tendrás.

Capítulo 4

Quería zarandearla, quería... Dios, con una mujer nunca le había apetecido otra cosa que no fuese hacer el amor, divertirse con ella, incitarla. Pero Lizzy lo volvía loco.

Por el amor de Dios, sólo le había faltado poseerla en el dichoso muelle, al aire libre, en el lago.

Y ella le habría dejado.

Gabe lo sentía en su interior. Conocía a las mujeres, sabía cómo pensaban, lo que sentían, cuándo estaban excitadas y cómo excitarlas. La pelirroja se había desatado. Le había mordido el labio superior, le había chupado la lengua, había subido la pierna por encima de la suya... Se había apretado contra él, intentando acercarse, y su corazón acelerado le había permitido medir cada nuevo grado de su excitación. Había estado al límite. Fácilmente podría haberle deslizado los dedos por el borde del bañador y acariciarla.

Pero ahora ella lo miraba como si nada hubiese sucedido, pidiéndole que contestase a preguntas de lo más estúpidas.

—Necesito refrescarme.

Sin mayor aviso, Gabe saltó del muelle. Se sumergió hasta tocar el fondo, y palpó el suelo. Cuando salió a la superficie, Lizzy estaba inclinada sobre el borde del muelle, buscándolo ansiosamente. Se retiró el pelo mojado de la cara y se obligó a no mirarle los pechos.

—¡Menudo susto me has dado!

Le dirigió una mirada acusadora, como si estuviese poseída. Unos largos mechones de pelo se le habían escapado de la trenza en varios lugares. Sus mejillas suaves estaban encendidas, lo cual resaltaba sus pecas aún más. Su boca exuberante, que tan caliente y hambrienta la había sentido bajo la suya unos momentos antes, estaba ahora contraída.

Gabe estuvo a punto de reírse. Vaya, pero si ni siquiera era guapa, y tampoco tenía el carácter necesario para atraer a un hombre. Entonces, ¿por qué había reaccionado así?

—Toma —le dio algo y la observó sentarse, desconcertada, para inspeccionarlo—. Es un mejillón. El fondo del lago está lleno. Durante una temporada estuve saliendo con una chica que se los comía crudos.

Lizzy sacudió la cabeza y dejó caer el molusco. Hizo la mueca de quien está a punto de vomitar. No, en aquel momento parecía cualquier cosa menos guapa.

Gabe dejó escapar una carcajada.

—Qué asco, ¿eh? Después ya no podía besarla. No me quitaba de la cabeza lo que había pasado antes por aquella boca. ¿Alguna vez has visto un mejillón vivo? Son viscosos y grises.

Se tapó la boca con una mano, tragó, volvió a sentarse y siguió observándolo.

—¿Piensas quedarte ahí o vas a salir y contestar a mi pregunta?

—Contéstame tú a mí primero.

Abrió aquellos ojos azules de par en par, y Gabe se vio obligado a admitir que eran preciosos. Independientemente de su estado de ánimo, aquellos ojos eran el centro de atención de su cara, vívidos y llenos de curiosidad e inteligencia. Le gustaba el color, oscuro y profundo, a diferencia de los suyos, más pálidos. Con el sol reflejándose en el lago, podía distinguir estrías verdes y negras en el iris, que enriquecían el color principal. Mientras estudiaba sus ojos, sus pupilas brillaban, y a Gabe le asaltaba el recuerdo de la rapidez con la que se había excitado con ella.

Excitar a la pelirroja era divertido. Además, un poco de diversión no le vendría mal. Quizá así se le fuese parte de la rigidez de la espalda y parte de la amargura en su manera de hablar.

Apoyó los brazos cruzados en el borde del muelle, mirándola y sonriendo ante aquella cara adusta.

—¿De dónde has sacado ese bañador?

Desconcertada, se miró a sí misma, y a él a continuación. Se puso a tirar nerviosamente de la tela a la altura de la cintura.

—Pues... yo nunca había tenido bañador. Te empeñaste en que viniésemos a bañarnos, así que anoche tuve que comprarme uno. Pero pensé que no era necesario que me gastase mucho dinero, cuando es probable que ésta sea la única vez que me lo ponga. Así que me compré el más barato que había.

—¿El más barato de una pieza?

Su temblor de labios lo tenía fascinado.

—No soy de las que les quede bien un biquini.

—¿Cómo que no? —intentó sonar imparcial—. Pero si tienes un cuerpo increíble, Lizzy.

Lo decía en serio, pero por cómo se le oscurecieron los ojos y apartó la mirada, comprendió que no le creía.

—¿Lizzy?

No tenía intención de mirarlo. A él se le ablandó el corazón. Muy amablemente, le preguntó:

—¿Cuándo fue la última vez que te viste desnuda?

Sus mejillas volvieron a adoptar aquel color rojo intenso. Abrió la boca dos veces seguidas, pero no consiguió articular palabra. Por fin, lo miró y le dijo mordazmente:

—¿Por qué intentas avergonzarme a propósito? ¿Así es como te

gusta divertirte, haciéndome sentir...?

—¿Haciéndote sentir cómo, cielo? Tenía la mano justo al lado de uno de sus piececitos, y la agarró del tobillo, utilizando el pulgar para acariciarle la planta del pie—. ¿Tímida? Pues no deberías. En el lago no hay una mujer a la que le quede mejor el bañador que a ti, a ver si te enteras.

Las cejas color caoba se le contrajeron tan violentamente que Gabe pensó que le dolía la cabeza.

—No sé de qué vas, Gabriel Kasper, pero no estoy ciega. Sé muy bien el aspecto que tengo, y si no fuese por ti y tus ridículas condiciones, no estaría aquí ahora, con este ridículo bañador puesto.

—Te lo has pasado bien —se vio obligado a recordárselo, y a sujetarle el pie con firmeza cuando intentó apartarlo.

—Ha sido... inesperado —tenía un aspecto remilgado, y Gabe sentía que el cuerpo le ardía como reacción masculina a su desafío silencioso—. Como bien has supuesto, no soy ninguna experta en el arte de besar. Me lo he tomado como una... experiencia instructiva.

Gabe sonrió, con el pulgar acariciándole sensualmente el pie.

—Así que soy algo así como un proyecto didáctico, ¿no? ¿Vas a escribir otra tesis sobre lo que has hecho este verano?

Como un pequeño volcán que hubiese entrado en erupción, se apartó violentamente de su lado. Apoyó las manos en el muelle para incorporarse, soltó un grito y se llevó un dedo a la boca.

Gabe observó sus payasadas con curiosidad.

—¿Pero qué haces?

—Me voy —murmuró, mientras se miraba el dedo—. Ya veo que no tienes intención de contestar a mis preguntas, y no puedo permitirme perder más tiempo contigo.

¿Conque era una pérdida de tiempo? ¡Y un cuerno! Le haría comerse aquellas palabras. Gabe se irguió, y su peso hizo que el muelle zozobrase y que Lizzy se inclinase hacia él. Seguía con la atención puesta en su dedo.

—Contestaré a tu dichosa pregunta, así que deja de poner caras raras.

Le dirigió una mirada escéptica, y volvió a fruncir el ceño.

—¿Qué te pasa? ¿Te has hecho daño?

Se dejó caer sobre su hombro para verle la mano, y como ya era habitual en ella, la acercó a su pecho como para protegerse de él.

—Por tu culpa me he clavado una astilla, y me duele.

Gabe tiró de la mano y observó el dedo. Un trocito de madera se le había clavado en la almohadilla del dedo corazón.

—Madre mía, es enorme.

Volvió a intentar soltar la mano. Aquello de intentar alejarse de

él era algo que hacía constantemente. Bueno, constantemente no. Mientras la besaba, se había acercado a él.

—Puedo sacártela.

—¡No! —volvió a tirar, y al final consiguió liberarse—. Ya me la sacaré cuando llegue a casa. ¿Estás listo para irnos?

—Pues no, no estoy listo para irnos. Aún tienes que hacerme una pregunta, y voy a contestártela. Pero antes deja que me ocupe de esto.

—Gabe...

—No me seas blanda. No va a dolerte.

Alzó la barbilla, frunció la boca y le acercó la mano.

Sin dudarlo, Gabe se llevó el dedo a la boca. Oyó a Lizzy jadear y la sintió temblar. Con la punta de la lengua localizó el extremo de la astilla, y con sumo cuidado la sujetó con los dientes. Era fácil de sacar.

Le sonrió, aún con la mano cerca de la boca.

—Ya está. Tampoco ha sido para tanto, ¿no?

Volvía a tener aquella mirada, como antes de que la lancha los interrumpiese. Incapaz de soportar verla tan alterada y temblorosa, la miró y le besó la punta del dedo. Sus pupilas se dilataron y sus labios se entreabrieron. Era rápida reaccionando... pero él también lo era.

Era como si estuviesen conectados por la mirada, una conexión íntima que nunca antes había sentido. Gabe tocó la punta del dedo con la lengua y la sintió respirar. Se llevó el dedo a la boca y lo chupó suavemente. Ella dejó escapar un gemido y cerró los ojos.

Aquello resultaba erótico. Ella resultaba muy erótica. Movió sus dedos por su labio inferior, diciendo:

—Para mí, el agua es mi segundo hogar. No me da ningún miedo.

Le impresionaba lo ronca que se le había puesto la voz, pero aquello hizo que ella abriese los ojos. Gabe le pasó la lengua entre los dedos, y chupó uno de ellos en su totalidad.

—Estoy tan a gusto en el agua como en tierra firme. Sobre todo en este lago, donde nunca me planteé que pudiese suponer un peligro para mí. Por eso no sentí miedo alguno.

—Ah.

Pasó al pulgar. Se lo metió en la boca y tiró suavemente de él, al igual que habría hecho con un pecho. Pensar aquello encendió su pasión.

—Cuando los niños y su madre ya estaban a salvo, no tuve tiempo de pensar ni de sentir miedo. Simplemente reaccioné.

—Ya... ya veo.

Su voz sonaba tan apagada, que apenas entendía lo que decía.

Lo miraba a través de sus ojos entrecerrados, balanceando suavemente el cuerpo.

—Aprendí a pilotar una lancha siendo un crío. Empecé a trabajar con motores de barco a los diez años, y a los catorce ya sabía más que la mayoría de los adultos.

Le chupó la palma de la mano, y luego la muñeca, donde sintió el ritmo acelerado de su pulso.

—Sabía lo que hacía. No había peligro alguno, ni razón para sentir miedo.

—Ya.

Tenía los ojos cerrados, su mano libre apretada en un puño y los pechos que subían y bajaban agitadamente.

—Por lo tanto —añadió Gabe mientras comenzaba a bajarla de nuevo—, no soy lo que se entiende por un héroe.

En cuanto su espalda tocó el suelo de madera se incorporó violentamente. Con la cabeza le golpeó a Gabe en la barbilla con la fuerza de un puñetazo. Se frotó la cabeza y lo miró con cara de pocos amigos.

Después de tocarse la mandíbula para asegurarse de que no le había roto nada, Gabe le preguntó:

—¿Estás bien?

—Seguro que tengo una conmoción cerebral.

Gabe sonrió.

—Pues yo, no. ¿Por qué te has puesto tan nerviosa?

—Necesito escribirlo todo antes de que se me olvide.

Poniendo los ojos en blanco, le preguntó:

—¿Satisfecha, entonces?

Nada más pronunciar aquellas palabras, le echó un vistazo a sus espectaculares pechos, vio sus pezones enhiestos y supo que la verdadera satisfacción aún estaba lejos. Algo que ella nunca habría admitido.

Con la mirada gacha, se limitó a contestar:

—Estoy satisfecha... en cuanto a esa pregunta. Pero tengo muchas más —lo miró con ojos suplicantes—. ¿Tanto te costaría darme algunas respuestas?

La deseaba. Deseaba ver esa mirada en su cara cuando estuviese desnuda debajo de él. Aquello iba contra toda lógica y contra todo lo que sabía sobre sus propios gustos y preferencias. Era tan distinta al tipo de mujer en el que normalmente se fijaba que daba risa.

Pero eso no cambiaba las cosas.

—Cuando quieras.

—¿A qué te refieres?

Había un matiz de cautela en su voz que le hizo sonreír triunfal.

—A que contestaré tus preguntas siguiendo nuestro trato. Un

beso por pregunta.

Lizzy giró la cabeza para contemplar el lago. Ahora estaba mucho más tranquila que antes, y eso a Gabe le hacía sentir incómodo.

—Porque es algo importante para mí —dijo desapasionadamente —. Que así sea, si insistes. Pero lo que hemos estado haciendo... eso era algo más que besarse —lo miró con aquellos ojazos azules—. ¿No crees?

¡Vaya si lo creía! Pero no pensaba admitirlo. Sentía que, si le decía hasta qué punto le excitaba y lo cerca que había estado de perder el control, ella no querría volver a verlo, y mucho menos dejar que la besara.

—Tampoco es para tanto, Lizzy. No tienes que preocuparte por tu reputación ni por tu castidad.

Apretó los labios. Parecía que aquello le había dolido. Gabe maldijo en voz baja. Quería tranquilizarla, no restarle importancia a la atracción que sentían el uno por el otro.

—No quería decir...

—¿Por qué? ¿Por qué es tan importante para ti jugar conmigo?

—No estoy jugando contigo, maldita sea.

Era evidente que no le creía.

—¿Disfrutas viéndome alterada y avergonzada? ¿Disfrutas sabiendo que todo esto es nuevo para mí?

Un ataque frontal. No se lo esperaba, y tampoco su vehemencia. La miró, pero ella volvió a evitar su mirada. Después de pensar un poco, Gabe le dijo con toda sinceridad:

—Me gustas. Y lo de que me gusta besarte te lo digo en serio. Eres diferente a las demás mujeres que conozco por aquí.

—¿Pretendes decirme que soy rara?

Se rió de la suspicaz acusación en su tono de voz y en su mirada.

—No, no pretendía decir eso. Llevo toda la vida tratando con las mujeres de por aquí. Se sienten totalmente cómodas conmigo y con su propia sexualidad.

—Te parezco rara.

—No, no eres rara —le colocó un largo mechón de pelo por detrás de la oreja, sonriendo—, eres contradictoria: dulce y fresca...

—¡Ese comentario es sexista!

—Y avasalladora, pero tímida. Me intrigas. Supongo que es una cosa por la otra. Igual que tú quieres saber qué es lo que me mueve, yo también quiero saberlo de ti. Así de sencillo.

—A mí no me parece tan sencillo.

—Porque no estás acostumbrada a que los hombres se fijen en ti.

No contestó, y frunció el ceño.

—¿Por qué, Lizzy?

Negó con la cabeza. Seguía con los labios apretados.

—Debes de tener... ¿Cuántos? ¿Veintidós?

Miró hacia arriba.

—Casi veintitrés.

—Y no tenías ni idea de cómo besar. ¿Qué chica sale del instituto, y no digamos de la facultad, sin haberse enrollado con alguien?

Se quedó mirándolo y le espetó:

—¡Pues parece ser que las chicas pelirrojas, pecosas, desgarbadas, tímidas y empollonas!

Gabe examinó su cuerpo con atención.

—Cielo, tú no eres desgarbada. De eso, nada.

Lo miró durante unos segundos y le preguntó con precaución:

—¿En serio?

La ternura se apoderó de él, pillándolo desprevenido.

—¿Tu madre nunca te dijo que te estabas desarrollando muy bien?

Juntó las manos en el regazo y negó con la cabeza.

—Mi madre murió cuando yo tenía doce años.

Gabe se acercó a ella y le pasó el brazo por encima de sus hombros calientes por el sol. No cuestionó su necesidad de tocarla.

—¿Amigos? ¿Hermanas?

Agitando la cabeza, le explicó.

—Soy hija única. Y en el colegio no tenía demasiadas amigas.

Como quien admite un grave pecado, añadió:

—Siempre he sido muy tímida. Hasta hace poco.

Gabe la abrazó suavemente.

—No se puede decir que ahora seas una intrépida reportera.

—Ya lo sé. Para mí no es fácil hacer todas estas entrevistas, pero son importantes y por eso las hago.

Su expresión se volvió socarrona.

—Casi todas ellas han sido rápidas y sencillas.

—Entonces te ha venido bien dar conmigo, ¿eh? Porque si había alguien que necesitase un poco de actividad, ésa eras tú.

—Necesito completar la tesis.

—Tienes el verano para descansar, ¿no?

Asintió con recelo, insegura al desconocer su intención.

—Entonces, ¿por qué no nos damos un gusto el uno al otro? Yo te contesto las preguntas que me hagas y a cambio tú dejas que te convenza de lo adorable que estás con ese bañador.

Bajó la barbilla casi hasta pegarla al pecho

—Convencerme... ¿cómo?

—Con lo que hemos estado haciendo antes. No voy a obligarte a ir más allá de donde tú quieras, te lo prometo. Pero también te

prometo que habrá más besos —meció su cabeza con la mano—. Espero que no te importe demasiado, Lizzy.

No contestó. Tampoco parecía convencida. En un hilo de voz que revelaba lo tensa que estaba, añadió:

—Necesito que seas más concreto.

Gabe se lo pensó bien antes de pronunciar las palabras que debían tranquilizarla.

—Está bien, vamos a hacerlo así. Yo contesto a una pregunta y tú te sueltas un poco, yo elijo cómo. Y antes de que empieces a protestar, lo primero que quiero que hagas es que vayamos juntos al autocine. ¿Alguna vez has estado en un autocine?

—Con mi padre, cuando era pequeña. No sabía que aún existiesen.

—Podemos ir al condado de al lado, al Dirty Dixie. Allí ponen películas algo picantes. Seguramente también será tu primera vez, ¿no?

Aturdida, asintió con la cabeza.

—Perfecto. ¿Te viene bien el viernes? Dentro de dos días. Te sobra tiempo para hacerte a la idea.

Y a él para aprender a controlarse un poco.

Volvió a dudar. Gabe contuvo la respiración. Entonces, asintió.

—De acuerdo. ¿Dónde quedamos?

—Ah, no —le dijo amablemente, sabiendo que quería mantenerlo a distancia y sabiendo, también, que él no pensaba permitirlo—. Dame tu dirección y tu número de teléfono. Cuando tengo una cita, soy yo quien recoge a la chica, Lizzy, no quedo con ella en ningún sitio.

Pareció pensárselo, para acabar encogiéndose de hombros. En un papel anotó su dirección y su número de teléfono. Gabe agarró el papel, bajó del muelle y avanzó hasta la lancha para guardarlo en la nevera y que no se perdiese.

Lizzy, al verlo en el agua, le dijo:

—Estoy de alquiler en el piso de arriba de la casa de una madre soltera muy agradable. Tiene dos niños pequeños y necesitaba un dinerillo extra.

Gabe sabía que si hablaba era debido al nerviosismo. Le dolía que aquel día tuviese que acabar, pero consultó su reloj sumergible y vio que era hora de irse.

—Deberíamos volver. Tengo cosas que hacer.

—Pensaba que no tenías trabajo.

Mirándola desde la otra punta de la lancha, le dedicó una amplia sonrisa.

—¿Otra pregunta? Está bien, seré generoso — apoyó los antebrazos en la borda metálica y siguió hablando—. No tengo

empleo fijo, pero tengo más trabajo del que puedo hacer. Me dedico a mantenimiento en general y en esta época todo el mundo necesita que le construyan, le reparen o le reformen algo. Eso es todo cuanto pienso decirte, no me mires así.

—Aguafiestas.

Gabe acercó la lancha al muelle.

—Como ahora sé que te da miedo el agua, algo que deberías haberme dicho al principio, seré amable y mantendré la lancha quieta para que subas.

—¿No esperarás que vuelva a meterme en el agua?

Negó con la cabeza ante su expresión esperanzada.

—Imagino que conseguiré que te acostumbres poco a poco. Si no, ¿qué sentido tiene irse de vacaciones junto a un lago si no quieres mojarte? Pero por hoy ya has tenido bastante.

No pudo ocultar su alivio.

—Gracias.

Con una cautela exagerada, se metió en la lancha a toda prisa. Gabe observó cómo se doblaban sus largas piernas, cómo sus pechos llenaban el ceñido bañador, cómo su trasero se aposentaba cuidadosamente en el asiento metálico, caliente por el sol.

Lo estaba volviendo loco. Y ni siquiera acertaba a saber por qué. Normalmente, una mujer como Elizabeth Parks nunca le habría atraído lo más mínimo. Era nerviosa, avasalladora, no tenía experiencia... pero también era divertida y curiosa, y tenía el cuerpo más bonito que había visto en su vida.

Mientras maldecía en voz baja a su libido caprichosa, Gabe subió a un lateral de la lancha. Elizabeth chilló y se abrazó al asiento como si le fuese la vida en ello.

—Dame las gracias el viernes por la noche.

Se preguntaba si entonces sería capaz de aguantar sin tocarla. Dos días tampoco le parecía tanto tiempo para recuperar el control.

Pero ya le parecía una eternidad; la deseaba tanto, que hasta le temblaban las manos.

Gabe notaba el sol en los hombros. Olió la hierba recién segada y respiró profundamente, satisfecho. O al menos lo estaría si consiguiese dejar de pensar en aquella pelirroja. Dirigió la segadora hacia la última franja de hierba que quedaba por cortar. Sus hermanos y él tenían tantas tierras, que sólo cuidaban de las hectáreas que rodeaban la casa. Más allá, la tierra estaba llena de arbustos silvestres, flores de todos los colores y árboles de todas las variedades. En otoño era precioso, cuando las hojas cambiaban de color, pero la estación preferida de Gabe era el verano.

Su madre lo acusaba de ser mitad lagarto, pues el calor rara vez le molestaba, y siempre tendía a irse al sol.

La vida había cambiado desde que sus dos hermanos mayores se habían casado. Era diferente, pero agradable. Le encantaba tener a Honey cerca. Le daba a la casa un aspecto más hogareño. Le gustaba el olor de sus velas aromáticas en el cuarto de aseo después de darse un baño, o cómo lo abrazaba cuando salía de casa, diciéndole que tuviese cuidado... como si fuese a jugarse el pellejo cada vez que salía por la puerta.

Gabe sonrió. Aún recordaba cómo había llorado Honey cuando Morgan se mudó a su casa. Daba igual que estuviese un poco más arriba, en la misma colina; le gustaba tener a todos los hermanos lo más cerca posible. Aunque era una ventaja que Morgan se hubiese casado con su hermana Misty. Las dos mujeres estaban muy unidas y se las arreglaban para verse todos los días, sobre todo desde que Misty había dado a luz una adorable niña siete meses antes. Amber Marie Hudson era la cosa más bonita que había visto en toda su vida. Y ver cómo su hermano mimaba a la niña era una inagotable fuente de diversión.

A Gabe le fascinaban las mujeres, ya tuviesen siete meses, veintisiete años o setenta. No creía que fuese a cansarse nunca de que le enseñasen cosas nuevas.

Estaba preguntándose qué podía aprender de cierta pelirroja cuando vio un coche acercarse por el camino de entrada. Gabe paró el motor y observó, mientras un presentimiento le subía por la espalda sudorosa. El coche, un Escort morado, se parecía sospechosamente al que Lizzy había dejado aparcado en el muelle. Se había fijado por el contraste del morado con su pelo.

Aun a lo lejos, al bajarse del coche no podía haber duda alguna en identificar el destello de su brillante melena.

Volvió a poner el tractor en marcha y se dirigió hacia la casa. Notaba un extraño latido en el pecho, y esperaba interceptarla antes de que la viese alguno de sus hermanos. O peor aun, que la viesen Honey o Misty.

Pero sus esperanzas fueron en vano. Cuando ya casi estaba en el camino de entrada, se abrió la puerta y allí estaba Honey, con su melena rubia meciéndose al viento y su sonrisa seductora.

«Demonios».

Observó horrorizado cómo invitaba a Lizzy a entrar, cómo ésta aceptaba y cómo se cerraba la puerta tras ella. El tractor era demasiado lento, así que lo paró y recorrió el resto del camino corriendo.

El pecho le oprimía y sudaba a mares al cruzar la puerta. No veía a nadie. Corrió por el pasillo hasta el salón. También vacío. Se detuvo e intentó escuchar algo. Una risa de mujer. Corrió hacia la cocina. Tenía que detenerla antes de que hablase más de la cuenta,

antes de que empezase a hacer preguntas... antes de que descubriesen que había estado besándola.

Derrapó en el suelo de baldosas. La cocina estaba llena de gente: Honey y su hermana, Amber y Sawyer... Gabe se quedó mirando a Lizzy, sentada a la mesa dándole la espalda.

Sawyer la estaba observando atentamente. Estaba inclinado sobre Lizzy con los dedos tocándole la mejilla, tan cerca que seguramente podía sentir hasta su aliento, por el amor de Dios.

—¿Qué está pasando aquí?

Todos lo miraron. Honey fue la primera en hablar.

—Gabe, ahora pensaba ir a llamarte.

Misty meneó la cabeza con lástima mientras lo miraba, como si estuviese metido en algún lío, y Amber susurró algo al oír su voz. Gabe no reparó en ellas, y se centró en su hermano mayor.

Lizzy no podía haber elegido mejor momento que la hora de comer, cuando todos estaban por allí. Normalmente Sawyer habría estado en su despacho, en la parte de atrás de la casa, atendiendo a sus pacientes. Afortunadamente, Jordán siempre comía en el pueblo. Morgan también, hasta que se casó con Misty. Debía de estar a punto de llegar. Gabe necesitaba sacar a Lizzy de casa antes de que hablase más de la cuenta de su relación. Se imaginaba lo que iban a tomarle el pelo sus hermanos si descubrían que le interesaba, es decir que lo excitaba una pelirroja quisquillosa llena de pecas.

Le ardía la cara sólo de pensarlo.

Entonces, Lizzy se giró para mirarlo, y Gabe comprendió que el calor de su cara no era nada comparado con el de la pelirroja.

Frunció el ceño al acercarse a ella, al estudiar sus rasgos.

—Maldita sea, Lizzy, ¿qué te ha pasado?

Tenía toda la cara quemada, la nariz roja y la boca ligeramente hinchada. Sin pensar en su embelesado público, se arrodilló ante su silla y le pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja. ¡Pero si hasta la parte superior de las orejas la tenía roja!

Elizabeth se humedeció los labios. Parecía terriblemente avergonzada.

—Estoy bien, Gabe—dijo en voz baja, intentando que se pusiese en pie mientras dirigía miradas furtivas a su familia—. No hace falta armar tanto alboroto.

No prestó atención a sus palabras, ya que estaba demasiado concentrado en descubrir todas las partes de su piel que se hubiesen enrojecido.

—Pensé que te habrías puesto protección solar.

—Y me puse —le aseguró, sintiéndose peor a cada momento—. Quizá no fuera lo bastante fuerte, o quizá se me fuese con el agua.

Sawyer lanzó un sonido de impaciencia, recordándole a Gabe el

hecho de que estaba arrodillado ante Lizzy, tratándola como si fuese la mujer más preciosa del mundo. Se puso en pie, pero no consiguió apartar de ella su mirada preocupada.

—¿Te duele?

—No —esbozó una ligera sonrisa, para a continuación estremecerse—. Estoy bien, en serio.

Sawyer empujó a Gabe a un lado.

—Voy a darte una pomada para el escozor. De momento, evita la exposición al sol —miró a Gabe—, y lleva ropa suelta. No parece que vayan a salirte ampollas, pero los próximos días no te va a resultar cómodo.

Honey apareció con unas toallitas dobladas empapadas en té frío.

—Esto te aliviará. Yo también soy blanca de piel, y siempre me ha ido bien.

Misty estaba lo bastante cerca como para ver cómo Honey le colocaba suavemente las toallitas a Elizabeth en los hombros. Gabe cayó en la cuenta de que Lizzy llevaba un vestido blanco de algodón, tan largo que le llegaba a los tobillos. La observó atentamente y adivinó que debajo del vestido no llevaba sujetador. Casi se le paró el corazón.

Le había dicho que nunca iba sin sujetador, y tenía unos pechos tan firmes y redondeados que la había creído. Mucho tenía que dolerle para haber prescindido de él.

Para distraerse, miró a su alrededor y se puso a hacerle carantoñas a la niña. Amber agitó sus brazos regordetes, y su boca lanzó saliva en todas direcciones. Gabe se rió.

—Perdona, cariño, pero ahora estoy muy sudado, no puedo sujetarte en brazos.

Elizabeth observó cómo le pellizcaba a la niña los dedos de los pies. Él supo que tenía intención de anotar aquello también en su libretita. Frunció el ceño.

Morgan entró por la puerta de la cocina y se dirigió inmediatamente hacia donde estaba Misty. Se abrazaron y se dieron un beso muy íntimo y prolongado. A Gabe le hacía gracia cómo Misty seguía poniéndose colorada cuando la tocaba su marido. Había conseguido domar a Morgan por completo. Se giró y levantó a Amber de su silla y se la acercó al pecho para acariciarle su sedoso pelo moreno. Amber soltó un chillido y él la acomodó en su brazo.

Sólo entonces se percató de la presencia de Elizabeth.

—Hola.

Misty borró la mirada ensoñadora de su cara y sonrió.

—Morgan, es Elizabeth Parks, una amiga de Gabe.

La enigmática mirada de Morgan pasó a Gabe, quien volvió a sentir que le ardía la cara.

—Parece ligeramente quemada, Gabe. Imagino que no estaríais... pendientes del sol, ¿no? ¿Estabais pensando... en otras cosas?

Gabe se puso tenso y le respondió:

—Ya sabes que no puedo pegarte cuando llevas a la niña en brazos. ¿Te importa dársela a su madre?

—No —besó una orejita de la niña y le sonrió a Elizabeth—. Encantado de conocerte, Elizabeth.

Ella asintió con la cabeza.

—Igualmente, comisario.

—¿Comes con nosotros?

—No, por favor, sólo... siento mucho molestar, en serio — miraba nerviosamente a Gabe mientras su familia le aseguraba que no era ninguna molestia—. Quería haceros unas preguntas, si tenéis tiempo.

Morgan acercó una silla.

—¿Preguntas sobre qué?

Gabe dio un paso al frente antes de que ella pudiese contestar.

—Lizzy, tengo que hablar contigo. En privado.

Se quedó parada, y lo miró con expresión de culpabilidad.

Sawyer le dio un ligero empujón para apartarlo.

—Sólo tengo quince minutos antes de ir a atender a un paciente. Seguro que puedes esperar un ratito, ¿eh, Gabe?

Quería decir que no, que no podía esperar, pero sabía que así sólo conseguiría que se intensificasen las especulaciones al respecto. Optó por colocarle a Lizzy en los hombros las toallitas de Honey. La miró a los pies. Llevaba unos calcetines blancos gruesos y zapatos sin cordones.

—Supongo que también te habrás quemado los pies.

Nunca había visto a Lizzy tan retraída. No le quitaba ojo. Asintió. En voz baja, admitió:

—Un poco.

Gabe se arrodilló y le quitó los zapatos con sumo cuidado, y a continuación los calcetines. Lizzy se quejó e intentó apartarlo. Pero él no cejó, a pesar de la risa ahogada de Morgan y de la mirada atenta de Sawyer.

Sus pies eran pequeños y esbeltos. Al ver lo rojos que los tenía, Gabe sintió la necesidad de besarlos, pero se limitó a mirarla y a dar su opinión.

—Deberías estar en casa, desnuda, en lugar de ir por ahí haciendo preguntas.

Honey dio un grito ahogado, Morgan soltó una carcajada, y

Misty le dio una palmada a Gabe en el hombro.

Pero Sawyer estaba de acuerdo con él.

—Tiene razón. Ahora mismo, ir vestida empeora la quemadura. Lo mejor que puedes hacer es darte baños de agua fría, ponerte mucho aloe y tomar ibuprofeno para el dolor —miró a Gabe—. Claro que si mi hermano pequeño hubiese recordado que no todo el mundo adora el sol ni tiene la piel como el cuero, no habría pasado nada.

Gabe rechinó los dientes.

—Sé muy bien lo delicada que es la piel de una mujer. Pensaba que llevaba protección solar. Además, tampoco estuvimos tanto rato al sol.

Lizzy se movió, incómoda.

—Gabe tiene razón. La culpa es mía, no suya. No pensé que el reflejo del sol en el lago sería tan fuerte.

—El agua amplifica la fuerza del sol —añadió Sawyer. Se colocó las manos en las caderas y empleó su tono de médico— ¿Te has quemado en alguna otra parte?

Lizzy negó con la cabeza, y al mismo tiempo dijo:

—Sólo en las piernas.

Al ver que Gabe empezaba a levantarle la falda, le retiró las manos a manotazos. Estaba tremendamente avergonzada.

—¡Ni se te ocurra!

Gabe sonrió. Ese comportamiento ya era más propio de ella, ya se sentía más aliviado. No le gustaba verla tan tranquila y retraída.

—Perdona, sólo quería ver la magnitud de la tragedia.

Ella frunció el ceño.

—Es sobre todo en las rodillas. Puedes creerte lo que te digo, Gabriel Kasper.

Morgan se reclinó en su silla, con las cejas enarcadas. Todos estaban pendientes de ellos dos. Gabe recordó lo que estaba haciendo y volvió a ponerse en pie.

¿Cómo demonios acababa siempre arrodillado delante de ella?

Después de colocar una fuente de sandwiches sobre la mesa, Honey le dijo:

—Quédate a comer con nosotros. ¿Qué quieres beber? Hay té, limonada y...

—No, en serio. No era mi intención venir en mal momento —Lizzy echó mano a las toallitas que llevaba en los hombros, con la intención de quitárselas—. Puedo volver otro día si accedéis a que os haga unas preguntas.

Gabe respiró aliviado.

—Buena idea. Vamos, te acompaño al coche.

Pero Lizzy aún no se había quitado la primera toallita cuando

todos rechazaron sus intenciones e insistieron en que se quedase. Los muy pesados le suplicaron que se quedase.

Gabe decidió que podían hacer lo que quisiesen, pero eso no implicaba que él tuviese que tomar parte en todo aquello. Anunció que iba a ducharse, para dar la impresión de que todo estaba en orden, pero nadie le suplicó que se quedase. Irritado, salió de la cocina con paso firme, pero antes de llegar a la esquina oyó la primera carcajada de Morgan. Enseguida, los demás comenzaron a reírse como locos.

Todos menos Lizzy.

Capítulo 5

Elizabeth no sabía qué les hacía tanta gracia. Esperaba que no se estuviesen riendo de ella. Entonces Honey sonrió y le dijo:

—A veces Gabe es muy gracioso.

Elizabeth no tenía ni idea de lo que quería decir, y no preguntó. Se aclaró la garganta.

—Estoy realizando una tesis sobre los héroes para mi doctorado. Ya llevo un tiempo dedicándome a ella, y casi la había acabado cuando oí hablar del incidente de la lancha del verano pasado y decidí añadir a Gabe a mi investigación.

Morgan inclinó la cabeza.

—¿Qué incidente de la lancha?

Aquello la paralizó. ¿Su propio hermano no sabía lo que había sucedido? Pero Misty le echó una mano y se lo explicó a su marido.

—Creo que se refiere a cuando Gabe salvó a aquella mujer y a sus hijos, ¿no?

Elizabeth asintió con la cabeza.

—Fue justo después de nuestra boda. Entonces, Morgan no le prestaba mucha atención a lo que sucedía a su alrededor.

Morgan le dedicó a su mujer una mirada provocativa.

—La culpa de eso la tienes tú, no yo. ¿Qué le voy a hacer si me impides concentrarme en otra cosa?

Honey se rió.

—Parad ya, o vais a hacer que nuestra invitada se sienta violenta.

Se acomodó en las rodillas de su marido, y Sawyer la envolvió con sus brazos.

—Gabe es un encanto, Elizabeth. Simplemente disfrutamos metiéndonos un poco con él.

Elizabeth podía dar fe de que fuera un encanto. Por lo que había visto hasta el momento, no había un ejemplo mejor que él del término «donjuán».

—Entonces, os acordáis del incidente.

—Claro.

Honey se recostó en el pecho de su marido. Para asombro de Elizabeth, Sawyer Hudson se las arreglaba de maravilla para comer así, como si tener a su mujer en las rodillas fuese lo más normal del mundo. En un santiamén ya se había comido tres sandwiches, uno menos que Morgan. Misty y Honey se comieron medio cada una. Ya que insistían, Elizabeth le dio un bocado a uno. Hasta ese momento no se había percatado de que tenía hambre.

La insolación la había afectado tanto, que sólo quería encontrar algo que hacer para no pensar en su estado. Tenía la piel tirante, y le escocía horrores. La ropa era un fastidio, Sawyer Hudson tenía razón. Pero como no estaba acostumbrada a ir por ahí desnuda, había decidido olvidarse del tema averiguando más cosas sobre Gabe antes de ir al cine con él.

—¿Podéis hablarme del incidente?

Elizabeth hizo la pregunta después de un buen sorbo de limonada helada. Con las toallitas frescas en los hombros y sin aquellos incómodos zapatos en los pies se sentía mucho mejor.

—Claro —Honey se quedó pensativa durante un momento y se giró hacia Morgan—. Al conductor de la lancha lo detuviste tú, ¿no?

Morgan contestó en un tono tan amenazante que asustó a Elizabeth.

—Aquel estúpido estaba borracho y podría haber matado a alguien. Si de mí hubiese dependido, no sólo le habría quitado la licencia para llevar lanchas, sino también el carné de conducir. Pero al final simplemente le prohibieron la entrada en el lago, le pusieron una buena fianza y pasó una semana en la cárcel. Aquella pobre mujer estaba tan asustada, que Sawyer tuvo que darle un sedante.

Sawyer asintió. Su tono, comparado con el de Morgan, era solemne.

—Pensaba que alguno de sus hijos estaría herido. Estaba en estado de shock —entonces sonrió—. Cuando llegué allí, vi a Gabe con un crío en brazos, otro abrazado a su pierna, y la mujer deshaciéndose en elogios hacia él. La mirada de alivio en la cara de Gabe al verme fue impagable.

Elizabeth alcanzó su bolso del suelo y sacó el cuaderno y el bolígrafo.

—¿Puedes describirla?

—¿El qué?

—Su mirada.

A Sawyer le sorprendió la pregunta, pero se encogió de hombros y le respondió:

—Claro.

Pasaron unos quince minutos hasta que Gabe volvió con ellos, con su pelo rubio aún mojado que formaba ricitos en la nuca, y sus obligatorios pantalones cortos limpios y secos. Elizabeth ya había llenado varias páginas de notas, suministradas por todos los miembros de la familia, y estaba extasiada de que por fin alguien le diese la razón en que el comportamiento de Gabriel Kasper había sido heroico.

Cuando Gabe vio el cuaderno, se abalanzó para atrapar el último sandwich que quedaba en la fuente.

Elizabeth respiró hondo cuando pasó a su lado, pero a lo único que olía era a jabón. Cuando Gabe había entrado antes, el aroma primitivo a cuerpo de hombre sudoroso se le había quedado pegado, y resultaba de un atractivo afrodisíaco. Aquel aroma maravilloso y potente, combinado con su presencia, le habían impedido articular palabra. No pensaba encontrárselo. Al llamar al número que le había dado Bear, Honey le había dicho que Gabe estaría el día entero trabajando. Elizabeth no había caído en que se refería a trabajar en los alrededores de su propia casa.

Tampoco había pensado que pudiesen montar tanto escándalo por sus quemaduras. Se sentía un poco tonta por haberse quemado. Ella sabía mejor que nadie hasta qué punto era sensible al sol. Si hasta llevaba la crema solar con ella para dársela a menudo, pero se la había dejado en el bolso. La despistaron Gabe, los besos y las sensaciones eróticas que había provocado en ella. En ningún momento se le pasó por la cabeza que pudiese sufrir una insolación.

Honey se dispuso a preparar más sandwiches, ya que Morgan había empezado a dar vueltas en busca de una galleta y Gabe sólo había comido un sandwich. Una vez no tuvo a nadie sentado en las rodillas, Sawyer dijo que iba a buscar la crema de aloe que debía aplicarse Lizzy.

Gabe se bebió de un trago un vaso enorme de té helado, y Elizabeth vio cómo le bajaba por la garganta, cómo se le movían los músculos de los brazos y de los hombros al echar atrás la cabeza. Dejó el vaso, vio que estaba mirándolo y frunció el ceño. Abrió la boca para decir algo, pero en ese momento Morgan le plantó a la niña en brazos y se vio distraído por una manita que le tiraba del vello del pecho. El contraste entre Gabe, tan grande, tan fuerte, rubio y bronceado y la diminuta criatura de pelo moreno que tenía en brazos hizo que Elizabeth se estremeciese. Nunca se habría imaginado que un hombre como él, un donjuán que no pensaba en otra cosa que no fuesen placeres hedonistas, pudiese demostrar tanta confianza al sujetar a un bebé. Pero Gabe no sólo la sujetaba sin dudar, sino que además le hacía pedorretas en la barriga y le mordisqueaba los deditos de los pies.

Elizabeth decidió que había llegado el momento de emprender una retirada estratégica. A pesar de su amabilidad con la niña, sabía que estaba enfadado con ella. Suponía que aquello anulaba la cita que tenían pendiente; nada de ir al autocine. Pero al menos, se dijo para sí, en un intento por parecer optimista, había conseguido lo que quería. Tenía una libreta entera llena de detalles, y lo había conseguido ella sólita.

Sawyer volvió con un tubo de pomada y se lo dio a Elizabeth.

—Póntela cada hora más o menos, o cuando te moleste. Es de aloe. Puedes guardarla en el frigorífico si quieres. Bebe toda el agua que puedas; si vuelves a hidratar la piel te será más llevadero. Ah, y baños de agua fría, nada de ducha. La ducha es demasiado agresiva para la piel en ese estado. Si mañana noche no notas mejoría, llámame, ¿de acuerdo?

Sabía que todos la estaban mirando. Elizabeth asintió.

—¿Cuánto te debo por la crema?

—Nada. Ya se la cobraré luego a Gabe.

Gabe esbozó una sonrisilla, así que Elizabeth supuso que se trataba de una broma.

—Gracias. Por todo.

Sawyer besó a su mujer, a su sobrina y a su cuñada, y volvió a trabajar. Eran muy efusivos, se abrazaban, se daban palmaditas y se besaban a todas horas. Aquello la desconcertaba.

Misty, Honey y Gabe la acompañaron hasta la puerta. Gabe estaba calladísimo, lo cual no auguraba nada bueno, pues normalmente se pasaba el rato bromeando. Cuando ya estaba en el porche, Honey le dijo:

—Misty y yo vamos a comer mañana en el pueblo, ¿te apuntas? En el restaurante donde trabaja Misty a tiempo parcial los viernes sirven un estofado de ternera estupendo. Después podemos ir juntas a la biblioteca. Seguro que allí conservan ejemplares del periódico local. Podrás leer de primera mano reportajes sobre la osada hazaña —le dirigió a su cuñado una mirada malévola— de Gabe.

Gabe miró a su vez a su cuñada como quien busca venganza, pero ella se rió y lo abrazó.

Misty añadió:

—Será divertido.

Consciente de que Gabe la estaba atravesando con la mirada, sabedora de que él esperaba que rechazase la cita con las dos mujeres, Elizabeth asintió.

—Muy bien. Gracias.

Podría haber jurado que había oído a Gabe soltar un gruñido.

Misty agarró a la niña de los brazos de Gabe.

—Genial. Si sabes dónde está el restaurante, nos vemos allí a las once.

—Me parece bien.

—Perfecto. Pues hasta mañana.

Misty y Honey se retiraron al mismo tiempo. De pronto, Elizabeth deseó que aún siguiesen allí. Gabe la miraba con ojos asesinos.

La culpa era suya, se dijo para sí, negándose a acobardarse.

Levantó la barbilla, le dirigió una mirada altanera y se encaminó hacia el coche. Gabe la siguió.

—¿Qué estás haciendo aquí, pelirroja?

Vaya, estaba enfadado de verdad.

—En todas mis investigaciones he incluido las opiniones de los familiares, siempre que fuese posible.

—Pero tú y yo teníamos un trato.

«Teníamos». No se había equivocado, el trato ya no seguía en pie. La invadió la decepción, pero intentó atajarla. Había sido una estúpida al ilusionarse con Gabe. Era la personificación del playboy de pueblo. Pensaba divertirse con ella mientras estuviese allí, pero en cuanto se fuese no volvería a pensar en ella.

Sin embargo, sabía que sería incapaz de olvidarlo. Aquello le pareció tan triste, que decidió desterrar aquel sentimiento. Abrió la puerta del coche y metió el bolso. Era incapaz de llevarlo colgando del hombro debido a las quemaduras. Estaba ansiosa por seguir el consejo de Sawyer y desnudarse. La ropa era como papel de lija contra su piel tan sensible.

Gabe la observó con detenimiento, y ella se encogió de hombros.

—No me dijiste que no pudiese hablar con tu familia.

—Vaya tontería —la acorraló poniendo una mano en el techo del coche y la otra en la puerta—. Sabías de sobra que no quería que fisgoneases. Por eso mismo me decidí a contestar yo mismo a tus preguntas.

Con él tan cerca, el corazón se le disparó. La asaltaron los recuerdos y sintió un cosquilleo en el estómago. No podía parar de mirarle la boca.

—Entiendo. Si... si quieres cancelar lo demás, lo entenderé.

Gabe se puso rígido.

—¿Cancelar lo demás?

Aún tenía el vello del pecho ligeramente húmedo, como si se hubiese secado a toda prisa. Nunca había conocido a ningún hombre que se pasease medio desnudo a todas horas. No pensaba que estuviese exhibiéndose, sino que más bien se sentía cómodo con su cuerpo y sabía que no tenía razón alguna para avergonzarse. Apretó las manos en un puño para evitar tocarlo.

—El... el autocine, lo de... divertirse y relajarse —el orgullo le hizo añadir algo más—. Me pareció un plan algo estúpido desde el principio.

Le levantó el mentón con un toque extremadamente cariñoso.

—Eso sí que no. No pienses que vas a poder echarte atrás, Lizzy.

—Pero... —balbuceó, atrapada en la intensidad de su mirada—. Estás enfadado.

—Pues sí. Ya hablaremos de mi enfado mañana, en el cine. Si

piensas que voy a permitirte incumplir nuestro trato, y más después de tanto fisgoneo, estás equivocada.

—Ah —a Elizabeth no se le ocurría nada mejor que decir. Sintió un alivio en el pecho—. De acuerdo.

Volvió a mirarle la boca y sintió cómo le temblaban los labios al recordar sus besos, su sabor, el calor que desprendía su boca.

De nuevo sin aliento, susurró:

—¿Gabe?

Gabe se inclinó hacia ella y tomó su boca como quien tiene hambre, pero con cuidado al mismo tiempo, sujetándola por el mentón. El beso fue largo e intenso, y Elizabeth lo agarró por los hombros, aunque él no le devolvió el abrazo. Su lengua se abrió paso, caliente y húmeda, y ella la aceptó y la acarició con la suya, gimiendo suavemente.

Cuando Gabe levantó la cabeza ligeramente, ella alcanzó a decir:

—Vaya.

Él sonrió.

—Sí —contestó con voz ronca. Se dio cuenta de que estaba prácticamente colgada de sus hombros, y retrocedió.

—No quería...

Gabe volvió a tocarle la barbilla para que lo mirase de nuevo.

—Me habría gustado acercarme más, pero me da miedo hacerte daño. ¿Tienes los muslos quemados?

Le costaba respirar.

—Un poco.

—¿Y los brazos?

—Algo.

Tenía la boca casi pegada a la suya.

—¿Y los pechos?

Se estremeció al respirar.

—Sólo la parte de arriba, lo que no tapaba el bañador.

—¿Necesitas ayuda con la crema?

Volvió a invadirla una oleada de calor que la aturdió.

—¡No! Puedo arreglármelas yo sola.

Gabe esbozó una sonrisa.

—Aguafiestas.

—Tengo que irme.

Tenía que irse antes de suplicarle que la ayudase con la crema, antes de abalanzarse sobre su cuerpo casi desnudo. Antes de ponerse en ridículo. Tenía que acordarse de que para Gabe aquello era un juego, un pasatiempo mientras cedía a su curiosidad. No se lo tomaba en serio. Que ella supiese, no se tomaba nada en serio.

—De acuerdo —Gabe frunció el ceño—. No creas que no estoy enfadado contigo por presentarte aquí. Pero ya hablaremos de eso

cuando te recoja para ir al autocine y tengamos un poco más de intimidad.

En cuanto hubo acabado de decirlo, se giró a mirar hacia atrás. Elizabeth alcanzó a ver una cortina que se movía y varias cabezas que se agachaban.

Incapaz de creer lo que acababa de ver, Elizabeth le preguntó:

—¿Estaban espiándote?

Gabe parecía furioso, pero resignado.

—Que no te extrañe. Yo habría hecho lo mismo.

—¿En serio?

—Pues claro —se rió y se pasó las manos por la cara—. Bueno, ya se descubrió el pastel. Ahora ya no van a parar.

—¿A parar de qué?

No estaba avergonzado, pues había sido un héroe. Aquello no tenía sentido.

—Da igual —se giró hacia ella, moviendo la cabeza—. Quizá debería hacer lo mismo que Morgan y construirme una casa. Claro que a Honey seguramente le daría un ataque.

A Elizabeth le costaba seguir sus cambios de tema.

Gabe señaló a un punto de la colina que había sobre la casa.

—¿Ves esa casa de ahí? Es la de Morgan. Misty y él se mudaron el año pasado. Hasta entonces, vivíamos todos juntos aquí. Morgan vivía en la parte principal con Sawyer y su hijo, Casey. ¿Has conocido a Case? ¿No? Pues menuda te espera. Vaya elemento.

Tenía intención de agarrar el cuaderno para anotar el nombre, pero Gabe la sujetó de la muñeca.

—Olvídalo. Deja en paz a Casey.

—Pero has dicho...

—Ya te has entrometido bastante, pelirroja.

Su tono de voz era amenazante. Elizabeth intentó memorizar el nombre, decidida a anotarlo en cuanto Gabe no la viese. Para distraer su atención, le dijo:

—Háblame de cómo os las arregláis para compartir la casa.

—¿Por qué no? No es ningún secreto. Yo vivo en el sótano. Tiene entrada propia y es más bonito que muchos pisos. Jordán vive en las habitaciones que hay sobre el garaje.

Elizabeth frunció el ceño.

—¿Cuatro hombres viviendo juntos?

—Sí —Gabe cerró los ojos por culpa del sol—. Maldita sea, ya estás al sol otra vez. Pero mujer, ¿es que no tienes sentido común? Vete a casa.

—Pero...

—Pero nada. El viernes te contaré la historia de la familia. Después te diré lo disgustado que estoy contigo por haberte colado

en mi casa.

Elizabeth resopló.

—No me he colado. Honey me invitó.

—Sí, me lo creo.

Elizabeth se sentó con cuidado en el coche, intentando no rozar su delicada piel con el asiento. Gabe le cerró la puerta y se inclinó para darle otro beso.

—Conduce con cuidado. Y cuando llegues a casa, desnúdate.

—Gabe —le reprendió, avergonzada por aquella sugerencia tan sincera. Se preguntaba si algún día acabaría por acostumbrarse a él.

Arrancó el coche y metió la marcha atrás. Gabe se apoyó en la ventana de nuevo.

—Elizabeth...

Gabe miró sus pechos, sueltos en el vestido, y susurró:

—Cuando estés desnuda, piensa en mí, ¿de acuerdo?

Le tocó la punta de la nariz y se marchó.

Elizabeth se quedó mirándolo, con los ojos como platos y colorada, con el corazón desbocado. Podía estar seguro de que haría exactamente lo que le había pedido.

Gabe se pasó el camino refunfuñando, pero no podía dejar de ir. Intentó convencerse a sí mismo para no hacerlo. Tenía incluso otros planes... que tuvo que cancelar.

Estaba preocupado por ella. Era la primera mujer que lo consumía por dentro de aquella manera.

Pero la insolación era culpa suya y se sentía responsable. Además, le había gritado, y ella era tan sensible, tan inexperta, que seguramente se sentiría fatal por su culpa. Por otra parte, quería saber qué le habían contado los cotillas de sus hermanos, porque a él no habían querido decírselo. Ni siquiera Misty y Honey habían abierto la boca.

Gabe apretó el volante y se dijo que era un estúpido, porque la verdad era que deseaba verla. Bueno, por fin lo había admitido. Le gustaba y la deseaba.

Entró en el camino que llevaba a aquella casa de un tranquilo barrio a las afueras de Buckhorn County y apagó el motor. Era una casa de dos pisos con árboles viejos y un césped meticulosamente cortado. Al salir del coche, Gabe se preguntó si Elizabeth se habría desnudado como le habían sugerido. ¿Estaría desnuda en aquel momento? ¿Estaría dándose un relajante baño de agua fría?

Metió las manos en los bolsillos y subió por la escalera exterior hasta el piso de arriba. La única ventana que había tenía las persianas bajadas. Buena idea, pensó, en el caso de que estuviese desnuda.

Gabe respiró hondo y llamó a la puerta. No hubo contestación.

Por un momento pensó en irse, por si acaso estaba durmiendo. Pero aún era pronto, aún no eran las nueve, así que volvió a llamar, más fuerte esa vez.

Desde el otro lado le llegó un sonido apagado, y oyó a Lizzy.

—¿Quién es?

No parecía que acabase de levantarse, pero su voz sonaba desconfiada. Era probable que no tuviese muchas visitas, y menos de noche.

Sintió una curiosa satisfacción al realizar aquella deducción.

—Soy yo, pelirroja. Abre.

Oyó más sonidos apagados, y por fin abrió la puerta ligeramente. Un ojazo azul lo miraba a través de la diminuta apertura.

—Gabe. ¿Qué estás haciendo aquí?

En lugar de contestar, porque no tenía contestación a aquella pregunta, le preguntó:

—¿Te he despertado?

—Ah, no. Estaba... ¿Pasa algo?

—Sí —empujó un poco la puerta, y ella se apartó enseguida—. Quería comprobar que...

Gabe se quedó mirándola. Sintió un nudo en la garganta. Lizzy tenía el pelo recogido en lo alto de la cabeza, y sólo llevaba una sábana para taparse, sujeta al nivel de los pechos. Pero no le apretaba. No le apretaba nada. Es más, de no haber sido porque la agarraba con una mano, se le habría caído. A Gabe no le habría importado.

Cerró la puerta empujándola con el talón. Sabía que debía decir algo, pero se contentaba con mirarla.

Lizzy se aclaró la garganta.

—Estaba a punto de ponerme más pomada de la que me ha dado tu hermano. Alivia mucho, pero el efecto no dura tanto.

Gabe miró en dirección a la cocina. Sobre la mesa vio un tazón con agua y el tubo de pomada que le había dado Sawyer.

—Yo te ayudo.

Sus ojos se abrieron de par en par. Negó con la cabeza. Tenía los hombros de un color rosa brillante, pero afortunadamente sólo por la parte de arriba. Por lo que alcanzaba a ver, casi toda la espalda la tenía bien. Pero los pechos... la sábana estaba blanca y húmeda en las zonas próximas al pecho; seguramente habría estado aplicándose compresas húmedas.

Era un hombre. Se comportaría como un hombre. Gabe la rodeó con el brazo a la altura de la cintura y la condujo hacia la diminuta cocina. Su salón era minúsculo, y en él sólo cabían un sofá, una silla y una estantería. Un televisor de trece pulgadas estaba en el centro

de la estantería, y a los lados había varias plantas. Todo lo demás que había en aquella austera habitación alquilada eran unos cuantos libros y dos fotografías. Ya miraría las fotos más tarde, ahora lo único que quería era ayudarla a aliviar aquella molestia.

Iba descalza. Sus pies tenían un aspecto adorable saliéndole de debajo de la sábana. Rosas, pero adorables. Gabe volvió a mirarle los pechos subrepticiamente, sin que ella se diese cuenta. Tenía la parte superior de los pechos quemada, desde debajo del cuello hasta algún lugar por debajo de aquella sábana blanca.

—Siéntate.

Se quedó de pie.

—Gabe, soy capaz de cuidarme yo sólita.

—¿Y por qué habrías de hacerlo pudiendo ayudarte yo? No debe de resultarte demasiado fácil tocarte los hombros.

Torció la boca y bajó la mirada. Sintió deseos de besarla.

—Voy a vestirme.

—No.

Se quedó mirándolo, sin pestañear.

—Por favor, Lizzy —continuó hablando en un tono engatusador —. Siéntate y déjame ayudarte. Te prometo que así me sentiré mejor.

No se decidía, pero al final dejó escapar un suspiro.

—De acuerdo —se sentó con cuidado en la silla—. Pero si me haces daño, voy a enfadarme mucho.

Le temblaban las manos al mirar sus hombros.

—Tendré todo el cuidado que pueda.

Agarró el tubo de crema y vio que estaba frío. Lizzy debía de tenerlo en el frigorífico, tal como le había recomendado Sawyer. Apretó el tubo hasta recoger en los dedos una buena cantidad. Comenzó a aplicársela suavemente por la piel. Ella echó la cabeza hacia delante y tembló.

—¿Está fría?

—Tiene que estarlo.

—¿No te estaré haciendo daño?

Tenía una piel muy delicada, aun sin insolación.

—No.

Percibió un ligero temblor en su voz que hizo que todo lo que había en él de masculino se pusiese alerta. Su cuello era largo y esbelto, y su pelo tenía en aquella zona un tono más claro.

—¿Te sientes mejor?

—Mm. Sí.

Gabe le miró los brazos, vio que estaban rosas y se situó a su lado. Le levantó un brazo y le dijo:

—Apoya la mano en mi vientre.

Tiró de la mano como si le acabase de anunciar que había que amputársela.

Gabe sonrió.

—Venga, Lizzy. No seas tímida. Sólo quiero ponerte la crema. Mira, si hasta llevo camiseta. No tiene por qué darte vergüenza.

La espalda se le puso rígida.

—No es que me dé vergüenza, es que no estoy acostumbrada a que... a que tú siempre...

Se imaginaba lo que iba a decir, así que decidió ayudarla.

—¿A que siempre vaya tan informal y cómodo? Sí, eso es verdad. Tocar a alguien no es pecado, cielo.

Le agarró el brazo, con cuidado para no hacerle daño, y le apoyó la mano en su vientre. Tenía los músculos duros como una piedra, pero no a propósito, sino como reacción al tacto de su mano en aquella zona.

—¿Lo ves? Tampoco está tan mal, ¿no?

Soltó un ligero chillido.

Gabe arqueó una ceja, pero sin dejar de sujetarle la mano para que no la retirase.

—¿Qué ha sido eso?

Lizzy lo miró y le dijo:

—No, no es... desagradable.

Gabe se rió. La soltó y alcanzó el tubo de pomada.

—No te muevas.

Notaba cómo temblaba al aplicarle la pegajosa pomada de aloe por todo el brazo. Era tan suave, tan femenina, que aquello iba cobrando sentido. También empezaba a tenerlo el hecho de que su sobrecargado cerebro masculino comenzase a imaginar inmediatamente lo suave que debía de ser su piel en otras zonas más femeninas, como la parte interior de los muslos, el vientre y más abajo.

Sintió que algo comenzaba a crecerle en la entrepierna.

Continuó con sus cuidados, torturándose a sí mismo, pero disfrutando al mismo tiempo.

Al tener sólo una mano para sujetarla, la sábana comenzó a deslizarse. Gabe se quedó helado cuando ella intentó agarrarla desesperadamente. Aguantó la respiración, pero ella consiguió salvaguardar su pudor.

Suspirando, se colocó en el lado contrario, decidido a contenerse. No era un chico que fuese a hacerlo por primera vez. Él tenía experiencia, era maduro... No había razón alguna para todos aquellos nervios.

Con voz áspera, le dijo:

—Ya sabes lo que toca.

Nerviosa y mirando para otro lado, le contestó:

—He de admitir que me sorprende verte tan vestido. Empezaba a pensar que no tenías camisetas ni pantalones.

Observó su camiseta blanca y los pantalones gastados. Eran tan viejos y estaban tan desgastados que se ajustaban a él como una segunda piel. Si se molestaba en mirar, iba a descubrir que tenía una erección. De nuevo.

Pero por supuesto no miró. Gabe estudió su cara y sonrió.

—¿Te has llevado una decepción al ver que venía tan vestido, Lizzy?

En un tono remilgado, contestó:

—En absoluto.

No podía creerla. Claro que notaba la tensión, pero también la notaba ella. Estaba temblando, prácticamente. Pero aun así sería capaz de negar toda atracción. Casi todas las mujeres hacían una aproximación directa; aquella táctica le resultaba totalmente atípica... e intrigante.

Volvió la cara aún más, casi hasta tocar el respaldo de la silla con el mentón. Gabe se mordió la lengua y evitó reírse. Elizabeth Parks era la mujer más divertida que había conocido nunca. Quizá era bueno que no fuese a quedarse mucho tiempo allí, o él acabaría encandilado con su carácter quisquilloso.

Pero hasta que se fuese, quizá él pudiese aliviar los males de los dos.

Capítulo 6

Elizabeth no supo qué hacer cuando Gabe se colocó delante de ella, insinuándose, entre la mesa de fórmica y la silla donde estaba sentada. Todas y cada una de sus terminaciones nerviosas estaban sensibilizadas por sus suaves caricias. Y ahora su mirada se dirigía a su regazo.

Abrió los ojos como platos. ¡Estaba excitado! No era ella la única que estaba en aquel estado. Pero a diferencia de Gabe, ella era la única que no sabía cómo continuar, o si debía continuar.

Gabe se inclinó y agarró el asiento de la silla con sus enormes manos. Elizabeth soltó un grito al sentir que se elevaba y se movía hasta una posición en la que él pudiese arrodillarse frente a ella. El corazón le latía tan deprisa, que estaba empezando a marearse, y la vista se le nublaba.

Olía a loción para después del afeitado mezclada con su propio aroma. Nunca antes había reparado en el olor de un hombre. Le habría gustado poder embotellar el perfume de Gabe. Se habría hecho de oro. No había una mujer en todo el mundo a quien no le hubiese gustado aquel perfume tan provocador.

Sus labios le rozaron una oreja y le dijo suavemente:

—Cuando acabe de ponerte la pomada, vamos a hacer un pequeño experimento, ¿de acuerdo?

La presión suave y húmeda de su boca en la sien puso fin a aquella afirmación. La frase era en realidad una pregunta, pero dado el calor que la invadía, debía de ser retórica.

Sus manos se abrían y se cerraban para sujetar la sábana.

—¿A qué te refieres exactamente?

Gabe la miró y levantó la sábana por el dobladillo.

—También tienes las piernas quemadas.

Pasó las palmas por detrás de sus pantorrillas hasta llegar a las rodillas, que descubrió al retirar la sábana.

Elizabeth se pegó todo lo que pudo a la silla, con las piernas apretadísimas.

«Madre mía, no estará pensando en...»

La sábana dejó sus muslos al descubierto. Intentó sujetarla a la altura de los pechos y al mismo tiempo rechazar sus manos, pero Gabe no tenía intención de permitirlo.

—Tranquila, Lizzy, no pasa nada.

No hizo movimiento alguno. Esperó a que ella le diese permiso o a que se lo negase.

—¡Me estás mirando! —le dijo, sin desear realmente que parase,

pero incapaz de contener la vergüenza.

—Sólo las piernas, cielo. Además, ya las había visto, ¿no?

En cierto modo, tenía razón.

—Pero... pero esto es diferente.

—¿Porque no llevas nada debajo de la sábana?

Siguió acariciándole las pantorrillas con los dedos, deteniéndose de vez en cuando para explorar la parte de atrás de las rodillas con caricias dulces y cálidas.

No tenía ni idea de que la parte de atrás de las rodillas pudiese ser una zona erógena.

Gabe la miró, a la espera de una respuesta. Consiguió que las palabras le saliesen de la garganta.

—Sí, porque no llevo nada debajo.

—¿Te hago daño, Lizzy?

Negó con la cabeza, excitada por su tono de voz y por el cuidado con el que la estaba tratando.

—¿Te gusta esto?

Comenzó a acariciarla de nuevo, evitando las zonas quemadas al tiempo que encontraba otras zonas sensibles pero que no representaban peligro alguno.

Sus manos eran enormes, y al estar tan bronceadas contrastaban con la palidez de su piel. Manos de trabajador, curtidas y llenas de callos. Le costaba articular palabra, pero consiguió asentir. Le gustaba. Y mucho.

—Relájate, cielo. No voy a hacer nada que no quieras que haga.

Relajarse era lo último que podía hacer en aquel momento. Todo le daba vueltas mientras él volvía a echarse pomada en la mano. No tenía ni idea de cuáles eran sus intenciones, pero su manera de mirarla revelaba que sería algo sensual y que probablemente disfrutaría mucho.

¿Debía permitirlo? ¿Cómo no iba a permitirlo? En toda su vida la había perseguido un hombre. Al menos, un hombre como Gabe Kasper.

Cerró los ojos y contuvo el aliento, intentando poner orden en sus sentimientos, y de repente sintió unos dedos que la acariciaban por la parte interior de los muslos.

Dejó escapar un gemido largo y suave, incapaz de reprimir el sonido, provocado tanto por la expectación como por sus caricias.

—Mírame, Lizzy.

Le estaba pidiendo mucho, teniendo en cuenta la intensidad de su pasión en aquel momento. Tuvieron que pasar varios segundos en los que su mano se detuvo para que finalmente pudiese mirarlo.

—No sé tú, pelirroja, pero yo tengo la sensación de estar a punto de explotar. ¿Alguna vez has jugado al béisbol?

Intentó comprender aquella pregunta tan absurda.

—Pues... no.

—Yo te enseñaré a jugar. Pero quizá no se trate del deporte en el que estás pensando —sin apartar la mirada, agachó la cabeza y le dio un beso suave y húmedo en una de sus rodillas quemadas—. Aunque esta noche me gustaría hacer otra cosa, creo que intentaremos llegar a la primera base. Si no te gusta, dices «alto» y ahí acaba todo. Si te gusta, mañana en el autocine pasaremos a la segunda base. ¿Entiendes?

Seguía dándole besos suaves y calientes en la piel. Ver su cabeza allí, apoyada contra las piernas, donde ningún otro hombre se había acercado antes, fue un descubrimiento fascinante. Ni en sus sueños más salvajes hubiese imaginado algo tan caliente, tan erótico.

—Creo que sí —le costaba hablar, pero se hizo a la idea de que tenía a un hombre guapísimo arrodillado a sus pies, mirándola con deseo y acariciándole la pierna—. ¿Lo que estás haciendo ahora está considerado la primera base?

Lentamente, Gabe negó con la cabeza.

—No, esto simplemente es una tortura para mí —sonrió como lo haría un granujilla, y sus ojos azules se oscurecieron—. De momento, voy a acabar de ponerte la pomada. Quiero que estés lo más cómoda posible. Pero para distraernos, hoy me gustaría saber más cosas de ti, ¿de acuerdo?

Probablemente le habría dicho que sí a cualquier cosa que le hubiese propuesto. Estaba fascinada, alterada e intrigada a partes iguales.

—De acuerdo.

Aún de rodillas, Gabe abrió las piernas para apresar las de ella. Tenía el pecho a la altura del regazo de Elizabeth. Se puso más pomada en la palma de la mano y comenzó a aplicársela con movimientos suaves y uniformes que le quemaban como el fuego.

—Dime por qué elegiste el heroísmo como tema de tu tesis.

Eso sí que no. No podía explicárselo en aquel momento, y menos a él. Carraspeó e intentó separar el funcionamiento de su cerebro de las caricias de Gabe para ser capaz de articular alguna frase coherente.

—Estoy haciendo un doctorado en Psicología. Casi todos los temas están más que trillados. Éste parecía... único.

Gabe inclinó la cabeza.

—¿Ah, sí? ¿De dónde sacaste la idea para lo del heroísmo?

Se contuvo. Intentó decidir qué podía y qué no podía contarle.

—Siempre me han fascinado las historias de gente que conseguía reunir el valor o la fuerza necesarios cuando era necesario.

—Algo así como la subida de adrenalina, ¿no? Una mujer que

levanta un coche para rescatar a su hijo, que se ha quedado atrapado, o un hombre que no piensa en las quemaduras para rescatar a su mujer de una casa incendiada. ¿Ese tipo de cosas?

—Sí.

La subida de adrenalina que hace posible salvar a alguien importante. Se le hizo un nudo en la garganta al recordar cómo había fracasado, cómo había sido incapaz de reaccionar, cómo había sido tan cobarde.

Gabe acabó de extenderle la pomada por las piernas y volvió a cubrirlas con la sábana, sorprendiéndola ... decepcionándola.

—¿Estás bien, cariño?

Su perspicacia daba miedo, sobre todo cuando tenía que ver con una parte de ella misma que pretendía seguir ocultando durante toda la vida. Se puso a la defensiva sin pararse a pensar lo que estaba haciendo o cómo se tomaría él su contestación.

—No estoy segura de que me gusten todos esos términos cariñosos que utilizas.

En lugar de endurecerse antes su tono mordaz, su expresión se suavizó.

—Hay algo que no me cuentas, Lizzy.

Saltaron todas las alarmas. No pensaba tolerar que se inmiscuyese en su vida privada. Él era todo lo que ella no era, eso podía aceptarlo. Pero no quería que se lo restregase por la cara.

—Pensaba que ibas a enseñarme a jugar al béisbol.

Hizo ademán de sonreír, pero sus ojos seguían pareciendo preocupados.

—De acuerdo —le tocó la barbilla con un dedo—. El béisbol es un deporte que practicábamos en el instituto, pero me parece que aquello te lo perdiste.

Su mirada escrutadora la obligó a reconocerlo con un movimiento de cabeza.

—En el instituto era muy tímida.

—Estabais solos tu padre y tú, ¿verdad?

—Sí, pero estábamos muy unidos.

Gabe le miró los pechos y sintió cómo se endurecían.

—Eso está muy bien, pero no puede sustituir todas las travesuras y experiencias que viven los adolescentes.

—Mí padre —admitió, deseosa de decirle la verdad— intentaba animarme para que saliese más. Le habría encantado comprarme ropa de moda, música y todo eso. Cuando cumplí dieciséis años me compró un cochecito precioso. Pero aquello no me interesaba.

Hablar se estaba convirtiendo en algo cada vez más difícil. Sabía que Gabe la estaba escuchando, pero también la estaba acariciando con la mirada. De tan duros que tenía los pezones le presionaban

contra la sábana y le dolían. Pero le gustaba cómo la miraba y no quería que parase.

Con una brusquedad que la dejó anonadada, Gabe le dijo de pronto:

—Voy a tocarte los pechos. Ésa es la primera base.

No esperó a que le diese permiso, sino que preparó más pomada para aplicársela en el pecho. Elizabeth retuvo el aliento, helada, sin atreverse a mover un dedo por miedo a que él parase... y por miedo a que no lo hiciese. Estaba excitada, pero también alerta. Siempre que se había imaginado un momento así de íntimo con un hombre, no había previsto todo aquel parloteo frívolo. Siempre había dado por hecho que las cosas simplemente... sucederían. Se había imaginado dejándose llevar por la pasión, no a un hombre que la provocaba, le explicaba las cosas y le pedía permiso.

Con la pomada en la palma de una mano, Gabe agarró con la otra la muñeca de Elizabeth y con sumo cuidado le retiró los dedos de la sábana.

—Respira, Lizzy.

Eso hizo, pero en un grito ahogado. La sábana se deslizó, pero no lo bastante como para desnudarla por completo. A Gabe se le arrebolaron las mejillas. Acercó la mano de Lizzy a su boca y le dio un beso en la palma, para a continuación dejarla reposar en su regazo.

Intentó prepararse, pero saltó al sentir la pomada sobre su cuerpo. Ya se había olvidado del escozor de la piel quemada, y sus dedos seguían bajando, hasta que con el pulgar le rozó un pezón.

Se inclinó para soplarle sobre la piel quemada.

—Deberían colgarme —susurró— por permitir que te quemases así.

Siguió paseando su aliento por encima de su pecho, consiguiendo que se le pusiese la piel de gallina y que le temblase todo el cuerpo. Sus labios tocaron ligeramente la parte superior de su pecho derecho. Pero no era aquélla la única sensación que estaba experimentando. Sus muslos musculosos tenían atrapadas sus pantorrillas. Contra una de sus espinillas sintió el roce de su erección.

Dejó escapar un gemido.

Gabe acercó la boca a un pezón, pero no llegó a tocarlo.

—Me encanta el sonido que haces con la garganta, tan suave. Me dice muchas cosas, Lizzy.

Movió los labios contra su piel, aumentando la sensibilidad. Lizzy no estaba acostumbrada a jugar de aquella manera, ni tampoco a desear algo con tanta fuerza que todo su cuerpo temblase de necesidad. Inconscientemente, levantó las manos, las hundió en

el pelo de Gabe y dirigió su boca a donde más lo deseaba.

Gabe también soltó un gemido antes de que su boca se centrase en aquel pezón, chupándolo a través de la sábana. El cuerpo de Lizzy se puso en tensión, arqueó la espalda, apretó los dedos, echó atrás la cabeza y cerró los ojos. Era, con mucho, lo más exquisito que había experimentado en toda su vida. Con los ojos cerrados, sus sentidos estaban atentos a cada toque de su lengua, al calor del interior de su boca, al roce de sus dientes. Quería saborear cada sensación, almacenarlas para recordarlas siempre. Sin aliento, alcanzó a susurrar:

—No... no es como yo lo imaginaba.

Gabe la acarició con la lengua, mojando la sábana y moviéndole el pezón.

—¿No?

Su voz sonó rasposa. Se incorporó para contemplar su obra, observando satisfecho sus pechos relucientes.

A ella ya no le importaba. Podía mirarla cuanto quisiera con tal de que volviese a besarla así. Agitó la cabeza sin prestar atención al hecho de que parte de su pelo se le había soltado.

—No. Soñaba que algún día un hombre me haría algo así —le acarició la cabeza, deleitándose con la suavidad de su pelo—, pero no un hombre como tú, y nunca tan... profundamente.

Colocó las manos a ambos lados de sus caderas, con sus largos dedos apuntando a sus nalgas.

—¿A qué refieres con «profundamente»?

Elizabeth se puso la mano en el vientre.

—Lo siento aquí. Cada vez que me chupas... lo siento aquí dentro.

Gabe volvió a gemir, y se regaló la vista con el otro pezón. Elizabeth le apoyó las manos en sus fuertes hombros, para ir bajando hasta los antebrazos. Sus brazos eran rígidos, y agarraban con fuerza la silla y su trasero.

Se inclinó de nuevo hacia atrás. Seguía observando su cuerpo, no su cara.

—¿Qué has querido decir con eso de «un hombre como yo»?

Elizabeth tuvo que reunir valor y obligarse a abrir los ojos. Gabe levantó una mano y, con el borde del pulgar, tocó un pezón. La sábana no representaba barrera alguna, y al mirar hacia abajo Elizabeth vio que la sábana era prácticamente transparente.

Quería sentir de nuevo su boca sobre su cuerpo.

—Siempre he pensado... —intentó decirlo con las palabras adecuadas— confiaba en que algún día llegaría a este extremo con un hombre, pero suponía que sería más como yo.

Lentamente, la mirada de Gabe fue subiendo hasta estudiarla

intencionadamente. Pero seguía teniendo la mano puesta en su pecho.

—¿Como tú? ¿Cómo?

—Aburrido, introvertido, el típico al que nunca sacaban a bailar, feo.

Gabe tenía las manos apoyadas en las caderas, y su pecho subía y bajaba del esfuerzo por recuperar el control. Sus ojos echaban chispas. Meneó la cabeza y habló en un tono disgustado.

—Maldita sea, pelirroja, ahora sí que has conseguido que me enfade.

Gabe observó que a ella le costaba seguir sus palabras. Parecía un compendio de pecado, tentación y dulzura. La mitad del pelo que llevaba recogido en lo alto de la cabeza se le había soltado, lo cual le confería un aire descocado. Su piel estaba colorada, y no sólo de la insolación, y sus ojos estaban cargados de sensualidad, pero algo aturdidos a causa de su irritación.

Le enfadó muchísimo que ella se rebajase ante él, aunque sus palabras habían reflejado lo que en un principio había pensado. Mirándola, dudaba que algún hombre pudiese no encontrarla atractiva.

Se acercó a ella y la agarró de la muñeca hasta llevarla a su entrepierna. La obligó a tocarle la erección con la palma de la mano.

—¿Sabes lo que significa esto, pelirroja?

Sus ojos pasaron de la cara de Gabe a su mano, para regresar a su cara.

—Que estás excitado.

—Exacto. ¿Tú crees que estaría así de excitado por una mujer fea?

No contestó.

Él le movió la mano, obligándola a acariciarlo, a volverlo loco.

—La respuesta es «no» —dijo con aspereza—. Te haré otra pregunta.

Aquellas palabras las pronunciaba entre dientes, pues Lizzy ya no estaba quieta. Su mano se había relajado, abierto, y sus dedos se acoplaban a él. En un momento revelador, Gabe cayó en la cuenta de que era el primer hombre al que tocaba en su vida.

Un pensamiento embriagador.

No le estaba resultando fácil controlarse, pero después de tornar aire un par de veces consiguió decir:

—¿Tú te crees que esto me sucede a menudo?

—Sí.

Aquella palabra, apenas susurrada, a punto estuvo de hacer que le temblasen las rodillas. Le soltó la muñeca y dio un paso atrás,

pero ella se inclinó hacia delante al mismo tiempo para no perder el contacto.

—Pues te equivocas.

A punto estuvo de ahogarse cuando ella se pasó la lengua por los labios con la mirada fija en su entrepierna. Gabe masculló:

—Si me acaricias una vez más, verás las consecuencias.

Apretó los puños y tensó los músculos de las piernas, pero afortunadamente ella lo soltó. Cuando volvió en sí, Gabe la miró. Lizzy seguía escrutando su cuerpo. Consciente de aquella renovada atención, ella lo miró a los ojos y le preguntó:

—¿Puedo tocarte un poco más?

«Sí».

—No, ahora no.

—¿Cuándo?

—Eres insistente, chiquilla.

—¿No... no quieres que lo haga?

—Estoy deseando que lo hagas.

Volvió a pasarse la lengua por los labios.

—Entonces...

—Mañana —le contestó rápidamente, antes de que fuese demasiado lejos con sus preguntas atrevidas. Saber que lo deseaba, que sería el primer hombre al que tocaría, que aprendería de él... aquél era el mayor afrodisíaco para un hombre—. En el autocine pasaremos a la segunda base.

—¿Me lo prometes?

Gabe asintió con la cabeza al tiempo que contenía un gemido. ¿Estaría húmeda en aquel momento? Él estaba casi seguro de que la respuesta era afirmativa: húmeda y caliente. Estaba convencido de que lo mataría de gusto.

—Tengo que irme.

Lizzy se levantó tan deprisa, que estuvo a punto de tropezar en la sábana. Gabe la sujetó por los brazos, poniéndole las manos sobre la piel quemada. La soltó, pero ella no se alejó. Se acercó aún más.

Se sentía como un canalla.

—Me parece increíble que esté aquí seduciéndote cuando estás tan dolorida.

La había excitado, pero no había muchas posibilidades de satisfacerla sin causarle también muchas molestias. Estaba tan quemada, que cualquier posición habría resultado imposible.

Lo miró maravillada.

—¿Estabas seduciéndome?

Gabe miró al techo en busca de inspiración, pero no la encontró.

—¿Qué pensabas que estaba haciendo, Lizzy?

Contestó llanamente:

—Jugar conmigo.

—Sí, claro.

Estaba tan excitado, que llegaba a dolerle. Sabía de sobra que aquella noche iba a costarle mucho conciliar el sueño.

—Jugaré contigo, por supuesto. Jugar con el cuerpo de una mujer es el mayor placer que un hombre puede desear. Y cuando la mujer tiene un cuerpo como el tuyo... No sé si podré soportarlo.

Lo miraba mientras se mordía el labio. Con un dedo, él tocó su boca hinchada.

—No, cariño, esta noche no podemos. No estás en condiciones de discutir conmigo, y yo estoy demasiado caliente como para tener todo el cuidado que debiera.

Sus ojos brillaron debido a aquel lenguaje tan directo, pero había llegado demasiado lejos como para recurrir a los típicos clichés románticos. Le tocó el pecho tímidamente.

—¿Y... y si te quedas sólo para hablar un rato?

«¿Para que puedas seducirme tú a mí?»

Sabía que debía decirle que no, apartarse de la tentación, pero era incapaz. Parecía tan ilusionada, tan dulce y excitada, que accedió a quedarse.

—Claro. Ve a por una sábana seca. Yo serviré algo para beber. Sawyer ha dicho que tienes que beber mucho líquido.

Sonrió beatíficamente.

—De acuerdo.

Gabe observó el atrevido balanceo de su trasero perfecto, y gimió de nuevo. Ella también estaba muy caliente, y el hecho de no ser consciente de ello sólo aumentaba su excitación.

Encontró dos vasos altos en el armario y abrió el frigorífico diminuto. Había zumo de naranja, leche y un refresco de cola. Sirvió dos vasos de zumo y los llevó al salón. Al sentarse reparó en las fotografías sobre las estanterías y se acercó a examinarlas.

Una de ellas era de una Lizzy mucho más joven. En la fotografía iba peinada con unas trenzas muy largas y llevaba aparato en la boca. Gabe sonrió, pensando en el aspecto tan gracioso que tenía. Una mujer mayor, con el pelo de un color parecido, pero más corto, sonreía a la cámara mientras abrazaba a Lizzy. Gabe supuso que se trataba de su madre, y sintió pena por la pérdida. Ningún niño debería perder a su madre a una edad tan temprana.

La otra foto era de su padre, sentado en una silla, con Lizzy junto a él. Tenía apoyada una mano en el hombro de su padre. Ninguno de los dos sonreía. Su padre parecía cansado, pero amable, y Lizzy tenía una atractiva expresión de paciencia, como si en el fondo le fastidiase que le estuviesen haciendo la foto. En ésta era mayor, tendría unos diecisiete años. Estaba empezando a parecerse

a la Lizzy actual. Sus pecas eran más pronunciadas; sus ojos, más grandes; su mentón denotaba demasiada tozudez. Los años habían suavizado sus rasgos y la habían vuelto más femenina.

Al ir a devolver la fotografía a su sitio, Gabe se percató de la presencia de un álbum. Pensando que allí encontraría más fotos de ella, se lo llevó al sofá para echarle un vistazo. De él se deslizó un cuadernillo con sus notas. Como ya se imaginaba, Lizzy tenía unas notas perfectas en todas las asignaturas. Había recibido la felicitación del decano por ser la primera de la clase. Gabe movió la cabeza, preguntándose cómo alguien podía tomarse la vida tan en serio. Entonces abrió el álbum.

Lo que vio lo dejó sin habla.

Había muchos artículos de prensa sujetos con clips, y todos hablaban de la muerte de su madre. Parecían sacados de algún periódico de pueblo. Gabe entendía de aquello después de toda la atención que había recibido tras haber detenido la lancha.

Pero aquellos artículos no parecían demasiado elogiosos. Atento a cualquier ruido que indicase el regreso de Lizzy, Gabe comenzó a leer.

Chica no consigue reaccionar: Eleanor Parks falleció el sábado por la noche en un accidente de coche tras salirse de la carretera por culpa de un camión con remolque. El coche, que dio varías vueltas de campana, no era visible desde la carretera, y aunque Elizabeth Parks logró escapar con heridas leves, el estado de shock en el que se encontraba le impidió pedir ayuda. Los médicos estiman que, con una intervención a tiempo, la señora Parks quizá hubiese sobrevivido.

Consternado, Gabe leyó un titular detrás de otro, y a cada palabra notó que un terrible dolor se adueñaba de su corazón, oprimiéndole el pecho y humedeciéndole los ojos. Podía imaginarse su tormento.

Hija lenta de reflejos: Madre muere

Muerte innecesaria: El trauma del shock

Hija desconsolada: Necesaria hospitalización

Padre defiende a su hija en accidente

¿Qué habría supuesto para una niña de doce años aceptar la culpabilidad por la muerte de su madre? No sólo había perdido a la persona a quien más unida estaba, sino que además había sido blanco de las acusaciones de periodistas insensibles y especialistas médicos.

Sintiendo una mezcla de aturdimiento y de dolor insoportable, Gabe volvió a colocar el álbum bajo las fotografías. Metió las manos, apretadas en un puño, en los bolsillos y comenzó a pasear por la habitación. Así que aquélla era la razón por la que había decidido entrevistar héroes. Estaba harto de la dichosa palabra y de

sus connotaciones. ¿Cómo podía una mujer inteligente e independiente comparar sus reacciones cuando era una niña de doce años con las de un hombre adulto? Aquello era absurdo, y le entraban ganas de regañarla y al mismo tiempo abrazarla y prometerle que nada volvería a hacerle daño nunca más.

Cuando oyó cerrarse la puerta de su cuarto, se apartó de la estantería y cruzó la habitación para mirarla con una sensación de alguien a punto de entrar en erupción. No podía decirse que fuese un sentimiento alegre, sino más bien una sensación de ser consciente de que él era un hombre y ella una mujer, de las diferencias en sus vidas y de lo superficial que había sido en sus suposiciones.

Lizzy, envuelta en un albornoz muy suave de un azul apagado, lo miró y le preguntó con cuidado:

—¿Gabe? ¿Qué te pasa?

Era como si el corazón se le hubiese desplazado a la garganta y no le permitiese tragar, ni mucho menos hablar. En aquel momento se odiaba a sí mismo y su actitud caballerosa. Le sujetó la cara entre sus manos y se inclinó para besarle la boca, que aún temblaba ligeramente de la necesidad que él mismo había generado a propósito. Había pensado decirle algo tranquilizador, pero al ver que su boca se abría y sus manos buscaban sus hombros, Gabe se decidió por un método distinto.

La ayudaría a superar aquel ridículo sentimiento de culpa. Haría que se viese como él la veía: una mujer atractiva, adorable y llena de misterio. Y pensaba conseguir hacerla disfrutar.

Capítulo 7

Elizabeth se sentía flotar, como si los pies no le tocasen el suelo. Iba saludando a la gente con la que se encontraba por la calle principal de camino al restaurante donde había quedado con Misty y Honey Hudson. Aquella noche no había dormido demasiado, pues el deseo que sentía hacia Gabe y la molestia de las quemaduras la habían mantenido en tensión.

Gabe se había quedado una hora más, pero no había retomado su ritual de seducción. Se había esforzado tanto en ser amable, en mostrarse preocupado y tranquilizador, que sentía no haberse hecho un ovillo en su regazo. Debería habérselo permitido. Al fin y al cabo, era él quien había intentado varias veces provocar algo así.

Cuando se fue y ella ya se preparaba para acostarse, había sentido un cosquilleo por todo el cuerpo, más que sensibilizado por el roce de su boca, las caricias de sus dedos, su tono de voz, bajo y ronco, y toda aquella sucesión de cumplidos.

Sus pecas le parecían atractivas. Y su melena pelirroja también. ¡La de cosas que había dicho sobre su pelo! Volvió a sonrojarse al recordar cómo la había mirado mientras comentaba el contraste de sus cejas casi castañas y el rojo intenso de su pelo, preguntándose de qué color serían los rizos en otras partes del cuerpo.

Era grande, musculoso, masculino. Ya había decidido que si Gabe estaba dispuesto a embarcarse en una relación, ella sería una estúpida al rechazarlo. Las cosas que le hacía sentir eran demasiado maravillosas como para pasarlas por alto.

Cuando entró en el pequeño restaurante, varios hombres giraron la cabeza para mirarla. No la miraban como Gabe, sino más bien con la curiosidad de ver una cara nueva. Localizó a las mujeres; estaban hablando con una camarera al fondo, en una especie de reservado. Las dos le daban la espalda.

Estaba sólo a unos metros cuando oyó que Misty decía:

—Creo que está sorprendido por el interés que despierta en él. No es la clase de chica a las que suele perseguir, y no sabe cómo afrontarlo.

Honey se rió.

—Eso es quedarse corta. Sawyer me dijo que Gabe empezó a perseguir a las chicas desde bien jovencito, y que siempre se salía con la suya. Con quince años, eran ellas quienes lo perseguían a él.

La camarera meneó la cabeza. Elizabeth la reconoció como una de las mujeres que estaban en el muelle el día que conoció a Gabe.

—Esa es la verdad —añadió la mujer—. Gabe se sienta en el

muelle y las lanchas se acercan sólo para verlo. Ha aprendido a aceptarlo, porque es a lo que está acostumbrado. Recuerdo cómo reaccionó cuando apareció Elizabeth. No le gustó nada, pero a ella tampoco parecía gustarle él. Creo que eso es lo que lo atrae de ella. No está acostumbrado a que una mujer no babee por él.

—Espero que no la haga sufrir. Gabe no está preparado para otra cosa que no sea divertirse. Pero todas las mujeres con las que sale se enamoran de él.

Misty le dio la razón a su hermana.

—Es un hedonista, pero es adorable.

Elizabeth se quedó helada. No era cotilla por naturaleza, pero no había podido anunciar su llegada. ¿Enamorada de Gabe? Sí, suponía que estaba en camino de enamorarse. Qué tonta e ingenua había sido al pensar que realmente estaría interesado en ella para algo más que un simple revolcón. Como habían apuntado las mujeres, estaba claro que le parecía rara y que eso suponía un reto para él.

Las diferencias entre Gabe y ella nunca las había sentido tan acentuadas como en aquel preciso momento. Al no tener experiencia, no sólo en el terreno sexual, sino en relaciones en general, se sabía vulnerable a las atenciones de un hombre. Y Gabe no era cualquier hombre. Su interés en ella, independientemente de la brevedad, era la personificación de la historia de Cenicienta. Gabe estaba más que acostumbrado a conseguir lo que quisiese de las mujeres, no en un sentido egoísta, sino como un placer compartido. Había dado por hecho que ella también lo entendía así, y que los dos disfrutarían con el juego. Y así sería. Ella se encargaría de que así fuese.

Se le escapó una risa breve que llamó la atención de las tres mujeres. Elizabeth negaba mentalmente con la cabeza conforme se dirigía a ellas con una sonrisa fingida. Aquello no importaba, ella aún lo deseaba, quería experimentar con él todo lo que pudiese enseñarle. Quería volver a sentir aquello de nuevo. Desde la muerte de su madre y la aparición del complejo de culpa parecía que no hubiese vivido lo suficiente, que la posibilidad de algo sincero o duradero había sido descartada por la necesidad de reparar el daño causado, de entender su debilidad.

Estaba dolida, pero el orgullo evitaría que nadie lo supiese. Aceptaría cualquier cosa de Gabriel Kasper, quien nunca sabría que ella soñaba con algo más. Se divertiría sin arrepentirse, sin exigir nada.

A pesar de su pasado, se lo merecía.

La camarera le indicó una silla donde podía sentarse.

—Hola, Elizabeth. ¿Te acuerdas de mí?

Elizabeth volvió a sonreír.

—Ceily, del muelle, ¿no? Sí, claro que me acuerdo. No sabía que trabajases aquí.

Se sentó cuidadosamente y saludó a las hermanas. Honey y Misty tenían cara de culpabilidad, y Elizabeth intentó tranquilizarlas fingiendo que no había oído nada.

—Espero no haber llegado demasiado tarde.

—Qué va —contestó Misty con rapidez. Su hija estaba sentada junto a ella en una silla de bebé—. Espero que no te importe que haya traído a Amber.

Elizabeth se inclinó ligeramente para ver a la niña.

—¿Cómo iba a importarme ver a este angelito?

Cuando era más joven y aún tenía sueños e ilusiones, a Elizabeth le gustaba imaginarse teniendo un hijo algún día, para mimarlo igual que a ella la había mimado su madre, pero había dejado de lado aquellas fantasías una vez aceptados sus defectos.

Misty sonrió ante el cumplido.

—Se parece muchísimo a Morgan.

Ceily resopló al oír aquel comentario.

—Anda ya, Misty. Sería la primera vez que viese a esta muñequita poner una cara tan fea como las que le salen a Morgan aun sin proponérselo.

Honey se rió.

—Eso es verdad. Pero si Misty tarda dos minutos más de la cuenta en darle de comer, tiene que vérselas con los gruñidos tanto del padre como de la hija. Tengo que admitir que en esos momentos sí que se parecen. A veces parece que estén compitiendo por quién puede gritar más a la hora de quejarse.

Misty le pasó un dedo por la mejilla a su hija, que dormía.

—Morgan no soporta que lloriquee, y no te digo nada de cuando grita. Te juro que se revuelve como un chihuahua si a Amber le pasa cualquier cosa.

—Nunca pensé que vería el día en el que los hermanos sentasen la cabeza y se casasen —dijo Ceily en un tono casi disgustado.

Honey le dio un codazo de complicidad a Elizabeth, y replicó bromeando:

—No creas que Ceily está quejándose. Creo que es la única mujer del condado de Buckhorn que no suspira por nuestros hombres.

Que la incluyese en aquella categoría de «nuestros hombres» hizo que Elizabeth se sonrojase, pero nadie se dio cuenta, pues Ceily soltó una carcajada escandalosa.

—Conozco demasiado bien a esos hermanos. Somos amigos desde siempre, y no es algo que quiera estropear poniéndome... romántica.

—Una mujer inteligente —dijo Honey, entre sorbos de té helado —. Todos te consideran algo así como una hermana pequeña.

Ceily se mordió la lengua y masculló:

—Bueno, yo no diría tanto.

Ceily les tomó nota y se alejó. Elizabeth la miró furtivamente, preguntándose hasta qué punto había intimado con los hermanos. Era guapa, de una belleza natural, y no se preocupaba por maquillarse ni por peinarse a la moda. Parecía una mujer muy sencilla, ligeramente bronceada y de pelo castaño. Y por lo que podía recordar del día que la había visto en bañador en el muelle, Ceily tenía muy buen cuerpo, y la clase de curvas que solían atraer a los hombres.

Tenía el ceño fruncido cuando Honey le preguntó:

—¿Cómo llevas las quemaduras?

—Hoy, mucho mejor. La pomada de tu marido me ha ido de maravilla. Dale las gracias.

—No te preocupes. Sawyer está encantado de ayudar.

Misty la miró de cerca.

—Hoy no estás tan roja. Parece que se va a pasar pronto.

Elizabeth forzó una risa y admitió:

—Hoy al menos puedo llevar sujetador.

A Misty pareció horrorizarle aquella idea.

—¿Estás segura? Este calor es sofocante.

Fue entonces cuando Elizabeth se dio cuenta de que iba mucho más apretada que Misty y Honey. Ellas llevaban camisetas cómodas, pantalones cortos de algodón y chanclas. Elizabeth llevaba una blusa debajo del vestido, calcetines y zapatos.

Se atrevió a preguntar:

—¿Aquí todo el mundo viste así de desenfadado? Quiero decir, ¿alguien se daría cuenta si yo me pusiese algo como lo que lleváis vosotras?

Honey no pudo reprimir una risa.

—¡Sí! Gabe seguro que se fijaría. Pero me parece que se fijaría en ti independientemente de lo que llevases puesto. Verlo tan atolondrado como estaba ayer fue la mejor diversión que podíamos esperar.

Misty intentó contener la risa.

—Gabe les tomaba el pelo de lo lindo a Sawyer y a Morgan cuando empezaron a salir con nosotras. Ahora está recogiendo lo que sembró.

—Pero si nosotros no salimos juntos.

En cuanto lo hubo dicho, Elizabeth notó que le ardía la cara. Esperaba que las hermanas lo atribuyesen a la insolación y no a la vergüenza.

—Puede que aún no, pero Gabe está en ello. Lo conozco bastante bien. Él siempre está saliendo con chicas, pero nunca habla de ninguna. A ti ya te ha nombrado varias veces.

Elizabeth no se atrevió a preguntarle qué había dicho de ella. Podía imaginárselo.

—Creo que hoy mismo me compraré unos pantalones cortos.

—Buena idea. La gente viene al lago de vacaciones, no se molesta en ponerse otra cosa que no sea ropa cómoda.

Ceily llegó con la bebida de Elizabeth y con la comida de todas. Misty había pedido una hamburguesa enorme con patatas fritas, pero Honey y Elizabeth habían elegido ensalada.

Misty comenzó a poner caras raras.

—Es porque tengo que darle de mamar, os lo juro. Yo antes no comía tanto, pero ahora tengo hambre a todas horas. Sawyer dice que quemo muchas calorías.

Honey cerró los labios, como para intentar no decir algo, pero al final explotó.

—Me pregunto si a mí también me afectará así.

Misty se quedó helada con la boca ya mordiendo la hamburguesa. Como una sonámbula, dejó la comida en la mesa.

—¿Estás...?

Honey, que estaba temblando de los nervios, asintió. Las dos mujeres soltaron un chillido y se abrazaron con la mesa de por medio.

—¿Cuándo? —preguntó Misty.

—En unos seis meses, a finales de febrero — Honey se apoyó sobre los codos—. Pero es un secreto. No quiero que nadie se entere antes de que se lo diga a Sawyer.

—¿Aún no se lo has dicho?

—Me lo han confirmado esta mañana —se giró hacia Elizabeth —. No es que hayamos tomado muchas precauciones últimamente, así que no ha sido una sorpresa mayúscula. Aun así, seguro que le afectará.

Elizabeth tenía los ojos abiertos de par en par, sin saber qué decir. Estaba... sorprendida de que las hermanas la hubiesen incluido en aquel anuncio familiar. Nunca había tenido amigas íntimas. Siempre había sido demasiado rara, demasiado solitaria, para integrarse en los grupos que se formaban en el colegio.

Honey y Misty siguieron hablando mientras comían, y Elizabeth no quiso interrumpir.

Cuando se cansaron de tanto hablar, se recostaron en sus respectivas sillas, sonrientes. Aquel silencio no era violento, y Elizabeth se sorprendió pensando en varias cosas.

Intentó despojarse de su timidez y preguntó:

—¿Qué prefieres, niño o niña?

Honey se tocó la tripa con la dulzura de una madre.

—La verdad es que me da igual. Amber es tan preciosa... me gustaría una niña. Pero Casey es un hombrecito tan maravilloso que tampoco me importaría que fuese niño.

Utilizando aquella afirmación para formular otra pregunta, Elizabeth sacó lápiz y papel.

—¿Los hermanos tienen alguna hermana?

—No. Ellos dicen que sólo tienen esperma masculino —Misty tenía una sonrisa dulce, casi secreta—. Morgan dice que Amber es su milagro particular.

Honey suspiró.

—A mí, Sawyer me avisó incluso antes de casarnos de que debería conformarme con tener hijos varones. Adoran a Amber como si no hubiesen visto una niña en su vida. Yo no dejo de repetirles que es igual a Casey cuando era pequeño, pero me miran como si estuviese loca.

Elizabeth sonrió ante aquella imagen.

—En cierto modo —aventuró con pies de plomo, para no ofender a nadie— eso parece un poco sexista.

—Son sexistas, no te preocupes. Y muy antiguos. Se empeñan en ayudar a una mujer siempre que pueden, pero les costaría mucho trabajo admitir qué son ellos quienes necesitan ayuda.

—Nunca lo hacen —añadió Honey—. Son los hombres más autosuficientes que he visto en mi vida. Su madre se aseguró de que sabrían cocinar, limpiar y valerse por sí mismos.

Misty se inclinó hacia delante para decir en voz baja:

—Morgan dice que lo único para lo que me necesita es para hacerlo feliz. Ya sabes a lo que me refiero —se recolocó en la silla con un suspiro de felicidad—. Pero es mucho más que eso. Hablamos de todo y lo compartimos todo. Me cuenta todo lo que le preocupa durante la cena y me dice que me echa de menos durante el día, cuando está trabajando.

—¿Aún trabajas aquí en el restaurante?

—A ratos. Pero sólo para picar a Morgan. Él tiene la absurda idea de que todos los hombres del pueblo vienen aquí a comer sólo para mirar a su mujer —se rió—. En realidad, no hay nadie que se atreva a mirarme más de dos segundos por miedo a que Morgan se enfade.

—¿Tiene mal genio?

—No, qué va.

A Honey le entró la risa, y salpicó la mesa de gotitas de té helado. Alarmada, Elizabeth le ofreció una servilleta. Honey pidió disculpas.

Pero Misty no estaba ofendida.

—Mira quién fue a hablar. Morgan alardea de cuando Sawyer se peleó por ti.

—¿Y Gabe? —preguntó Elizabeth—. ¿Es camorrista?

—¿Gabe? No, qué va. Gabe es de los de hacer el amor y no la guerra. Aunque seguro que sabría defenderse en una situación así.

Elizabeth aparentó sentirse sólo vagamente interesada en el tema.

—Tiene una reputación que mantener, ¿no?

Misty se encogió de hombros.

—Supongo, pero su reputación es buena. Aquí, todo el mundo lo quiere.

Elizabeth dejó el lápiz a un lado y apoyó los codos en la mesa.

—A mí me parece increíble que hiciese algo tan heroico y que ahora pretenda que no fue nada.

Honey movió el tenedor con desdén.

—Son todos así. Son fuertes, están capacitados y la gente les tiene respeto, pero a ellos les da igual. Para ellos, las cosas son así, eso no les hace especiales. Ninguno de ellos escurriría el bulto si alguien necesitase ayuda.

Las hermanas siguieron hablando durante más de una hora, y Elizabeth tomó páginas y páginas de notas sobre los hermanos, y sobre Gabe en concreto. Si algunas de las preguntas no tenían nada que ver con su tesis... bueno, eso era asunto suyo y de nadie más.

Cuando hubieron acabado de comer y ya se disponían a marcharse, Elizabeth les dio las gracias a las dos. Misty estaba acunando en los brazos a su hija, totalmente despierta. Honey puso su mano sobre el brazo de Elizabeth y le dijo:

—Espero que te hayamos sido de ayuda.

Elizabeth comprendió el significado de la mirada de Honey. Sonrió con complicidad.

—No os preocupéis. Sé que Gabe tiene la cabeza llena de pájaros, así que aunque me divierte entrevistarlo, no espero recibir amor eterno a cambio. Tengo los pies en el suelo.

Honey cruzó una mirada con su hermana. Misty suspiró.

—¿Pero a que es un encanto?

—Sí, claro que sí. Pero también es un granuja, y sé hasta qué punto va en serio, y no es mucho. Además, yo sólo voy a pasar aquí el verano. Me falta un semestre en la universidad. Y después, a buscar trabajo antes de pensar en atarme a nadie. Gabe es divertido, y excitante, pero sé que las cosas acaban ahí.

Misty le salió al paso:

—No creo que debas descartar esa posibilidad.

Honey le dio la razón.

—Se está comportando de una manera muy rara.

—No importa —Elizabeth sabía que querían ser amables con ella—. No voy a dejar que nadie me haga renunciar a mis objetivos.

—¿Qué objetivos son esos? Ya sé que estás haciendo la tesis sobre los héroes, pero ¿y después?

—Me gustaría dedicarme a la orientación psicopedagógica. La gente normal intenta a menudo compararse con los héroes, y se siente vacía. Eso resulta muy dañino para la autoestima. Me gustaría poder demostrarles que hay diferencias reales y tangibles que convierten a los héroes en lo que son.

Antes de cualquiera de las dos hermanas pudiese reaccionar, Elizabeth les preguntó cómo llegar a la consulta de Jordán. Era el único hermano con el que aún no había hablado. Por lo que le había parecido entender, aquel hermano era diferente en muchos aspectos, pero no tanto como para no derretir el corazón de una mujer. Ya estaba deseando entrevistarlo.

Gabe abrazó a Ceily desde atrás y le plantó un beso sonoro en la nuca.

Del susto, a Ceily estuvo a punto de caérsele la bandeja donde llevaba los platos sucios. Y se le habría caído de no haberla agarrado Gabe.

Ceily se giró y le gritó:

—¡No hagas eso, maldita sea! Casi me da un infarto.

—Shh —Gabe sonrió—. No quiero que nadie sepa que estoy aquí.

A Ceily debió de parecerle muy gracioso aquello, a juzgar por su sonrisa.

—Si estás buscando a tu nueva novia, se ha ido ya.

No pudo evitar sentirse algo decepcionado.

—¿Sabes adonde ha ido?

Le quitó la bandeja y la dejó en el fregadero.

—Puede ser.

—Ceily...

Con una mirada calculadora, le contestó:

—Tengo un grifo que gotea. Podemos hablar mientras lo arreglas.

Gabe no quería perder tanto tiempo, pero accedió a regañadientes. Ceily era una de sus mejores amigas, y una espía de las buenas. Aunque no cotilleaba, siempre parecía estar al tanto de todo lo que se hablaba en el restaurante.

—De acuerdo, a ver ese grifo.

Cinco minutos después, Gabe estaba tumbado boca arriba, sin camiseta para no ensuciársela, intentando apretar una válvula. No era complicado, pero Ceily necesitaba a un fontanero urgentemente.

—Ahora puedo hacer una chapuza, pero no debes tardar en meterte en reformas. ¿Cuándo te viene bien?

Ceily estaba sentada junto a él en un taburete, descansando en un momento de poco trabajo.

—Tú avísame y yo ya encontraré el momento. Momentos después, Gabe salió de debajo del fregadero.

—Ya está. Empieza a hablar.

Ceily comprobó primero el fregadero, vio que estaba seco y asintió.

—Ha ido a ver a tu hermano Jordán, pero también ha dicho que iba a comprar algo de ropa — Ceily sonrió con picardía—. Quiere vestir más informal, como Misty y Honey.

Gabe soltó un gruñido. Aquellas dos mujeres podían llevar pantalones cortos y camisetas y parecer la personificación del sexo.

—No creo que lo vea.

A Ceily le pareció de lo más gracioso. Gabe se apoyó en la rodilla y se puso de pie.

—¿Me lo cuentas, para ver si yo también me río?

—¿No te parece gracioso que el imponente Gabe Kasper, famoso donjuán y ligón, esté loco por una pelirroja remilgada a la que nadie sacaría a bailar?

A Gabe lo invadió la rabia, pero consiguió ocultarla. No le gustaba que nadie se riese de Lizzy, pero sabía que Ceily no había querido resultar hiriente. Simplemente, estaba tan sorprendida como él por su interés hacia una mujer tan diferente del resto de las chicas con las que salía.

Precisamente por eso se sentía tan atraído por ella.

Comenzó a enjabonarse las manos en el fregadero. Ceily ladeó la cabeza ante su silencio, y lanzó un silbido.

—Estás ilusionado, ¿verdad?

—«Ilusionado» es una palabra estúpida, Ceily.

Digamos que estoy intrigado.

—Intrigado, ilusionado... qué más da cómo lo llames. El caso es que te ha dado fuerte —se cruzó de brazos y se apoyó contra la pared—. ¿Se puede saber por qué?

Gabe se encogió de hombros mientras se secaba las manos en un trapo deshilachado.

—Lizzy es diferente.

—¡No me digas!

—Hoy estás impertinente, ¿eh?

—No todos los días asiste una a la caída de Gabe el imponente.

Levantando una ceja, Gabe le anunció:

—No me he caído, he saltado.

—Ah, conque es eso...

Ceily era su amiga y siempre había podido hablar con ella. Quería mucho a sus hermanos, pero no quería imaginarse cómo reaccionarían si se sincerase con ellos. Nunca más le dejarían en paz.

—Es muy raro —admitió—, si quieres que te diga la verdad. No me gustaba nada, y de un momento a otro, comencé a fijarme en los pequeños detalles y ya no podía parar de desearla.

—No es por incordiar, Gabe, pero sueles desear a todas las mujeres mayores de edad y disponibles a las que conoces.

—No como a ella —negó con la cabeza y pensó en las diferencias—. Sabes tan bien como yo que siempre he tenido facilidad con las mujeres.

Lo miró irónicamente.

—Lo sé de primera mano.

Gabe la miró, sorprendido, y se puso rojo.

—No me refería a ti, Ceily —alargó el brazo y le pasó un dedo por la mejilla—. Los dos éramos demasiado jóvenes para saber lo que estábamos haciendo.

Ceily sonrió burlona. A pesar de haber experimentado un poco el uno con el otro, su amistad no había dejado de crecer. Gabe le estaba eternamente agradecido por eso.

—Que yo recuerde —dijo en voz baja, provocándolo—, tú sabías de sobra lo que estabas haciendo. Para mí fue agradable hacerlo por primera vez con alguien en quien confiaba y que me gustaba.

Hacía años que Ceily no sacaba a relucir aquel episodio.

—¿Alguna vez se lo contaste a alguien?

—No, y sé de buena tinta que tú tampoco, así que no te preocupes. Además, no estoy enamorada de ti, Gabe. Fue divertido, pero yo quiero algo más.

Gabe se acercó a ella para darle un abrazo. Ceily era una persona muy especial.

—Lo sé. Y lo encontrarás. Te mereces lo mejor. Le devolvió el abrazo y le contestó:

—Eso intento pensar —se apartó ligeramente—, pero sé a qué te refieres. Todas las mujeres en kilómetros a la redonda vendrían corriendo sólo con que movieses un dedo.

—No todas —Gabe casi se ahogó de la risa al visualizar la imagen descrita por Ceily, pero se sentía obligado a reconocer la verdad—. Me han rechazado un par de veces.

Ceily se rió en su cara.

—Pero nadie que te haya importado de verdad.

Gabe la miró, y ella abrió los ojos como platos.

—Espera, ¿me estás diciendo que Elizabeth Parks te rechazó?

Gabe metió las manos en los bolsillos.

—No te estoy diciendo nada de Elizabeth. Lo que quería decir es que casi todas las mujeres quieren estar conmigo por mi reputación, porque les parezco guapo o sexy...

Ceily se tronchaba de la risa.

—¡Vete a paseo! Hoy no se puede hablar contigo.

—¡No, espera! Quiero saber qué es lo que quiere de ti.

Gabe suspiró, y sin mirarla a la cara, admitió:

—Cree que soy una especie de héroe y quiere saber más cosas de mí, sobre mi personalidad y mi familia. Me mira ilusionada y... casi con admiración. No por lo que podríamos hacer, o por lo que yo podría hacerle a ella, sino por quién cree que soy. Maldita sea, Ceily, ninguna mujer me había hecho eso antes. Y no me ha perseguido por otra cosa. Si yo estuviese dispuesto a contestar a sus dichosas preguntas, ella se daría por satisfecha en dejar ahí la cosa.

La noche anterior había estado más que dispuesta a hacer otras cosas. Pero no era ella quien había acudido a él, sino al contrario. Había decidido seducirla cuando no había tenido la necesidad de seducir a una mujer en años.

Ahora que sabía por qué era tan importante para ella, no sólo le excitaba su físico, sino que también se sentía conmovido a un nivel sentimental.

—Pobre Gabe. Estás desorientado, ¿eh?

—Te vas a ganar una buena azotaina, Ceily.

Se rió ante tan ridícula amenaza.

—No creo, porque puedo darte unos consejos muy valiosos.

Lentamente, Gabe se volvió a mirarla.

—¿En serio?

—Sí. He oído cómo Elizabeth le decía a tus cuñadas que, una vez comenzado el curso, no tenía intención de quedarse por aquí. Tiene grandes planes para su vida. Si lo que quieres es formar parte de esos planes, más vale que te pongas manos a la obra cuanto antes, porque me parece que una vez se haya ido, no va a volver.

Capítulo 8

Cuando Gabe entró por la puerta de atrás de la clínica veterinaria de Jordán encontró a Elizabeth y a su hermano inclinados sobre una mesa de reconocimiento. Estaban de espaldas a él, pero pudo ver que Lizzy estaba acurrucada contra Jordán, y que su hermano tenía un brazo por encima de los hombros de ella.

Gabe se puso hecho una furia.

—¿Interrumpo algo?

Su intención era formular la pregunta con indiferencia, pero incluso para sí sonó como un desafío.

Jordán lo miró por encima del hombro; estaba sonriendo.

—Ven, Gabe. Echa un vistazo. Pero no hagas ruido.

La voz de su hermano tenía el tono tranquilizador que utilizaba al tratar a animales asustados o heridos. Era hipnótico y, según todas las mujeres, erótico a más no poder.

Gabe contuvo un gruñido. Si Jordán estaba utilizando ese tono con Lizzy...

Una gata muy gorda y desaliñada estaba tumbada en la mesa de reconocimiento, lamiendo a unos gatitos recién nacidos. Gabe vio la cara de Lizzy y su enfado desapareció al momento.

Sus ojos azules estaban llenos de lágrimas. Mientras Gabe la miraba, sonrió y acarició a la gata maltrecha detrás de lo que le quedaba de oreja.

En voz baja, Jordán le explicó:

—Se ha peleado con un perro del barrio y ha perdido. Y mira, ha dado a luz ocho gatitos —Jordán meneó la cabeza—. Tienes aguante, ¿eh, chica?

Jordán acarició con la mano el lomo de la gata, y recibió un ronroneo a cambio.

Lizzy añadió:

—Es una gata callejera. Jordán dice que está desnutrida, por eso no sabíamos si los gatitos estarían bien —miró a Gabe preocupada —. Son demasiado pequeños, ¿no?

Gabe sonrió.

—La mayoría de gatitos son así de pequeños.

—¿Y así de... sucios?

Jordán soltó una carcajada.

—En un momento los habrá limpiado a todos. El problema es cómo meterla en una jaula. No me gusta moverla justo después de parir, pero no puedo dejarla con los pequeños en la mesa.

Lizzy parecía estar pensando en eso.

—¿Las jaulas se abren desde arriba o desde delante?

—Hay de los dos tipos.

—Entonces... a lo mejor se podrían transportar en la manta, tal como están, hasta la jaula. Si tú la sujetas por un lado y Gabe por otro, y yo os guío y cuido de que no se caigan... ¿Crees que podríamos intentarlo?

Jordán sonrió y la besó en la mejilla.

—Me parece una idea buenísima. Gabe, no los pierdas de vista mientras voy a buscar una jaula lo bastante grande. Ahora vuelvo.

Gabe se acercó a Lizzy.

—Has estado llorando.

Estar junto a ella le hacía sentirse raro... desorientado, como le había dicho Ceily. No se reconocía al verse tan cerca de ella, como tampoco reconocía todo lo que ella le hacía sentir.

Lizzy se mordió el labio, gesto que a Gabe le pareció extremadamente provocativo.

—Nunca había visto a ninguna gata pariendo. Es increíble.

Gabe la rodeó con un brazo y le acarició una oreja.

—¿Has ayudado a Jordán?

—Más bien he intentado no molestar.

Jordán dijo a sus espaldas:

—No lo habría conseguido sin su ayuda. Tiene mano, Gabe. En cuanto ha acariciado a esa vieja gata, se ha calmado. Ya pensaba que iba a tener que sedarla, pero las caricias de Elizabeth han sido más efectivas que cualquier inyección que hubiese podido ponerle.

Gabe sabía de primera mano lo especiales que eran las caricias de Lizzy.

Unos minutos después ya habían colocado a la madre y sus crías en la jaula situada en un rincón tranquilo iluminado por la luz del sol. La madre, exhausta después de la experiencia, se quedó dormida.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Gabe.

Elizabeth le contestó:

—Jordán dice que ninguna de sus heridas a consecuencia de la pelea son demasiado importantes. Le ha curado algunos arañazos, un bocado no demasiado feo... y justo después se ha puesto a parir. Cuando ha soltado el primer aullido, yo pensaba que se moría. Jordán me ha explicado que simplemente era una mamá que estaba dando a luz.

Jordán, que estaba intentando acomodar a los gatitos, dijo:

—Gabe, ¿por qué no le enseñas a Elizabeth el resto de la clínica?

Los ojos de Lizzy se abrieron de par en par.

—¿Puedo? Me encantaría verla.

Gabe asintió, pues estaba deseando encontrarse a solas con ella.

Todo en Elizabeth Parks le fascinaba... su dulzura, sus pecas, su carácter, su asombro ante la visión de un perrito ladrando o un pájaro durmiendo. En algunos aspectos era muy complicada; en otros, clara como el agua. Al acabar la visita, Jordán ya había terminado con los gatitos. Volvió a abrazar a Lizzy.

A Gabe le habría gustado darle un puñetazo.

—Vuelve cuando quieras, Elizabeth —miró a Gabe—. Así podremos seguir hablando.

—Me encantaría. Gracias.

Gabe sabía que se le estaban poniendo las orejas rojas, pero es que no quería que tontease con Jordán. No quería que tontease con ningún otro hombre que no fuese él.

Y seguía sin gustarle que anduviese entrevistando a todo el mundo. ¡A saber lo que podrían contarle!

Por fin se apartó de Jordán y miró a los dos hombres.

—Ahora tengo que irme. Tengo algunas cosas más que hacer.

Retrocedió hasta la puerta mientras lo decía, sin perder de vista a Gabe.

—¿Qué cosas? —preguntó con recelo.

—Lo normal —agarró el pomo y abrió la puerta—. Ir a la biblioteca, a la carnicería... a ver a Casey.

Aquellas últimas palabras las pronunció en voz más baja y a Gabe le costó un momento asimilarlas. Frunció el ceño y fue tras ella.

—Espera un momento...

—Lo siento, tengo que irme —dudó un segundo—. Nos vemos esta noche, Gabe.

Salió por la puerta antes de que pudiese atraparla. La habría perseguido si Jordán no hubiese comenzado a reírse. En aquel momento, la frustración de Gabe alcanzó el límite y decidió que Jordán podría servirle para descargarse. Se giró lentamente hacia él.

—¿Tienes algo que decir?

Jordán era el más tranquilo de sus hermanos, pero también el más retraído. En general, solía guardarse muchas cosas para sí, y veía el mundo de manera diferente a sus hermanos. Era más serio, más sensible. Las mujeres lo adoraban precisamente por eso.

¿Qué habría pensado de él Elizabeth?

Gabe esperó hasta que Jordán dejó de sonreír.

—Me parece que Elizabeth Parks es alguien muy especial.

Los músculos de Gabe se tensaron. Al principio no la había considerado alguien especial, pero ahora que sí la veía así, no quería que nadie más, ningún hombre, pensase en esos términos.

—A mí también me lo parece —gruñó.

A Jordán no le afectaba su enfado.

—¿Y piensas hacer algo?

—¿Hacer algo?

Jordán meneó la cabeza como si compadeciese a Gabe.

—Me recuerdas al perro que vigila un depósito de chatarra y olfatea a una hembra en celo. Intentas vigilar la chatarra, pero sin dejar de aspirar a conseguir a la hembra.

—No estoy seguro de que me guste la comparación.

Jordán se encogió de hombros.

—Es muy apropiada. Yo de ti intentaría aclararme cuanto antes.

—¿Qué te ha parecido?

—Muy sexy.

Aquello le sentó como un puñetazo en las costillas.

—Maldita sea, Jordán...

—¿Qué? ¿Pensabas que ibas a ser el único en darte cuenta? Mira, la sala de espera está llena de clientes, así que intentaré decírtelo en pocas palabras. No, el atractivo sexual de Elizabeth no es de los más evidentes que conozco, pero sólo tienes que pasar dos minutos hablando con ella, verla moverse, oír su voz y mirarla a esos increíbles ojos azules para saber que es de las mujeres más sexys que hayas visto en tu vida.

Era tan impropio de Jordán hablar así, que Gabe se quedó mudo.

—Si hubieses visto la dulzura de sus caricias con esa gata asustada... Imagínate en qué va a pensar un hombre al ver esas cosas. Y su mirada de sorpresa al ver nacer al primer gatito, y su voz ronca al emocionarse... —Jordán se encogió de hombros—. No hace falta ser ingeniero aeroespacial para saber que esas mismas cualidades se verán reflejadas en otros aspectos de su vida. Es sensible, tierna y algo en ella deja entrever una herida, lo cual sólo consigue que te resulte aún más simpática.

Gabe se frotó la cara con las dos manos, emocionado.

Jordán le dio una palmada en la espalda.

—Si a eso le añades un cuerpo increíble... ya lo tienes.

—Siento haber preguntado —rezongó Gabe.

Jordán le dio la vuelta a su hermano y lo empujó hasta la puerta. Eran más o menos igual de altos, pero Gabe estaba aturdido, así que moverlo hasta allí no le supuso un gran problema.

—Vete, tengo que trabajar.

Gabe estaba a punto de cruzar el umbral cuando Jordán volvió a mencionar su nombre. Gabe se giró.

—Le he hablado muy bien de ti y de tu maravilloso carácter, pero algo me dice que ella ya ha renunciado a ti —Jordán se encogió de hombros—. No es que no esté interesada, porque lo está.

No sé que habrás estado haciendo con ella, ni me importa, pero cada vez que pronunciaba tu nombre se sonrojaba.

Con los ojos entrecerrados, Gabe farfulló:

—Eso es de la insolación.

—No, eso es excitación. Te aseguro que sé distinguirlos bastante bien. La cuestión es —dijo Jordán con énfasis— que sus pensamientos están tan claros como si los viese por escrito, y yo creo que está convencida de que lo que siente es sólo sexual. Así que, si no es eso lo que quieres, yo diría que tienes un problema. Un problema que más te vale intentar resolver cuanto antes.

Era la segunda vez en el mismo día que a Gabe le daban aquel consejo. Salió de allí confundido. Sí, quería algo más, ¿pero cuánto más? Apenas conocía a aquella mujer. Y ella tenía que acabar sus estudios.

Gabe decidió que lo único que podía hacer era tomarse las cosas poco a poco. Iría a su terreno, la haría hablar con él y quizá, con suerte, descubriría que Elizabeth lo quería para algo más que una aventura sexual o una tesis de doctorado.

Elizabeth se sentía un manojo de nervios durante el trayecto hasta el cine. En un alarde de atrevimiento se había cambiado la ropa que llevaba por otro vestido, un poco más corto, que le quedaba por debajo de las rodillas, y con la parte de arriba que se desabrochaba. Se sentía una descocada. No porque la ropa dejase entrever nada, sino por la razón que la había llevado a elegirla.

Pensar en Gabe metiendo las manos por debajo de la falda en busca de la segunda base o desabrochándole el vestido para permanecer en la primera base la hacía temblar de nerviosismo.

Nerviosa, lo miraba a él, de perfil. Estaba tranquilo, iba concentrado en la conducción. Tragó saliva y dijo con atrevimiento:

—¿Te das cuenta de cuántas primeras experiencias he tenido desde que te conozco?

—¿A qué te refieres con eso?

Elizabeth pensó que tenía que conseguir que lo entendiese. Lo último que quería que sucediese, ahora que empezaba a encontrarse cómoda con la novedad de aquel cortejo incomparable, era que Gabe se sintiese presionado y diese marcha atrás. Si lo tranquilizaba diciéndole que buscaban lo mismo, una manera agradable de pasar el tiempo de su estancia allí, sin compromisos, entonces se sentiría libre de continuar con sus maravillosas atenciones.

Porque eran maravillosas. Gabe la hacía sentir atractiva, cuando durante toda su vida se había sentido invisible. La hacía sentir femenina, cuando ella nunca le había prestado atención a su propia feminidad. Y la hacía sentir hambrienta de sexo cuando ni siquiera sabía que existiese aquella clase de hambre.

—Me cae bien tu hermano.

—¿Cuál?

—Bueno, todos. Pero me refería a Jordán. Es diferente a los demás.

Gabe sujetó el volante con fuerza.

—¿Ah, sí? ¿En qué?

—Es más tranquilo. Más... intenso. Es muy cariñoso con los animales. Me he sentido muy cómoda con él. Ésa ha sido una primera experiencia.

Gabe apretó la mandíbula con tanta fuerza, que ella pensó si le dolería la cabeza.

—¿Conmigo no te sientes cómoda?

Con Gabe se sentía tan tensa y tan caliente, que en cualquier momento podría arder. Pero no iba a decirle aquello.

—Con Jordán ha sido diferente. Me ha dejado ayudarle con la gata. Nunca había visto nacer a un gatito. ¿Y tú? ¿Alguna vez has visto nacer uno?

—Claro —Gabe la miró, y acto seguido a la carretera—. Jordán tiene animales de todas las especies alrededor de la casa. A todos nos gustan los animales. Eso no le hace diferente.

—Pero Jordán es... no sé. Más discreto que los demás. Más dulce.

Gabe se movió en el asiento, contrariado.

—No dejes que te engañe. Es más tranquilo, eso lo admito. Pero es un hombre, igual que yo.

—Gabe, no pretendía compararos.

No entendía su reacción. Era casi como si... no. No podía ser que Gabriel Kasper estuviese celoso de su hermano. Decidió cambiar de tema.

—Hoy he comido con Honey y Misty.

—¿Te lo has pasado bien?

—Sí —Elizabeth plegó el borde de su falda con los dedos—. Nunca había salido con otras mujeres. Ha sido divertido. Las cosas de las que hablan...

Sus ojos adquirieron un tono oscuro al preguntarle:

—¿Qué cosas?

Se encogió de hombros.

—Cosas de mujeres —no tenía intención de contarle que Honey estaba embarazada. Ahora que había sido iniciada en el placer de comer con las chicas, no quería hacer nada para estropearlo. Ya se enteraría cuando Honey se lo contase a su marido—. Compras, Amber, hombres. Cosas así.

—¿Y qué habéis dicho de los hombres?

—Nada en concreto. Cosas divertidas. Para mí, era la primera

vez. No me imaginaba que pudiese una pasárselo tan bien hablando y riéndose con otras mujeres. Tus cuñadas son muy simpáticas. Me caen muy bien.

Gabe paró en un semáforo en rojo y se giró para mirarla.

—A mí también me caen muy bien —ladeó la cabeza, estudiándola—. Ven aquí, Lizzy.

La noche anterior ella se había imaginado aplastando la nariz contra su cuello, saboreando su piel caliente con la lengua... Respiró hondo e intentó controlarse. ¡Estaba volviéndose una ninfómana!

Acto seguido, Gabe le puso una mano en el muslo. Aquello la hizo estremecerse.

—¿Cómo llevas hoy las quemaduras? —murmuró, acariciándola suavemente.

—Mucho mejor. Esta mañana tenía la piel más sensible, pero ahora apenas me molesta.

Dejó resbalar los dedos por debajo del vestido y comenzó a trazar círculos en su piel.

—¿Y esto? ¿Te duele, Lizzy?

Negó con la cabeza, demasiado excitada para hablar.

El semáforo se puso en verde y Gabe se puso en marcha. Utilizaba una mano para conducir mientras la otra seguía ocupada en acariciarla.

—Dime cuáles han sido las otras primeras experiencias.

Sus caricias eran hipnóticas. Separó un poco las piernas para que sus dedos pudiesen moverse con mayor facilidad por la parte interior de la rodilla.

—Bañarme en el lago.

—Ah, claro. ¿Crees que algún día volverás a atreverte?

Aquello no debía de ser nada nuevo para él, dada la facilidad con la que conducía el coche con una mano mientras la acariciaba con la otra.

—Sí —haría cualquier cosa que Gabe le pidiese. Confiaba en él.

—¿Alguna primera experiencia más?

—Pues... sí, ésta —señaló su mano por debajo de su falda, subiendo cada vez más. Respiró hondo y se concentró en hablar coherentemente—. Los besos, las caricias y la manera que tienes... de hablarme. Me encanta cómo me hablas, Gabe. Ningún hombre me había hablado antes con tanta confianza, eso por no mencionar las cosas que me dices.

—Has conocido a un montón de estúpidos, cariño.

—¿Lo ves? Y todo esto de la primera base y el autocine. Me siento como si estuviese empezando a descubrir el mundo. Además, también eres el héroe más especial de todos los que he entrevistado. Supongo que eso también es una primera vez.

No tenía la más remota idea de cómo había conseguido construir una frase tan larga. Tenía las ideas borrosas y los nervios a flor de piel. Se inclinó ligeramente hacia él y le tocó el hombro.

—Gabe, ¿puedo hacerte una pregunta?

Se estaba haciendo de noche. Había la suficiente oscuridad como para ocultar lo que hiciesen dentro del coche. Elizabeth le acarició el hombro y bajó hasta su bíceps. Le encantó la sensación del algodón suave de la camiseta sobre el músculo.

—Puedes preguntarme lo que quieras.

—Es más bien una petición.

Apartó su mano de ella al entrar a un terreno de grava junto a otros coches que esperaban a pagar en la entrada del autocine. Elizabeth echó un vistazo a su alrededor. Aquello estaba lleno de gente. Algunos se dirigían a un edificio donde ella supuso que se encontrarían los proyectores. Otros se apoyaban en las ventanas de otros coches hablando con sus vecinos. Algunos más estaban sentados fuera de los coches o furgonetas, observando el cielo oscurecerse y las estrellas aparecer. La pantalla era enorme, y estaba situada frente a hileras y más hileras de postes metálicos de donde colgaban altavoces. Aquello la dejó fascinada.

—Pregunta.

—¿Te importaría que te tocase yo a ti también? Quiero decir, lo de la primera y la segunda base. Tocarte anoche... también fue la primera vez. No sabía que un hombre pudiese ser tan... contradictorio.

—¿Cómo que contradictorio?

A Elizabeth le ardía la cara. En realidad, le ardía todo el cuerpo.

—Suave en algunas partes, y tan duro en otras. Me... me gustaría tocarte el pecho, por debajo de la camiseta, y me gustaría tocarte... ahí, por debajo de los pantalones.

Gabe se rió. Durante un segundo descansó el antebrazo sobre el volante, y luego se giró para atraparla con la mirada.

—¿Estás segura de que quieres ver una película?

Sin entender del todo la pregunta, Elizabeth le echó un vistazo al cartel que anunciaba los títulos de las películas que iban a proyectarse. La primera era *La venganza de Tanya*. Tenía pinta de ser de acción. No eran sus favoritas, pero sentía curiosidad.

—Al menos me gustaría ver un trozo, ya que es otra experiencia nueva para mí. ¿Por qué lo preguntas?

Gabe le dio un par de billetes al cajero, alguien conocido suyo, a juzgar por cómo lo saludó y por la curiosidad que demostró al enfocar a Elizabeth con su linterna. Le guiñó un ojo a Gabe y le devolvió el cambio.

—Que disfrutéis de la película —dijo con una amplia sonrisa.

Elizabeth miró a su alrededor mientras Gabe aparcaba el coche. La gente ya había preparado sus sillas y mantas o estaba descansando en los coches. Gabe se alejó cuanto pudo de todos los demás.

—No te apetece quedarte, ¿verdad?

Elizabeth no quería obligarle a hacer algo que no le apeteciese.

—Simplemente me están entrando dudas.

Elizabeth sintió una punzada en el estómago.

—¿Dudas? O sea, que no quieres...

De pronto, Gabe la agarró de la nuca y la atrajo hacia sí para darle un beso cálido, húmedo y profundo que la dejó temblando. Con las bocas aún en contacto, le dijo:

—Quiero. Pero preferiría volver a tu piso, donde podría desnudarte y disfrutar de ti en privado.

A Elizabeth le costaba abrir los ojos. Tenía el corazón a punto de explotar, los músculos contraídos, los pechos y el vientre demasiado sensibles. Casi sin aliento, alcanzó a preguntarle:

—¿Y me dejarías tocarte?

—Claro —volvió a besarla—. Pero no quiero que te pierdas una primera vez aquí. Todas las mujeres del país deberían tener la experiencia del autocine al menos una vez en la vida. Más vale tarde que nunca, supongo.

Elizabeth se acurrucó contra su cuello caliente, tal como había imaginado que haría. Se deleitó con aquel aroma exótico y tentador. ¿Cómo sería verse envuelta en aquel aroma durante toda la noche? Intentando seguir la conversación, le preguntó:

—¿Porque las películas son buenas?

Gabe esbozó una sonrisa.

—No, cariño —la acercó un poco más—. Es porque tocarse en el autocine es una tradición. Uno no puede estar aquí sin tocarse un poco. Apenas hay luz, la película es aburrida... es normal que a uno le entren ganas de retozar.

Elizabeth deslizó las dos manos por el pecho de Gabe hasta llegar a los hombros y rodear su cuello a continuación.

—¿Y si yo lo que quiero es que nos toquemos mucho?

—Entonces, quizá aguante media película. Quizá.

Le sujetó la cara con las manos y pasó los pulgares por sus mejillas.

—Pero no te prometo nada, así que luego no digas que no te he avisado.

Capítulo 9

Estaba consiguiendo volverlo loco. La boca dulce y caliente de Lizzy acarició su garganta y produjo un sonido casi incoherente.

—Qué bien sabes, Gabe. ¿Todo tu cuerpo sabe igual?

Quería dejar que explorase, que se tomase su tiempo y que lo probase todo, pero no estaba seguro de sobrevivir a la experiencia.

—Luego lo descubrirás —murmuró, y nada más pronunciar esas palabras imaginó la boca de Lizzy en su vientre, en sus muslos, entre ellos... y esa imagen disparó su deseo. Dejó escapar un gemido.

Lizzy se inclinó ligeramente hacia atrás para ver la película.

—¿Cómo?

A juzgar por su tono de voz parecía nerviosa por lo que podría suceder en la siguiente escena de amor de la película. No sabía que Lizzy iba a estar tan interesada en aquella película erótica tan mala que estaban proyectando. Mientras la miraba, le colocó la palma de la mano por debajo de los pechos y sintió el ritmo acelerado de su corazón.

Le divertía. Y le fascinaba. Sonriendo, bromeó:

—Lizzy. Me sorprende que alcances a ver la película con todo el vaho que hay en los cristales.

—Había leído cosas sobre cristales empañados, pero pensaba que era una exageración.

Su ingenuidad hacía que Gabe la desease aún más. Atrayendo su boca hacia la suya, le dijo:

—Con sólo mirarte ya se empañan los cristales.

Se recreó en su boca. Nunca iba a cansarse de su sabor ni de su calor.

Ella ya se impacientaba con los besos, así que comenzó a tirarle de la camiseta y a sacársela del pantalón.

Gabe, siempre dispuesto a complacerla, la apartó ligeramente de él y se quitó la camiseta. Un segundo después, ya estaba ella allí de nuevo, con los ojos brillándole en la oscuridad del interior del coche y sus manos deslizándose por su piel caliente. A propósito o no, sus pulgares le rozaron los pezones y Gabe dio un respingo. Ella observó su reacción y, esa vez a propósito, acarició el vello de su pecho.

Gabe soltó un gemido, agarrando el asiento con las manos y pensando en el trabajo, en el lago, en cualquier cosa con tal de recuperar el control.

Con la boca le rozó el pezón derecho. Gabe sintió su aliento

húmedo y el jugueteo de su lengua...

—Lo siento —bramó—. No puedo soportarlo.

Vio decepción en su mirada. Mientras la sujetaba por los hombros para mantenerla a raya, le dijo:

—Aquí no, cariño. Esto es demasiado. No lo entiendo, pero...

No parecía convencida, así que alargó el brazo y llevó la mano hasta su erección. El contacto hizo que todo su cuerpo se contrajese.

—¿Eres consciente del efecto que tienes sobre mí? —le preguntó. Sabía que en ese preciso momento su voz era ronca, gutural, y sabía también que había empezado a sudar, y que le temblaban las manos—. Esto es una locura. Me he liado con cientos de chicas en este autocine, pero nunca había estado tan a punto de perder la razón.

—¿En serio?

Estaba claro que no tenía ni idea de su atractivo ni de su efecto sobre los hombres.

—Sí. Lo siento, pero es la verdad —por primera vez en su vida, su pasado lascivo le avergonzaba un poco. Lizzy era tan inocente, tan pura... que él se sentía un granuja—. Mi madre debería haberme encerrado. Sawyer se lo dijo más de una vez. Morgan incluso llegó a intentarlo. Pero como siempre estaba decidido a hacerlo...

Dejó de hablar conforme se dio cuenta de lo fascinada que estaba ante sus palabras, incluso las más absurdas. Esperaba que no fuese a hablar de aquello en su dichosa tesis.

—Lizzy, escúchame, tienes algo que...

Ladeó la cabeza mientras lo miraba, como compadeciéndolo.

—¿El qué, las pecas? Anda ya, Gabe. Nunca he oído que las pecas pudiesen excitar a nadie. Ni unos rizos pelirrojos, ni...

Gabe recogió en su mano uno de sus pechos. Sintió su suavidad y la firmeza de su carne.

—¿Y qué me dices de un cuerpo hecho a la medida de un hombre? ¿O de una sonrisa tan dulce que la siento dentro de los pantalones?

Aquello la dejó sin aliento.

—O de una piel tan suave, que me vuelve loco desear sentirla sobre mi cuerpo. O de tu manera de hablar, las cosas de las que hablas, tu inocencia, tu atrevimiento y tu...

Le hizo callar poniéndole la mano sobre la boca. Él separó los labios y le pasó la punta de la lengua entre los dedos corazón y anular. Elizabeth apartó la mano jadeando.

—Te deseo, Lizzy.

Sus ojos se abrieron lentamente y brillaron.

—Yo también te deseo. Sólo durante el verano, por una vez en la vida, quiero experimentar todo lo que no he probado antes. Cuando

vuelva a la universidad, a mi antiguo estilo de vida y a mis planes, quiero que sea con este nuevo conocimiento. No quiero seguir siendo inexperta. Quiero soltarme un poco, como dices tú.

A Gabe le afectaron aquellas palabras como un puñetazo en el mentón. Sólo durante el verano, sólo durante el verano...

No pensaba rendirse tan fácilmente. Pero tampoco quería asustarla. Le daría todo lo que deseaba y más. La sumiría en el más intenso de los placeres para crearle una adicción. No podría pasar sin él. Sería incapaz de pensar en alejarse de él.

Gabe no tenía ni idea de qué le deparaba el futuro, pero por primera vez en su vida le ponía nervioso. ¿Un año después? Quién sabe. Las relaciones duraderas no eran su fuerte, pero había sido testigo de cómo sus dos hermanos mayores lo habían conseguido, y era algo milagroso. Una cosa sí tenía clara: al cabo de un mes aún seguiría deseándola, hoy, mañana... quizá para siempre. Quería, deseaba una oportunidad para comprobar qué sucedía entre ellos.

Gabe echó mano al suelo del coche y agarró el cartón de palomitas de maíz que habían comprado. Lo puso en el regazo de Elizabeth.

—Sujétalo.

—¿Gabe?

Sacó el altavoz por la ventana y volvió a colgarlo en su sitio. Mucha gente reconocería su coche, y sabrían que se marchaba antes de tiempo. Probablemente también se imaginarían por qué. Era por el bien de Lizzy. Sería peor si acababa haciendo cosas allí que sabía que sólo podían hacerse en privado. La deseaba tanto, que hasta empezaba a sudarle la espalda y las sienes, aunque la noche había refrescado y se estaba a gusto.

Aun sin el altavoz en el coche, oyó los gemidos de la pantalla y miró hacia arriba. Lizzy estaba embelesada. Miraba las escenas de sexo con devoción.

Su corazón se aceleró al pensar en hacer todas esas cosas con ella, y en cómo reaccionaría.

—Ponte el cinturón.

Obedeció sin apartar la vista de la pantalla. El coche arrancó con un suave ronroneo y en un momento ya estaban saliendo del aparcamiento. Cuando la pantalla ya no se veía, Lizzy se giró para mirarlo. Podía sentir su curiosidad, podía incluso oír cómo trabajaba su cerebro, cómo pensaba en todo lo que había visto y en si ellos irían a hacer cosas así.

—Por supuesto que sí —contestó Gabe en respuesta a su pregunta silenciosa.

Lizzy se abanicó, pero no realizó ningún otro movimiento. Llegaron a su piso en un tiempo récord. Un minuto después, ya

estaban dentro con la puerta cerrada, y Gabe ya la tenía presionada contra la pared, dando vía libre a sus manos y a su boca.

Elizabeth contenía el aliento mientras la mano derecha de Gabe le acariciaba el costado, por encima de la cintura, y la cadera para volver a la parte de atrás de la rodilla. Le levantó una pierna para que ella envolviese sus caderas. Entonces, empujó suavemente.

Lizzy dejó escapar un gemido. Notaba la longitud y la dureza de su erección a través de los pantalones, ya que él se movía imitando la penetración. Su boca, abierta y húmeda se movía de la mejilla al cuello.

—Quiero estar dentro de ti, necesito estar dentro de ti.

—En mi... mi dormitorio —farfulló de manera incoherente, más que deseosa de ir allí. Pero Gabe negó con la cabeza.

—Te hace falta un poco de calentamiento. Tienes que estar tan caliente como yo.

Intentó decirle que ya lo estaba, pero su boca se lo impidió, pues su lengua ya había atravesado la barrera de sus labios y bastante ya le costaba pensar como para plantearse hablar.

Su mano, increíblemente caliente, le apartó las braguitas. Elizabeth no pudo evitar reparar en aquella mano en su trasero. Primero explorando, tocando una nalga y después deslizándose hacia delante para tocarla en el lugar más íntimo imaginable.

—Tranquila —susurró contra su boca—. Vaya, estás muy mojada. Me deseas, ¿verdad?

—Sí...

Se sintió caer, aunque tenía la espalda apoyada contra la pared y el pecho de Gabe fijándola en el sitio.

—Vamos a quitarte esto —le soltó la pierna y le puso las dos manos en las braguitas, a la altura de la cintura, por debajo del vestido. A Elizabeth le resultó muy erótica la manera que tuvo de arrodillarse para despojarla de ropa interior—. Ahora levanta los pies.

Como una sonámbula, levantó primero un pie y después el otro. Aún llevaba las sandalias puestas, pero a Gabe no tuvo reparos en quitárselo todo al mismo tiempo. Esperó a que se levantase, pero no lo hizo, así que miró hacia abajo.

Tenía la cara encendida, con los ojos al rojo vivo mientras le masajeaba la parte de atrás de los muslos. La miró, pero no sonrió. Se inclinó hacia delante y la besó a través del vestido de algodón. Automáticamente, Lizzy buscó su cabeza con las manos y sus dedos se enredaron en su pelo rubio.

—Gabe...

—Qué bien hueles —dijo él, acariciándola con la nariz.

Sus rodillas estuvieron a punto de ceder, pero él la sujetó con

sus manos.

—No... no puedo hacerlo.

Mientras lo decía, sus dedos se enredaron aún más en su pelo dirigiendo sus atenciones a un punto que palpitaba de deseo. Abrió la boca. Su aliento era casi insoportable, de tan caliente. Sintió la presión húmeda de su lengua a través de la ropa, y soltó un grito.

Gabe se puso de pie y la besó con voracidad, con la intención de hacer que se consumiese de deseo. Ya no podía respirar, ni reaccionar, ni pensar. Esa vez levantó la pierna para envolverlo sin necesidad de que interviniese él. Sus dos manos enormes se habían posado sobre sus pechos, apretándolos ligeramente. Le encantaba la sensación que despertaba en ella.

Atacó los botones del vestido. En unos segundos ya los había soltado todos. El vestido se abrió lo bastante como para bajárselo por los hombros y por debajo de los pechos. Se quedó prendido a la altura de los codos, sujetándole los brazos a los costados. Comenzó a debatirse, pues deseaba tocarlo.

La tirantez del vestido hizo que sus pechos se elevasen. Tenía los pezones duros, y con un leve gemido Gabe se inclinó y chupó uno. Su lengua lo recorrió y lo mantuvo cautivo.

Lizzy gritó. Su cuerpo se arqueó contra el suyo. Gabe pasó al otro pezón y deslizó las manos por debajo de la falda. Una de ellas le levantó un muslo y la otra se introdujo en la humedad de su vello. Ella sabía que estaba empapada, podía sentir el latir de su cuerpo. Sus dedos suponían al mismo tiempo un alivio y una tortura. Gabe los movía sobre su carne caliente, acariciando y separando sus pliegues hinchados.

Apoyó la cabeza en la pared. Sintió que una extraña tensión invadía su cuerpo.

—Lo haremos despacio —pronunció aquellas palabras en un tono tan bajo que ella apenas lo entendió—. Aquí, corazón —murmuró, al tiempo que ella sentía un fogonazo de sensaciones al notar que uno de sus dedos recorría su clítoris hinchado. Jadeando, intentó apartarse, pues la sensación era demasiado intensa, pero no podía huir a ningún sitio.

—No te resistas —susurró con la boca junto a su pezón húmedo, mientras lo chupaba lentamente—. Confía en mí, Lizzy.

Imposible. Las sensaciones le acudían todas al mismo tiempo, y eran demasiado fuertes. Sus músculos se tensaban para acto seguido tensarse un poco más. Tenía la vista borrosa y sentía oleadas de calor. Intentó decirle que aquello era demasiado para ella, pero sus palabras no tenían sentido, así que él las pasó por alto. Prefería escuchar su cuerpo antes que lo que ella tuviese que decir. Su dedo siguió acariciándola, concentrándose pacientemente en aquel punto

ultrasensible, volviéndola loca.

Su propio orgasmo la tomó por sorpresa, robándole el aliento, haciéndole imposible otra cosa que no fuese gemir y jadear... Su cuerpo se arqueó, pero Gabe la sujetó sin dejar de tocarla. Él también gemía mientras seguía chupándole el pezón. Su antebrazo izquierdo se deslizó por debajo de sus nalgas para impedir que se cayese al fallarle las rodillas, obligándola a sentir todo cuanto él quería que sintiese.

Cuando por fin se desplomó sobre él, exhausta, aflojó su abrazo. Ya no estaba aplastada contra su cuerpo, pero seguía abrazada a él. La palma de su mano seguía allí abajo, en contacto con el calor.

—Aún siento cómo late.

La vergüenza intentó apoderarse de su conciencia, pero Gabe no le dio ni siquiera una oportunidad. Le besó los pechos, el cuello, la barbilla. Frente contra frente, con las narices en contacto, susurró:

—Ha sido increíble, Lizzy.

Si le hubiesen quedado fuerzas, se habría reído. Se quedaba muy corto con aquel adjetivo. Lentamente, fue abriendo los ojos. Le quemó el calor que desprendían los de Gabe. Mientras ella lo miraba, quitó la mano de su entrepierna y la llevó hasta la cara de Lizzy. Su mirada se detuvo en su boca y con un dedo húmedo trazó la forma de sus labios.

Ella chupó, casi asustada, pero no se le ocurrió nada que decir. Sin dejar de mirarla, Gabe chupó lentamente su labio superior y agarró con los dientes el inferior.

—Sabes tan bien como imaginaba.

No podía moverse. Tenía los ojos abiertos de par en par. Nunca se había visto en una situación parecida, ni siquiera se había imaginado algo así.

No la había penetrado, pero Lizzy imaginaba que aquello era una forma de hacer el amor. Sólo que... contra la puerta de su piso. Sin ropa interior, pero con el vestido puesto. Y con aquellos dedos mágicos...

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —le preguntó mientras le retiraba el pelo de la cara.

—No... no sé qué decir.

—¿Qué te parece algo así como: «Te deseo, Gabe»?

—Te deseo, Gabe.

La sonrisa de la que ya se había enamorado iluminó su cara.

—Gracias a Dios. No me pasaba esto desde que era jovencito. He estado a punto de llegar.

Las cosas que decía, y su manera de decirlas, no dejaban de sorprenderla. Aún estaba intentando visualizar esa imagen cuando Gabe la levantó en brazos y se dispuso a llevarla al dormitorio. Ella

se agarró a él, encantada por la caballerosidad del gesto. Aquello era algo, al igual que las ventanas empañadas, que pensaba que sólo sucedían en los libros.

—¿Cómo llevas las quemaduras? —preguntó, sin ni siquiera tener que esforzarse por aguantar su peso.

Ella suspiró, perdidamente enamorada de su fuerza.

—¿Qué quemaduras?

Gabe se rió. Su risa estaba llena de triunfo y de satisfacción masculina.

La dejó de pie junto a la cama, y sin mayor ceremonia le levantó el vestido y se lo quitó por encima de la cabeza. Por un momento se le quedaron los brazos enganchados en las mangas, pero Gabe no desistió de su propósito. En cuanto se lo hubo quitado, retrocedió un paso para mirarla.

Lo primero que pensó fue que aún llevaba las sandalias puestas. Lo segundo, que su forma de mirarla era casi táctil, como una estocada en pleno vientre, que penetraba hasta volver a avivar el deseo y salía viva de nuevo.

Sin mediar palabra, Gabe se quitó los zapatos mientras contemplaba su cuerpo. Se desabrochó los pantalones, se bajó la cremallera y se quitó pantalones y calzoncillos. Lizzy tuvo tiempo para mirar cuanto quiso... que era mucho. Gabe se quedó quieto. Su único movimiento fue alargar el brazo derecho para acariciarle los pezones.

—Acaba con mi sufrimiento, pelirroja, por lo que más quieras.

Tenías las caderas estrechas en comparación con su amplio pecho. Su abdomen era duro y liso; su ombligo, una hendidura poco profunda rodeada de vello dorado muy suave al tacto. Sus hombros eran rectos y las piernas largas, fuertes y cubiertas de pelo. Su entrepierna... Tragó saliva, posó allí la mano y apretó. Tenía el pene tan duro que emitió un leve sonido ahogado. Gabe apretó los puños. Una gota brillante apareció en la punta. Elizabeth la miró fascinada. Al extenderla con el pulgar, lo oyó gemir.

—Estás jugando con fuego, chica.

—Eres muy hermoso.

—Ven aquí, Elizabeth. Déjame abrazarte.

Dio un paso hacia ella y la tumbó en la cama.

Recostado sobre ella, apoyado en un codo, comenzó a explorar de nuevo su cuerpo.

—Me encantan todas estas pecas tan atractivas —las rastreó desde los pechos hasta el vientre, deteniéndose en el ombligo. Introdujo allí el dedo pequeño antes de pasar a las caderas y a los muslos. Situó la mano entre los muslos y ella gimió, sabiendo exactamente cómo podía hacerla sentir—. Y todo este vello

pelirrojo. Nunca había visto nada así.

Elizabeth se arqueó cuando le separó las piernas y metió un dedo allí dentro.

Sus miradas se encontraron.

—¿Te ha dolido? —le preguntó con voz ronca.

Ella negó con la cabeza, y extendió las dos manos sobre su pecho, deleitándose con el calor de su piel y con el latir desbocado de su corazón. Le encantaba tocarle los pezones y oír su respiración entrecortada.

—Abre más las piernas, Lizzy. Eso es. Otro dedo, ¿de acuerdo? Quiero asegurarme de que estás preparada, para no hacerte daño.

No acabó de entender sus palabras, aunque intentó escuchar con atención. Estaba en sintonía con su aroma, con sus caricias, con el calor que despedía aquel cuerpo enorme. Giró la cara hacia él para verlo mientras sus manos se deslizaban sobre él.

—No aguanto más —bramó.

Lizzy se alegró. Estaba tan tensa, que ya le dolía todo. De haber estado más acostumbrada a la intimidad, le habría pedido que se pusiese manos a la obra, pero aún no se atrevía a tanto.

Gabe alcanzó sus pantalones y sacó un preservativo. Lizzy acarició su cuerpo mientras él se lo ponía. Gimió, y sus ojos se entrecerraron. Se colocó encima de ella y todo su cuerpo tembló al separarle las piernas y abrirla con toda la ternura de que sus dedos eran capaces.

—Mírame, Lizzy.

Lo hizo, atraída por su belleza, por el hambre salvaje de sus ojos azules. La penetró lentamente. Lizzy gritó, pero no de dolor sino de placer. Sus caderas se elevaron para intentar que hubiese el mayor contacto posible.

Gabe le colocó las dos manos debajo del trasero y la levantó, empujando, retirándose, volviendo a empujar para provocar una mayor fricción.

—Rodéame con las piernas, cariño.

Lo hizo, cruzando los tobillos en la parte baja de su espalda. Su peso le aplastaba los pechos, e intentó frotarlos contra él para aumentar el contacto. La sensación de tenerlo dentro, de rodearlo con su carne tierna era casi insoportable. Aquella sensación explosiva comenzó a intensificarse, y ella intentó resistirse, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Pero entonces Gabe se paró durante un momento para acto seguido abrir la boca sobre su cuello y volver a empujar cada vez más fuerte y más rápido, cada vez gimiendo más y su cuerpo vibrando. Lizzy lo agarró bien fuerte cuando él llegó. Olvidó sus necesidades, satisfecha con pasarle las manos por su espalda

húmeda, su pelo sedoso y sus hombros en tensión.

Gabe se relajó contra ella, abrazándola, y con las piernas de Lizzy rodeándolo. Unos minutos después, le murmuró un «lo siento» junto al cuello. Lizzy lo besó en el hombro.

—¿Por qué?

—Por haberte abandonado —miró hacia arriba, y en sus ojos ella pudo ver que se había saciado, pero también una dulzura sin igual—. Pero enseguida te compenso.

Elizabeth sonrió y le tocó la cara.

—Estoy bien.

—Quiero que estés mejor que bien —le contestó, y le dio un beso lento y pausado. No parecía tener prisa por dejar de besarla. A continuación, se sentó en la cama para quitarse el preservativo. Aquello también era nuevo para ella. La condujo al cuarto de baño, donde ambos se dieron una ducha fría. Gabe la volvía loca con aquella manera que tenía de enjabonarla, de acariciarla, de provocarla. Parecía insaciable.

Apenas podía mantener los ojos abiertos después de dos orgasmos más y de tantas experiencias nuevas, pero cuando se acomodó en la cama ella tuvo la previsión de preguntarle si pensaba pasar la noche allí.

—Sí —la hizo a un lado y le colocó la cabeza sobre su hombro.

Aquella suposición de que ella deseaba que se quedase, aunque cierta, le hizo gracia.

—¿No deberías decirles dónde estás para que no se preocupen?

—Tengo veintisiete años, cariño. No tengo que rendir cuentas a mis hermanos.

—¿Y Honey? A lo mejor se preocupa.

Se quedó parado, y dijo algo entre dientes.

—No te muevas.

Fue desnudo desde la cama hasta la cocina, donde se encontraba el teléfono. Unos segundos después le oyó decir:

—Esta noche no duermo en casa.

Hubo una pausa.

—Sí, he pensado que quizá Honey... —se rió—. Me lo imaginaba. Hasta mañana.

Volvió a la cama y se acomodó.

—Tenías razón. Sawyer me ha dicho que se habría preocupado.

La besó en la frente. Unos segundos después, ya estaba respirando pesadamente.

Elizabeth le acarició el pecho, preguntándose si pasaría la noche con mujeres a menudo, si aquello significaba algo para él, si tenía derecho a esperar que se quedase con ella siempre que fuese posible.

Pasó mucho tiempo hasta que pudo conciliar el sueño. Pero pensar en Gabe y en lo fuerte e independiente que era sólo sirvió para llenar sus sueños de comparaciones odiosas sobre todo lo que él era y ella no.

En algún momento de la noche volvieron las pesadillas.

Capítulo 10

Gabe tenía un sueño muy profundo, pero contrariamente a lo que la gente creía, casi nunca tenía el cuerpo cálido y atractivo de una mujer acurrucado a su lado mientras dormía. Al vivir con sus hermanos, y al estar allí su sobrino Casey, no acostumbraba a alardear de su vida social. Pero tener a Lizzy a su lado era una experiencia única y muy agradable.

Aunque no tenía problemas de insomnio, en ningún momento dejaba de ser consciente de tenerla a su lado.

Cuando su piel se fue volviendo más caliente y su respiración más profunda, se removió agitado. Murmuró algo mientras dormía, y él se giró para mirarla. De repente, la mano de Lizzy se estrelló contra su pecho, y su cabeza se movió de lado a lado.

Gabe se incorporó sobre un codo.

—¿Lizzy?

No respondió. Le tocó la mejilla y la notó húmeda de haber llorado.

—Venga, cariño, dime algo.

Con la poca luz que se filtraba a través de las cortinas apenas podía distinguir sus rasgos. Vio que su boca se movía, que lloraba sin hacer ruido... hasta que oyó un gimoteo, y otro a continuación, aumentando de volumen.

—¿Lizzy?

Gabe la abrazó y le acarició el pelo.

—Estás soñando, cariño. Despierta.

De pronto, su cuerpo se puso rígido como si hubiese experimentado un intenso dolor físico. Gritó, desgarrando el silencio de la habitación. Agitó los brazos y le golpeó en el pecho, debatiéndose contra él y contra ella misma. Gabe la sujetó por los brazos y la aprisionó con su cuerpo.

—¡Despierta, Lizzy!

Sollozando suavemente, abrió los ojos y lo miró. Durante un segundo, pareció perdida y confusa, con los ojos ensombrecidos. Entonces, se derrumbó.

—Tranquila, tranquila, cariño.

Se aferró a él, y a Gabe se le partió el corazón al oír sus gritos. Se le empañaron los ojos de lágrimas y la abrazó aún más, intentando absorber su dolor y ayudarla a sobrellevar su pesada carga emocional.

Pasaron unos minutos hasta que por fin se calmó. Gabe la besó en la frente, y aflojó su abrazo. Dejó las luces apagadas y le dijo:

—No te muevas, voy por un paño húmedo.

Fue al cuarto de baño y volvió en quince segundos. Al entrar, Lizzy se había incorporado en la cama para sonarse la nariz. Tenía las rodillas plegadas contra el pecho y estaba envuelta en la sábana. Lo primero que hizo fue pedirle perdón.

—No me obligues a que te dé unos azotes en tu estado —Gabe se metió corriendo en la cama junto a ella e intentó pasar por alto sus intentos de apartarse de él. Le sujetó la barbilla y le giró la cara para acariciarla suavemente con el paño húmedo—. No tienes que pedir perdón, Lizzy. Todos tenemos pesadillas de vez en cuando.

Tras un largo silencio, murmuró:

—No era un sueño.

Gabe se incorporó contra la cabecera de la cama y le pasó el paño a Lizzy. Ella se lo colocó sobre los ojos hinchados.

—Me da un poco de vergüenza.

—Pues que no te dé. Me alegro de haber estado contigo —la rodeó con un brazo para atraerla hacia sí, y ella no se resistió—. Me importas, Lizzy. ¿Eso lo entiendes?

—No lo sé.

Acariciándole el brazo con la mano, le preguntó:

—¿Tan raro es que le importes a alguien?

—A alguien como tú, sí.

—¿Y a alguien que no sea como yo?

Se quedó callada.

—Hay... cosas sobre mí que no sabes.

Gabe la abrazó más fuerte, previendo su reacción.

—¿Te refieres a la muerte de tu madre?

Tal como se había imaginado, se movió violentamente y a punto estuvo de librarse de su abrazo.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Leí los artículos que conservas.

—¿Cómo te atreves? —se debatió contra él, pero Gabe no la soltó.

—Deja de resistirte, cariño. No pienso soltarte —se puso rígida. Gabe sintió su dolor, su rabia. Le pasó la mano por detrás de la cabeza y la mantuvo presionada contra su hombro—. Por eso estás tan empeñada en entender toda esa tontería del heroísmo, ¿no?

Se estremeció, y dejó escapar otro sollozo ahogado antes de poder hablar.

—Tú... no puedes entenderme. No eres como yo. Tú viste una manera de ayudar y actuaste instintivamente. Yo... dejé morir a mi madre —sus manos se aferraron a los hombros de Gabe, clavó allí sus uñas... pero él estaba dispuesto a soportar cualquier dolor con tal de ayudarla—. Dios mío, la dejé morir.

Incapaz de soportarlo, Gabe presionó la cara contra el cuello de Lizzy y la acunó mientras ella seguía hablando.

—Tuvimos un accidente. Yo estaba cambiando de emisora en la radio del coche buscando una canción que mamá y yo pudiésemos cantar juntas. Era algo que hacíamos siempre para divertirnos. Estaba lloviendo, y había muy poca visibilidad. Mamá me dijo que bajase el volumen, y yo empecé a hacerlo, pero entonces el coche comenzó a deslizarse.

Gabe se preguntó cuántas veces y ante cuántas personas habría admitido su culpabilidad. Pensó en ella como una niña de doce años, tímida, sufriendo lo que ningún niño debería sufrir nunca. Aquello le hizo sentirse impotente por no poder reparar algo que había sucedido muchos años atrás.

—El coche se salió de la carretera y se estrelló contra un árbol. La puerta del lado de mamá estaba destrozada, y el parabrisas roto. Estaba... sangrando. Pensé que estaba muerta y me limité a gritar y a salir del coche. Me agaché en la grava y en el barro, a esperar, petrificada de miedo. Demasiado estúpida para hacer lo que debería haber hecho.

—Pero Lizzy...

—El teléfono más cercano estaba sólo a tres kilómetros de allí. Si... si hubiese ido a pedir ayuda... habría sobrevivido —lo golpeó en el hombro con el puño—. Allí estaba, en aquel maldito coche, inconsciente, desangrándose... y yo la dejé morir. Para cuando llegó otro coche y nos vio... ya era demasiado tarde.

Gabe encendió la luz. Obligándola a mirarlo, le dijo:

—¡Tenías sólo doce años! Eras una niña. ¿Cómo puedes comparar a una niña con un hombre adulto?

Se mostró sorprendida por su estallido de ira.

—Fui una inútil.

—¡Estabas aturdida!

—Si hubiese reaccionado...

—No, Lizzy. No hay vuelta atrás. Lo único que podemos hacer es aprovechar al máximo el día a día. Eres una mujer inteligentísima, generosa y sincera. ¿Por qué te cuesta tanto reconocer que eres inocente de lo que sucedió aquel día?

—Has... has dicho que leíste los recortes.

—Sí, y también sé hasta qué punto pueden los medios de comunicación tergiversan las cosas para conseguir una buena historia. Una muerte más no supone nada para ellos cuando hay gente que muere a diario. Pero una historia de interés humano de una niña traumatizada... eso tiene mucho gancho periodístico. Fuiste un peón al que sacrificaron en aras de un titular. No hay más.

—La dejé morir —repitió, pero ya no parecía tan segura de sus

palabras.

—No —Gabe la acercó hacia sí y la besó—. Eso no lo sabes. Estaba oscuro y llovía. Aunque te hubieses sobrepuesto al shock de ver a tu madre malherida y hubieses podido llegar al teléfono más cercano, no hay garantía alguna de que hubieses encontrado ayuda y de que ésta hubiese llegado a tiempo.

Lo miró a la cara. A continuación, buscó otro pañuelo de papel. Después de secarse los ojos y sonarse la nariz, admitió con un susurro:

—Eso me dijo mi padre. Pero yo lo oía llorar por las noches, y veía lo dolido que estaba por la pérdida de mi madre.

—Pero te tenía a ti. Sé que debía de sentirse agradecido por eso.

—Sí, eso decía. Mi padre es maravilloso.

Se sintió aliviado al saber que al menos su padre no se lo había echado en cara. El hombre debía de estar consumido por el dolor. Gabe no podía ni imaginarse cómo reaccionaría él si algo así le pasase a Lizzy. Si alguna vez la perdía...

Se quedó helado por la trascendencia de sus pensamientos. ¡Quería a Lizzy! No era necesario un largo noviazgo ni nada por el estilo. La conocía, sabía que era especial... ¿Cómo no iba a quererla?

—Eres una persona maravillosa, por eso te mereces un padre maravilloso.

Gabe pensó que era, con toda probabilidad, la persona más hermosa que había visto en toda su vida. La sábana se movió un poco y dejó a la vista sus magníficos pechos, sus pecas y uno de sus tentadores pezones.

Reprimió el deseo y dirigió toda su atención a su angustia.

—¿Me crees si te digo que no tuviste la culpa, Lizzy?

—Sé que tú no me echas la culpa, pero los hechos son los hechos. Hay gente con impulsos heroicos, y otros que son unos inútiles. Me temo que yo pertenezco a la segunda categoría.

—Muy poca gente llega a tener la oportunidad de demostrar su heroísmo. No creo que puedas juzgarte por lo que hizo una niña de doce años tímida, asustada y aturdida.

—Por eso pongo tanto empeño en estudiarlo. Quiero ayudar a otros adolescentes a que entiendan sus propias limitaciones, para que sepan que no pueden acusarse por cualidades que no tienen.

—No quieres que ningún otro niño sufra como tú sufriste, ¿es eso?

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—Sí.

—Te quiero, Lizzy.

Abrió los ojos como platos. Aturdida, no pudo hacer otra que no

fuese mirarlo con incredulidad.

Gabe tuvo que reírse de sí mismo. Su intención no había sido la de soltarlo así, y se sentía un poco estúpido.

Elizabeth era todo lo que él no era. Seria, aplicada, afectuosa, bondadosa. Tenía un objetivo en la vida, mientras que él siempre se había contentado con dejar pasar el tiempo, eludiendo responsabilidades, negándose a sentar la cabeza, orgulloso de su libertad. Sus años universitarios los había dedicado a divertirse. Había estudiado porque se suponía que era lo que tenía que hacer. Había sacado buenas notas porque su orgullo así se lo exigía, pero le había resultado fácil y no significaba nada para él.

Lizzy nunca permitiría que alguien como él se interpusiese entre sus planes y ella. Le había dicho que quería pasar el verano con él, pero ni siquiera había insinuado que quisiese algo más.

Intentó quitarle hierro a su declaración, aunque se negaba a retirarla.

—No te preocupes. No voy a empezar a escribirte versos ni a pedirte que nos fuguemos.

Se le puso la cara roja. Gabe forzó una sonrisa y la besó en la frente. Sí, la quería. Se sentía a punto de estallar.

—¿Te has quedado muda, cariño?

—Sí. Gabe, ¿lo dices en serio?

—Por supuesto. ¿Cómo no iba a quererte, Lizzy? Nunca he conocido a nadie como tú. Me haces reír, me excitas, y me alteras el cerebro y el corazón.

Lizzy intentó no reírse.

—Qué... romántico.

Gabe se movió y se acomodó entre sus muslos.

—Estoy excitadísimo —admitió, dejando que ella sintiese la dureza de su cuerpo—. ¿Cómo quieres que sea romántico?

Le rodeó el cuello con los brazos y sonrió.

—Gracias, Gabe.

—¿Por qué?

—Por hacerme sentir mejor —le acarició la nuca con los dedos y lo envolvió con sus piernas, reteniéndolo, invitándolo—. Por estar aquí conmigo, y por decirme que me quieres.

Intentó repetirle que no había pronunciado aquellas palabras a la ligera, sino que las sentía de verdad. Pero se contuvo. Ella no le había devuelto aquellas mismas palabras, y necesitaba tiempo para reponerse y asumir aquella nueva revelación.

—De nada.

La besó para intentar demostrarle sin palabras que estaban hechos el uno para el otro, aunque ella aún no lo supiese.

Sintió que su vida colgaba de un hilo. La necesitaba, pero no

sabía si podría conseguir que ella lo necesitase a él.

Sawyer estaba detrás de él, proyectando una sombra alargada sobre los tablones que se extendían sobre el lago. Gabe no se molestó en girarse cuando le preguntó:

—¿Querías algo, Sawyer?

—Sí, quería saber por qué estás destrozando todos esos clavos.

Gabe miró el tercero de los clavos que había estado intentando clavar en la prolongación del muelle que estaba construyendo para su hermano Morgan. Normalmente hacía esa clase de trabajos sin pensar, con movimientos ágiles: un clavo, un martillazo. A lo largo de los años había construido tantos muelles, que habría sido capaz de hacerlo con los ojos cerrados. Pero aquel día se había golpeado el pulgar dos veces ya.

En un arranque de frustración, lanzó el martillo a la orilla y salió del agua, pisando el fango y haciendo que los pececillos se alejasen nadando. Sawyer le pasó un vaso de té helado cuando se hubo acercado lo suficiente.

—¿Te lo ha dado Honey?

—Sí. Pensaba traértelo ella misma, pero he pensado que quizá no valorases sus atenciones ahora mismo, después de pasar una semana con un humor de perros.

Gabe soltó un gruñido, y se bebió todo el contenido del vaso de un trago.

—Gracias.

Sawyer se agachó y recogió un diente de león. Sólo llevaba puestos unos pantalones. A Gabe le pareció un milagro que se hubiera alejado de Honey aunque sólo fuera unos minutos. Desde que anunciase que estaba embarazada tres semanas atrás, Sawyer parecía un macho en celo. Cuando Honey estaba cerca, su amor brillaba con una intensidad renovada. Honey se deleitaba con las atenciones de su marido. Era divertido, y muy molesto, pues mientras veía que su matrimonio se hacía más y más fuerte cada día, Gabe veía cómo pasaba el tiempo, sabiendo que Lizzy volvería pronto a la universidad. Habían pasado tres semanas y media, y no estaba más cerca de poder retenerla de lo que lo había estado cuando se conocieron. Ni una vez le había dicho lo que sentía por él, pero Gabe no podía quitársela de la cabeza ni un momento. Le quedaba una semana. Una miserable semana.

Aquello le ponía nervioso.

Miró al cielo y decidió que podía aprovechar la visita de Sawyer, ya que resultaba evidente que su hermano había ido precisamente a eso. Miró a su hermano mayor y le dijo en un tono grave:

—Estoy enamorado.

Sawyer sonrió con satisfacción.

—Ya me lo imaginaba. ¿De Elizabeth Parks?

—Sí —Gabe se frotó la nuca y miró contrariado el muelle a medio hacer—. Creo que lo voy a dejar por hoy. No estoy centrado.

—Morgan lo entenderá. El muelle no le corre prisa, y nos sobra sitio en casa para guardar la lancha. Además, él también lo pasó mal hasta que Misty acabó con su sufrimiento.

—Ésa es la cuestión, que no sé si ella va a acabar con el mío. Lizzy va a volver a la universidad. Sólo me quedan unos días con ella.

—¿Le has dicho que estás enamorado de ella?

—Sí. Se sintió halagada. ¿Qué te parece?

Aquel silencio reveló que no era exactamente lo que Sawyer esperaba oír.

—Sólo hace unas semanas que la conoces, Gabe.

—Supe que la quería casi desde el principio. Fue una cosa de lo más extraña. Se presentó y se me metió dentro para no volver a salir. Y eso me gusta. Me pone enfermo pensar que va a volver a la universidad, pero ahora siendo consciente de su atractivo, y que muchos hombres querrán estar con ella. Eso antes no lo sabía. Pensaba que era poco agraciada. Pero ahora...

—¿Ahora que la has corrompido?

Gabe no pudo reprimir una sonrisa.

—Sí, la he corrompido de maravilla. Es una de las cosas que más me gustan de ella.

En la cama, Lizzy era la mejor pareja que había tenido. Abierta, salvaje... hacía y se dejaba hacer. Cuando dijo que quería probarlo todo no bromeaba. Pero no pensaba compartir todos aquellos detalles con su hermano, aunque Sawyer no esperaba que lo hiciese.

A Gabe le parecían igual de especiales los momentos de después, cuando hablaban. Él le contaba historias sobre su madre, y Lizzy le hablaba de su infancia antes del accidente. Sus madres habían sido polos opuestos, pero las dos cariñosas y entregadas a sus hijos.

Había llorado varias veces al hablar de su madre, pero eran lágrimas agridulces de recuerdo, no de culpabilidad. Gabe esperaba que se le pasase aquella estúpida idea de su responsabilidad en la muerte de su madre. No soportaba la idea de verla llevar aquella carga sobre sus hombros.

—¿Cuánto le queda en la universidad? —preguntó Sawyer.

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que decida hacer. Podría graduarse este semestre sin problemas y acabar, pero conociendo a Lizzy, querrá ahondar más en su formación. Es muy inteligente y está decidida a aprender cuanto pueda.

—Podría pedir el traslado a alguna universidad más cercana.

—Nunca ha mencionado esa posibilidad —a Gabe le llevó un momento construir la frase—. No quiero interponerme en su camino. No quiero influir en ella para que cambie sus planes por mí cuando yo ni siquiera tengo planes. Me he pasado la vida holgazaneando, cuando Lizzy es el colmo de la seriedad. ¿Qué derecho tengo a meterme en su vida cuando la mía propia está en el aire?

Sawyer se quedó un momento en silencio. Cuando Gabe esperaba una dosis de compasión, Sawyer hizo un sonido detestable y negó con la cabeza.

—Es la tontería más melodramática que he oído en mi vida. Así que no quieres interponerte en su camino. ¿Desde cuándo querer a una mujer es interponerse en su camino?

—Tiene planes.

—¿Y tú no? Ah, es verdad. Dices que te has pasado la vida haciendo el payaso. Entonces, ¿no fuiste tú quien ayudó a Ceily a reconstruir el restaurante después del incendio? ¿No fuiste tú quien se mató a trabajar para Rosemary cuando su padre estaba enfermo y ella necesitaba ayuda en el muelle? No sé si habrá alguien en el pueblo para quien no hayas construido, reparado o renovado algo.

Gabe se encogió de hombros.

—Eso no es nada. Sabes que me gusta trabajar con las manos, y que no me importa ayudar. Pero no es como tener un trabajo de verdad. Recuerdo cuánto le afectó a Lizzy descubrir nada más llegar que no tenía trabajo. Y no me extraña.

—Ya. Entonces, si no tienes un despacho y una placa en la puerta, eso ya no es trabajar, ¿no?

Gabe frunció el ceño, pues no sabía hacia dónde apuntaba Sawyer con sus palabras.

—Ya sabes que no.

Sawyer asintió lentamente.

—Cuando empecé a ejercer como médico, mucha gente de la que trabajaba en el hospital decía que no estaba bien lo que hacía. Trabajaba en casa para poder estar cerca de Casey, y hay muchas veces que no le cobro a la gente, o que me pagan con una tarta de manzana. Me alteraba que hubiese gente que deslegitimase lo que hacía sólo porque no me iba todo su boato.

—No es lo mismo. Tú eres el mejor médico de los alrededores. ¿Quién demonios dijo que lo que hacías no estaba bien?

—Eso ya no importa.

—¡Pues claro que importa! ¿Quién fue, Sawyer?

—Olvídalo. Fue hace mucho tiempo, y lo que pudiesen pensar nunca me importó. Ahora me respetan, así que lo que cuenta...

—Lo que cuenta es que alguien te insultó. ¿Quién fue?

—Gabe, te estás desviando del tema principal, que eres tú. La cuestión es que ganas casi tanto como yo haciendo pequeños trabajos, estando siempre disponible y haciendo de maravilla todo lo que haces. Si eso te molesta, alquila un local en el pueblo, pon unos cuantos anuncios y ya está. Pero no lo hagas llevado por motivos erróneos. No supongas que eso va a importarle a Elizabeth, porque a mí no me pareció alguien tan superficial.

—¡No es superficial!

Al igual que Gabe había pasado por alto la irritación de Sawyer, su hermano mayor hizo lo propio con la de Gabe.

—Tengo una pregunta para ti.

—Me estás poniendo nervioso, Sawyer.

—¿Le has dicho a Elizabeth que te gustaría que las cosas siguiesen igual después del verano? A lo mejor se ha creído tu reputación y piensa que la quieres sólo para pasar el verano.

El correteo de un perro alertó a Sawyer y a Gabe de que tenían compañía. Enseguida supusieron que se trataba de Morgan con su enorme perro Godzilla.

—A ver si lo adivino. Sawyer te está dando consejos sobre tu vida sentimental a ti también.

—¿Cómo que también?

Gabe tuvo que evitar que Godzilla lo tirase al suelo. El perro aún no se había dado cuenta de que era demasiado grande para subírsele a uno al regazo.

—¿Es que a ti también te ha estado aconsejando?

—Sí —le llamó la atención al perro—. Godzilla, deja en paz a mi hermano.

Morgan lanzó un palo al lago y Godzilla, juguetón como el que más, se tiró al agua.

—Ese perro no tiene miedo —gruñó Morgan.

—Lo habrá sacado de ti —añadió Gabe.

Morgan le dedicó su atención a Gabe.

—Sawyer se cree un experto en mujeres sólo porque Honey va por ahí todo el día con una sonrisa en la boca.

La sonrisa de Sawyer era de satisfacción.

—Y todo porque Misty prefiere hacértelas pasar canutas...

—Lo hace porque le encanta irritarme. Dice que cuando me irrito soy un salvaje.

—Lo eres a todas horas —rezongó Gabe.

—Entonces, ¿qué me dices, Gabe? ¿Tu pelirroja sabe que vas en serio?

Sawyer se apoyó en Gabe para dirigirse a Morgan.

—Le ha dicho que está enamorado de ella.

Morgan levantó una ceja.

—¡No me digas!

A Gabe le habría gustado soltarle un guantazo a cada uno, pero acabó mascullando la verdad.

—Pero ella no me lo ha dicho a mí.

Morgan y Sawyer parecían estar uniendo sus esfuerzos para resolver aquel problema hasta que sonó el móvil de Morgan. Lo sacó del cinturón y lo abrió.

—Comisario Hudson —sonrió, y su voz se volvió más cariñosa —. Hola, cariño. No, estaba intentando arreglar la vida sentimental de Gabe. Parece ser que no tiene intención de acabar el muelle hasta que lo haga —Morgan hizo una pausa—. De acuerdo, ahora se lo digo.

Morgan le mandó un beso por teléfono, lo cerró y volvió a colocárselo en el cinturón.

—Era Misty.

Sawyer soltó una carcajada.

—Jamás me lo habría imaginado.

—Gabe, parece ser que tu pelirroja va de camino a ver a Jordán, sólo que Jordán le ha dicho a Misty que tenía que ir de visita a ver a un novillo herido y no estaría en la consulta. Jordán quiere que vayas tú para disculparte de su parte.

Sawyer miró a Gabe.

—¿Por qué va Elizabeth a ver a Jordán?

Disgustado, Gabe se puso en pie.

—Lizzy tiene la descabellada idea de que Jordán es diferente, más agradable que nosotros.

Morgan y Sawyer se miraron el uno al otro, y a continuación estallaron en carcajadas. Gabe no les prestó atención y recuperó del suelo su camiseta antes de que Godzilla la pisotease. Sentado en una roca, se puso las zapatillas de deporte. Sus hermanos seguían riéndose.

—Tampoco es tan gracioso —les dijo.

Sawyer se secó los ojos, húmedos de tanto alborozo.

—Elizabeth no conoce a Jordán demasiado bien, ¿verdad?

—¿Te refieres a si alguna vez lo ha visto enfadado? No, nunca. Tengo la impresión de que no cree que Jordán pueda tener mal genio.

—Jordán es el tío más astuto que conozco. Lo esconde muy bien. Casi ninguna mujer se da cuenta de que sólo es civilizado por fuera.

—Mientras no te metas con sus animales, o sea alguien a quien él estima, no pierde la calma. Pero métete con alguna de sus cruzadas y verás...

Hasta Gabe se rió. Jordán parecía alguien pacífico. Y lo era, en

cierto modo. Pero cuando la vía del pacifismo no le funcionaba...

—Le encanta defender a los desfavorecidos, ¿eh?

Gabe se puso la camisa y miró a sus hermanos.

—Voy a pedirle a Elizabeth que me dé una oportunidad. Voy a decirle cómo pueden ser las cosas —señaló a sus hermanos con el dedo—. Pero sí me sale el tiro por la culata, volveré a daros vuestro merecido.

Conforme se alejaba, Sawyer le gritó:

—¡Buena suerte!

Morgan añadió:

—Nunca pensé que vería el día en el que Gabe tuviese problemas con las mujeres.

Gabe esperaba que no fuese aquél el día, porque no sabía qué sería de su vida sin una Elizabeth Parks.

Gabe se encontró a Lizzy dando vueltas frente a la clínica de Jordán. Por su expresión, parecía asustada. Gabe aparcó el coche a toda prisa y acudió corriendo hacia donde estaba ella. Lizzy lo vio y respiró aliviada.

—Gabe, pasa algo malo.

Gabe intentó abrazarla, pero ella se retiró y corrió hacia la puerta de la clínica.

—Escucha a los animales. Nunca hacen tanto ruido. Están armando mucho escándalo.

Gabe escuchó aullar a los perros y chillar a los gatos. Frunció el ceño.

—Con Jordán siempre están tranquilos, pero ahora mismo Jordán no está.

Lizzy se llevó las manos a la boca.

—Pasa algo malo, lo sé.

—Está bien. Espera. Voy a entrar.

—¿Cómo?

Gabe agarró una piedra y con ella golpeó el cristal de una ventana. El escándalo se hizo aún más intenso con la ventana abierta. Entonces, olieron el humo.

—¡Dios mío! —Gabe se quitó la camisa, se envolvió la mano con ella y retiró el cristal roto—. Deprisa, Lizzy. Yo voy a entrar para abrir la puerta. Utiliza el móvil que está en mi coche para llamar a Morgan. Él enviará a alguien.

Lizzy salió corriendo y Gabe entró por la ventana. El humo aún no era demasiado espeso, pero olía a plástico y papel quemados. Gabe corrió hasta la puerta y la abrió de par en par. No se detuvo a comprobar qué era lo que estaba ardiendo, no con tantos animales de los que ocuparse. Sopesó la primera jaula con la que se encontró y la sacó fuera.

Lizzy ya estaba de vuelta.

—Morgan está de camino. ¿Qué puedo hacer?

—Aleja las jaulas del edificio mientras yo las voy sacando.

—¡Pero hay muchas!

—¡Hazlo! No tenemos tiempo para discutir.

Gabe no sabía hasta qué punto estaban enfermos los animales, y si era seguro abrir las jaulas... Sacó dos más de un viaje. A punto estuvo de tropezar con Lizzy. Llevaba una enorme jaula vacía.

—¿Pero qué estás haciendo?

Sin contestarle, abrió tres jaulas llenas de gatos y comenzó a sacarlos sin las jaulas. Aquello le costó varios arañazos, pero enseguida había llenado la jaula vacía que ya estaba en la calle. Mientras seguía sacando jaulas, Gabe la observaba hacer viaje tras viaje, repitiendo el proceso de agrupar animales en jaulas vacías.

El humo se había vuelto más espeso. Llenaba el ambiente de gritos de animales frenéticos que retumbaban en las paredes. Gabe aún no había visto dónde estaba localizado el fuego. Bastante le costaba ya respirar. Mientras intentaba liberar a un pastor alemán tropezó con una pila de comida y cayó al suelo. Se golpeó con la cabeza en el borde de una jaula metálica.

—¡Gabe!

Oyó que Lizzy lo llamaba en la distancia, y el pánico se apoderó de él. ¿Estaría herida? Intentó levantarse, pero todo le daba vueltas. Y, de repente, allí estaba ella, sujetándole la cabeza con un brazo. Tosió varias veces antes de poder decirle:

—Gabe, tienes que levantarte.

Gabe vio que ella estaba llorando.

—¿Lizzy?

—¡Por favor, Gabe!

Tiró de él y por fin consiguió que sus piernas se pusiesen en marcha, aunque hubiese de apoyarse en ella. Algo caliente se coló en su ojo derecho, y se preguntó vagamente qué sería, antes de que la insistencia de Lizzy para que se moviese le obligó a concentrarse en su petición. El humo era tan espeso que ya no se veía nada.

De pronto, un aire limpio le llenó los pulmones y cayó al suelo. Lizzy se arrodilló junto a él, y sus suaves manos le tocaron la cara.

—Dios mío. Estás sangrando.

—Los animales... —alcanzó a decir Gabe.

Elizabeth le limpió la cara con el dobladillo de su vestido.

—Te has hecho un corte muy feo.

—Me pondré bien —murmuró.

Se fue corriendo, pero volvió al momento.

—Toma, apóyate esto en la cabeza. ¿Podrás, Gabe?

Le dio una almohadilla suave que había sacado de la clínica.

Gabe la apretó contra la cabeza para intentar detener la hemorragia.

—No se te ocurra moverte, Gabriel Kasper —le tembló la voz, Gabe pensó que del humo y quizá de la emoción—. Y más te vale que no sea grave —vio cómo se limpiaba las lágrimas de la cara, e intentó sonreír, pero su cabeza le latía de dolor—. Nunca te perdonaría que te pasase algo.

Antes de poder tranquilizarla, ya había desaparecido. ¡Había vuelto a entrar en la clínica! Gabe intentó reunir todas sus fuerzas para levantarse, para ir a por ella y ponerla a salvo. Entonces oyó el sonido de sirenas que se acercaban y supo que Morgan estaba a punto de llegar. Él se ocuparía de todo. Pero Gabe tenía que ayudarla...

Las enormes manos de Morgan se apoyaron en los hombros de Gabe.

—No te muevas, Gabe.

—No es más que un golpe en la cabeza. Una jaula se cruzó en mi camino.

—¡Te he dicho que no te muevas, cabezota!

Morgan le dijo algo a otra persona:

—Entrad, yo me ocupo de mi hermano. Sacad a los animales.

—¿Lizzy? —a Gabe se le empezaban a aclarar las ideas. Miró a Morgan—. Saca a Lizzy.

—¿Está dentro? —Morgan se puso en pie, pero en ese momento Lizzy salió dando tumbos por la puerta, ayudada por dos bomberos. Llevaba una caja llena de gatitos—. Por ahí viene.

Morgan se acercó a ella y se ocupó de la caja de los gatos.

—Sawyer está en camino. Dejará a Gabe como nuevo.

Gabe la vio apoyarse contra Morgan durante un segundo, para acto seguido dirigirse hacia donde estaba él.

—Tranquila, cariño. Estoy bien. Simplemente me he dado un golpe tonto —se incorporó ligeramente y la atrajo hacia él—. ¡Morgan, apaga esas dichosas sirenas!

Morgan gritó unas cuantas órdenes, y un bombero se apresuró a cumplirlas. Cuando se hizo el silencio, Gabe tocó la cara ennegrecida de Lizzy.

—¿Estás bien?

No le prestó atención. Había visto a Sawyer y había salido corriendo para arrastrarlo a donde estaba Gabe. Jordán iba con él, y parecía helado del shock.

—¿Qué ha pasado? —mientras hablaba, Sawyer abrió su maletín y comenzó a limpiarle la cara—. Las heridas en la cabeza sangran muchísimo, pero si no tiene ninguna otra herida no hay problema.

Gabe sintió lástima por Jordán.

—Estoy bien, Jordán. Ve a ver a tus animales.

Jordán miró a Sawyer, quien le dio el visto bueno con un movimiento de cabeza.

—Va a necesitar unos puntos, eso es todo.

—Gracias a Dios —Jordán, que en aquel momento era la personificación de la furia, se dirigió a la entrada de la clínica.

Una hora y media después, todo se había tranquilizado. El humo había causado muchos desperfectos en la clínica, pero apenas se había quemado casi nada. No hizo falta investigar demasiado para descubrir que el dueño de algún animal que había pasado por la consulta había tirado un cigarro a la papelera del cuarto de baño. La papelera era metálica, así que aparte de haberse quemado el suelo y las paredes del baño, los desperfectos tenían que ver casi todos con el humo. Limpiarlo todo y hacer desaparecer el olor a humo no sería fácil. Jordán tenía terminantemente prohibido fumar en su clínica. Gabe no recordaba haber visto a su hermano tan apesadumbrado ni tan lívido.

A Gabe lo apoyaron contra un árbol, con la cabeza vendada, observándolo todo con frustración, pues Sawyer no le había permitido echar una mano. Lizzy había seguido ayudando a Jordán hasta tener localizados y acomodados a todos los animales para su traslado. Afortunadamente, ningún animal había sufrido daño alguno, pero estaban asustados. Jordán estaba utilizando su voz cautivadora para calmarlos.

Lizzy volvía de vez en cuando junto a Gabe, y cada vez le respondía lo mismo: que estaba bien. Entonces volvía a marcharse para seguir ayudando. Debía de estar agotada, pero ahí seguía. Estaba tan orgulloso de ella, que apenas podía contenerse.

Como si le hubiese leído el pensamiento, lo miró y le preguntó:

—¿Quieres beber algo?

Arrodillada junto a él, le alisó el pelo y le tocó la mejilla. Gabe le agarró la mano y se la llevó a la boca.

—Sabes a carbón.

—Seguro que también huelo igual —miró a Jordán—. Sawyer le ha recomendado que lleve a los animales a tu garaje hasta que la clínica esté utilizable. Aún tardarán unos días. Pobre Jordán. Está destrozado.

—Sé cómo se siente.

Ella lo miró con el ceño fruncido, y él continuó:

—Me has dado un susto de muerte, Lizzy, cuando has vuelto a entrar tú sola. Pensaba que las llamas estaban consumiendo el edificio. No podía dejar de pensar que iba a pasarte algo.

—He tenido cuidado.

—¿Pero y si hubieses tropezado, como yo? ¿Cómo te habría

sacado de ahí?

Su expresión se suavizó, y se inclinó para darle un beso en la boca.

—No quería preocuparte.

—Te quiero —no había vuelto a decirlo desde la noche de la pesadilla, y ahora no podía retener las palabras. Lizzy abrió los ojos de par en par—. ¿Qué? ¿Pensabas que la primera vez me lo estaba inventando? De eso, nada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, y Gabe contuvo la respiración, intrigado ante cuál sería su respuesta.

Entonces apareció Jordán, y levantó a Lizzy del suelo.

—He estado tan ocupado, que aún no te he dado las gracias.

Los celos se apoderaron de Gabe al ver a Jordán levantar a Lizzy y besarla. Se puso colorada, pero no se apartó.

—Esto va a ser un inconveniente durante unos días —dijo Jordán, abrazándola—, pero al menos todos los animales están a salvo.

Lizzy se apartó. Sonrió y comenzó a decir:

—Gabe es el verdadero... —su voz se apagó y se puso una mano sobre la boca.

Jordán arqueó una ceja.

—¿El verdadero qué, héroe? Yo diría que los dos lo habéis sido. Además de haber sacado a los veintitrés animales, has conseguido sacar a mi hermano sólo con un golpe en esa cabezota. Para eso hace falta mucho valor, y quiero que sepas que te lo agradezco mucho.

Cuando Jordán se hubo marchado, Gabe sintió pena por Lizzy y tiró de ella hacia sí. Se había quedado muda, y tenía la cara blanca. Gabe la besó en la oreja.

—¿Qué se siente al ser una heroína? ¿Vas a añadir tu propia experiencia a la tesis?

—Pero si yo no...

—¿Tú no qué? ¿Acaso no has arriesgado tu vida por esos animales? ¿No te has enfrentado al peligro sin dudarlo? ¿No has hecho lo que tenías que hacer casi por instinto?

—Pero... —respiró hondo—. Estaba muy asustada.

—¿Por lo que pudiera sucederte?

—No, al principio no. Tenía miedo por ti, y por los pobres animales. Pero ahora estoy temblando.

—Sólo un necio no reaccionaría después de haber pasado por algo así. ¿Pensabas que después del incidente de la lancha no tenía los nervios destrozados?

—Me dijiste que no habías sentido miedo.

—Estaba enfadadísimo con aquel estúpido por haberse caído de

la lancha. Quería destrozar algo, y como no podía desahogarme con él, hice un agujero en la pared que luego tuve que arreglar. Es normal reaccionar, y sentir rabia, miedo... He llegado a ver gente que no podía parar de reírse. Tú estás temblando. Yo me puse violento. Somos iguales, cariño, pero también diferentes. Lo que tú has hecho hoy no es menos importante que lo que hice yo hace un año.

Se quedó pensando en aquello durante un rato. Por fin, sin mirarlo, dijo:

—No quiero ser una cobarde, Gabe.

—No lo eres.

—¿Te lo has pasado bien conmigo estas últimas semanas?

Se le aceleró el corazón y se le humedecieron las palmas de las manos, pero mantuvo un tono calmado al contestar:

—Te he dicho que te quiero. Pues claro que me gusta estar contigo.

Asintió lentamente, y se abrazó más a él, hundiendo la cara bajo su barbilla.

—¿A cuántas mujeres has querido?

Enroscó uno de sus rizos en un dedo.

—A ver... A mi madre. Y ahora a Honey y a Misty.

Le dio un golpe en el costado.

—No, me refiero en el plano sentimental.

—Sólo a ti, cariño.

—¿Nunca antes le habías dicho a una mujer que la querías?

—No, aunque a mí me lo hayan dicho muchas.

Estaba tan sorprendida, que se echó hacia atrás para mirarlo.

—¿En serio?

—En serio. Menos la mujer que desearía que me lo dijese.

Tenía los ojos abiertos como platos y se veían llenos de arrojo femenino. Gabe contuvo la respiración.

—¿Qué te parecería que yo acabase el curso y volviese para quedarme?

Incapaz de moverse, Gabe dijo:

—¿En serio estás barajando esa posibilidad?

—Dado que tú me quieres, y que yo te quiero, tendría sentido.

Dejó escapar un resoplido.

—¡Serás arpía! —se rió y la abrazó, antes de hacer un gesto de dolor—. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No estaba segura de si lo había soñado o si me querrías a tu lado para siempre. No estaba segura de si le estaba dando a la relación una importancia que no tenía. Pero claro que te quiero. No puedo pensar en otra cosa que no seas tú.

Jugándose el todo por el todo, Gabe le dijo:

—Ahora tendrás que casarte conmigo —frunció el ceño para que ella supiese que iba en serio—. No puedes decirle a un hombre que lo quieres y después no casarte con él.

Se le iluminó la cara. Su sonrisa resplandecía, a pesar del hollín que le cubría las mejillas y la punta de la nariz.

—Antes tengo que acabar el semestre, pero tampoco es tanto tiempo.

—Puedo esperar. No quiero que renuncies a nada por mí —negó con la cabeza—. Lo retiro. Quiero que renuncies a tu complejo de culpabilidad. Y a tus fines de semana libres, porque iré a verte cuando no tengas clase. Y a pensar en otros hombres, o...

Le tocó la cara.

—De acuerdo.

Gabe esbozó una sonrisa tan amplia que sintió un pinchazo en la cabeza.

—Estoy enamorado de una mujer de lo más condescendiente.

Epílogo

—Deja de parecer tan disgustado.

Gabe miró a Jordán con cara de enfado, colorado y con los puños apretados.

—Me parece increíble que me la hayas robado en mis propias narices.

—Vino a mí por voluntad propia, Gabe. Además, la necesito.

—¡Y yo también!

Jordán se encogió de hombros.

—Tú puedes contratar a cualquiera para que te coja el teléfono, pero Elizabeth tiene mano. Los animales la quieren. Más que a mí, y esa verdad duele.

Gabe miró a su mujer, toda de blanco y con su hermoso pelo rojo colgándole en tirabuzones por la espalda. Quería que se acabase el convite para tenerla para él solo.

—Gabe, se te nota el deseo.

Gabe habría deseado tumbar a su hermano de un puñetazo, pero entonces vio la sonrisa de Lizzy y parecía tan feliz, que supo que debía ceder.

—De acuerdo, que sea tu ayudante. Ya contrataré a alguien.

Había aceptado el consejo de Sawyer y había abierto una tienda en el pueblo. Tenía más trabajo del que podía hacer, pero aquello le gustaba, así que no se quejaba. Había pensado que quizá Lizzy pudiese trabajar con él, pero ella prefería trabajar con Jordán, y tuvo que admitir que tenía mano con los animales.

Era tan especial, que se le derretía el corazón con sólo mirarla.

—Qué magnánimo —dijo Jordán secamente—. No sabía que tuvieses esos instintos cavernícolas.

—Yo tampoco, hasta que conocí a Lizzy.

—Le pusieron una nota sensacional por la tesis. ¿Te ha contado que le han propuesto publicarla en un libro?

—Es mi mujer. Pues claro que me lo ha contado.

Jordán se rió, para acto seguido levantar las dos manos.

—Está bien, está bien. Deja de mirarme así. Siento haberlo mencionado.

Menos mal que había conservado su nombre en el anonimato, pensó Gabe, disgustado con la popularidad de su *El aura de los héroes*. Vaya tema tan estúpido. Pero estaba claro que no todo el mundo pensaba así. Lizzy había recibido varias llamadas de hombres que querían ser entrevistados. A Gabe le habría gustado poder esconderla en algún sitio, pero verla florecer era un placer

tan exquisito, que enterró sus celos.

Al fin y al cabo, se había casado con él.

Jordán lo empujó con el hombro.

—Está a punto de tirar el ramo. Me encanta cuando todas las chicas se pelean por él.

—Me he dado cuenta de que todas esas mujeres te están mirando como si fueses un trozo de pastel. Tú eres el siguiente.

Jordán negó con la cabeza, y bebió lo que le quedaba en el vaso.

—Olvídate de eso. Sigo defendiendo la soltería.

—Eso es porque aún no has conocido a la mujer adecuada. Cuando la conozcas, caerás tan deprisa, que no sabrás qué te ha golpeado.

Jordán se disponía a refutar aquella teoría cuando todas las mujeres se pusieron a gritar. Gabe y él vieron a Lizzy lanzar el ramo, pero con muy mala puntería. Atravesó la habitación hasta llegar a los brazos de Jordán.

De tan sorprendido como estaba casi derramó el contenido del vaso, pero al golpearle el ramo en el pecho consiguió sujetarlo. Allí se quedó, con las flores en la mano.

Gabe soltó una risotada, y Lizzy se tapó la boca con una mano para ahogar la risa. Jordán, viendo al grupo de mujeres que avanzaban hacia él, sólo alcanzó a decir:

—Maldición.

Gabe miró a su mujer y le guiñó un ojo. Le susurró a Jordán:

—Más te vale salir corriendo.

Y eso fue exactamente lo que hizo.

Lizzy se acercó hacia Gabe. Estaba tan guapa que decidió que el convite había acabado para ellos. La besó en cuanto llegó a su lado, y le susurró:

—Le has gastado a Jordán una broma muy pesada.

Lizzy sonrió.

—Estaba harta de que todas las mujeres te mirasen con el corazón partido. Ya era hora de que Jordán fuese el chivo expiatorio.

—Lo compadezco.

—¿Por qué?

Tomándola por sorpresa, Gabe la aupó en brazos, movimiento que dejó sus piernas al descubierto. Ante el sonoro aplauso de los asistentes al convite, Gabe le susurró:

—Porque la mujer más guapa, más atractiva y más lista del mundo ya no está libre... Está conmigo.

Elizabeth se rió.

—Eres un encanto, Gabe.

Se dirigió hacia la salida de la habitación, con ella en brazos.

Antes de desaparecer por la puerta, miró hacia arriba y vio a Jordán acorralado contra una pared, con muchas mujeres rodeándolo.

Ojalá el único hermano que le quedaba soltero encontrase un amor semejante al suyo.

De momento, todas aquellas mujeres parecían decididas a que así fuese.

*****

Podrás conocer la historia de Jordan
en el Tentación del próximo mes titulado:
CORAZÓN CAUTIVO

FIN